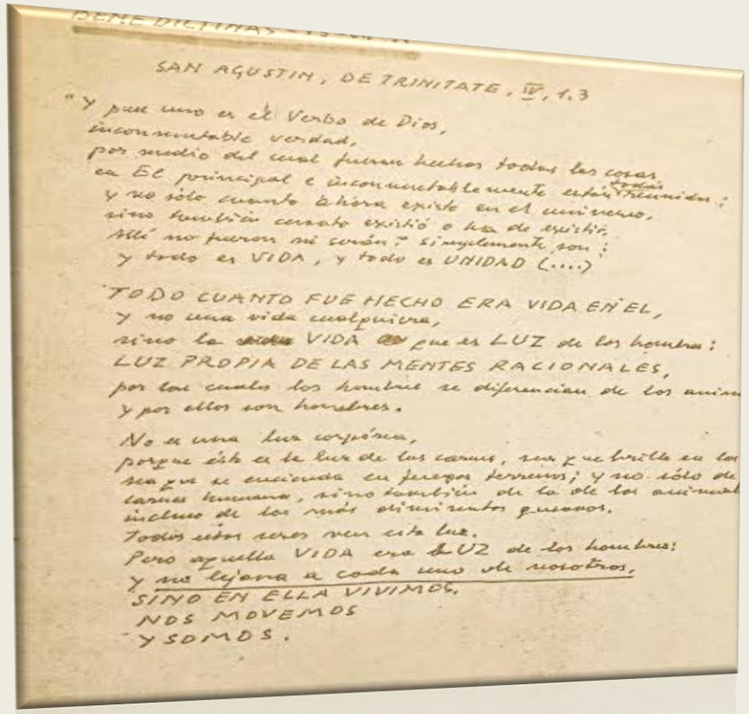
Bitácora Φilosóφica

Un lugar de encuentro en el pensamiento


SAN AGUSTIN; DE TRINITATE, IV, 1.3

"Y pues uno es el Verbo de Dios,
inconmutable verdad,
por medio del cual fueron hechas todas las cosas
en El principal e inconmutablemente subsistiendo;
y no sólo cuanto ahora existe en el universo,
sino también cuanto existió o ha de existir.
Allí no fueron ni serán: simplemente son;
y todo es VIDA, y todo es UNIDAD (...)

'TODO CUANTO FUE HECHO ERA VIDA EN EL,
y no una vida cualquiera,
sino la VIDA que es LUZ de los hombres:
LUZ PROPIA DE LAS MENTES RACIONALES,
por la cual los hombres se diferencian de los animales
y por ellos son hombres.

No es una luz corpórea,
porque ésta es la luz de los cuerpos, esa que brilla en los
sea que se encienda en fuegos terrenos; y no sólo de
carnes humanas, sino también de la de los animales
incluso de los más diminutos y viles.
Todos estos seres ven esta luz.
Pero aquella VIDA era LUZ de los hombres!
y se llama a cada uno de nosotros,
SINO EN ELLA VIVIMOS,
NOS MOVEMOS
Y SOMOS.

Número dos, por:
Alberto Berro, Carlos de Marcos, Santiago Voršič, Brenda Brezovsky de Sbrollini, María del Carmen Fernandez Pablo Marcelo Martínez, Francisco Saguier

Sobre:

Ley natural y cultura, educación, antropología, asombro filosófico, la esencia femenina, Romano Guardini

Julio de 2019

Revista digit@l de la

Fundación Emilio Komar

Índice

De manzanas y manzanos
Alberto Berro
p. 3

Liderazgo basado en la confianza para un mejor desempeño educativo
Carlos Dionisio de Marcos
p. 24

Implicancias morales de la crisis de los deseos en la obra de José Ortega y Gasset
Santiago Voršič
p. 36

Escondido en la espesura. Una reflexión acerca del descubrimiento del Ser a través del contacto con la realidad.
Brenda Brezovsky de Sbrollini
p. 49

Metafísica y misterio de la mujer
María del Carmen Fernández
p. 61

Pedagogía de la mirada
Pablo Marcelo Martínez
p. 75

Reseña del Capítulo X del libro de Romano Guardini: *Ética, Lecciones en la Universidad de Munich*
Francisco Saguier
p. 84

Presentación

¡Bienvenidos al segundo número de la Revista digital de la Fundación Emilio Komar!

Nuestra intención con esta iniciativa es facilitar un canal de encuentro y difusión para que el pensamiento filosófico amplié su espacio de influencia dentro de una cultura que parece hacerlo retroceder.

Una característica indudable de Emilio Komar fue la de presentar el pensamiento filosófico totalmente entretejido con la vida personal y las cuestiones que inquietan a los hombres en la época que les toca vivir.

Toda sana filosofía, decía Komar, debe incluir tres momentos: un momento socrático de respuesta a la época, un momento platónico de vuelo metafísico y un momento aristotélico, de sistematización.

Insertándose en ese espíritu, en este segundo número las colaboraciones de los autores giran principalmente entorno a temas como la ley natural y el construccionismo cultural, las condiciones de posibilidad de la educación y de la ética, la esencia de lo femenino y la necesidad de la vida contemplativa.

¡Los invitamos a disfrutar de su lectura y a sumarse a participar en los próximos números!

De manzanas y manzanos[1]

Por Alberto Berro[2]

Es mucho más hermoso ser padre que eludir a un rival
Leo Messi

Resumen: el siguiente ensayo busca compartir inquietudes y respuestas acerca del tipo de actitud fundamental que el pensador católico esta llamado asumir frente a los acuciantes desafíos que lo asaltan permanentemente dentro de una cultura atravesada por un espíritu constructivista.

Palabras clave: ley natural, operatividad *per se*, *natura vulnerata,* firmeza y misericordia

Una preocupación

Cuenta Romano Guardini en sus *Consideraciones sobre mi vida*, refiriéndose a los temas que elegía para meditar y escribir, que nunca se preguntó qué debía imponerse hacer, o qué es lo que querría escuchar su audiencia. Dice allí: "siempre tuve la acaso temeraria, vital y no demasiado fundamentada certeza de que las cosas que a mí me interesaban resultarían dignas de decirse a los demás, que les interesarían a todos".[3] Algo muy semejante me sucede con la preocupación que voy a plantear aquí, no sin los debidos recaudos por tratarse de temas delicados, que en buena medida hacen a la privacidad de las personas. Tengo la esperanza de que lo escrito pueda ayudar un poco a quienes la comparten, como me ayudó a mí el pensarlo y escribirlo.

Mi preocupación se refiere a esas cuestiones que se encuentran en intenso debate en nuestro tiempo, ligadas a la noción de persona, al matrimonio, a la familia, al tema del aborto, o a la cuestión de cuáles son las condiciones más aptas en cuanto a lo parental para el nacimiento y crianza de un niño. O la de la voluntad de reproducción de la humanidad. He intentado abordar en parte estos problemas en dos cursos dictados en la Fundación Emilio Komar, "El constructivismo social" (2010) y "Poder y amistad" (2012). Este ensayo resume algunas de las reflexiones propuestas allí.

---

[1] Este texto fue escrito en el año 2015

[2] Alberto Berro es Dr. En Filosofía por la UCA. Es miembro fundador y presidente de la Fundación Emilio Komar. Algunas de sus publicaciones son: *Vivir desde el don,* Bs.As.: Sabiduría Cristiana, 2008 y *La inteligencia como potencia intuitiva. Un estudio sobre Santo Tomás de Aquino,* Bs.As., Sabiduría Cristiana, 2009

[3] *Berichte über mein Leben,* Düsseldorf, Patmos, 1985, p. 47

Los católicos tenemos, entre otros, un "problema" muy particular: nos animan ciertas convicciones sobre el ser humano que no se refieren sólo a nosotros como creyentes cristianos, sino a todos los hombres. Este hecho resulta inaceptable para muchos no católicos, e incomprensible incluso para algunos de nosotros, por ejemplo, para los más jóvenes. Y está siendo combatido desde hace décadas, cultural y políticamente, por las tendencias laicas predominantes en occidente y por *lobbies* de todo tipo. Con bastante dificultad nuestra época podría aceptar que la iglesia imponga normas a los propios, pero… ¡qué atrevimiento, pretender legislar, o tan siquiera opinar, sobre cómo debe ser la vida de toda la humanidad! ¿No es este acaso un resabio de otras épocas, afortunadamente ya pasadas, en las que la iglesia ejercía un despótico dominio cultural sobre occidente y su forma de vida?

Quizá sea esto lo que explica al menos en parte la vigencia de ese rechazo a lo católico que no deja de sorprendernos, a ciento setenta años ya del momento en que Augusto Comte anunció la predicación de su nueva Religión de la Humanidad en *Notre Dame*, o, sin ir tan lejos, a ciento treinta de la declaración, por la voz de Federico Nietzsche, de la Muerte de Dios, esto es, de los valores tradicionales. Hacia lo agonizante, y más aún hacia lo que ya está muerto, el odio debería ceder su lugar a la más completa indiferencia, y esto curiosamente no sucede.

Me parece que no se debe tanto a las miserias humanas de la iglesia y de su jerarquía, sino a las "pretensiones" de esa misma iglesia de seguir cuestionando las nuevas formas de vida hacia las que occidente se está dirigiendo, de seguir diciendo a todos cómo hay que vivir.

Algunos temas

¿Cómo expresar mi preocupación sin caer en una visión excesivamente pesimista sobre estos problemas, contra la cual justamente se dirige lo que quiero decir aquí? En los párrafos que siguen no me queda otra alternativa que sonar un poco negativo.

Pongamos por ejemplo las nuevas maneras de traer niños al mundo. Puede haber dos mamás, una que aporta la maternidad biológica y otra la crianza y los cuidados maternos. Incluso una tercera. No me refiero por supuesto a la adopción de un niño no criado por su madre biológica, sino a una acción programada con anticipación y posibilitada por las tecnologías actualmente disponibles. O también niños nacidos o criados programáticamente sin papá o sin mamá, como los hijos de las parejas homosexuales, o como el hijo de ese exitoso futbolista que, teniendo una novia estable, ha preferido traerlo al mundo mediante una madre biológica jubilada el día del parto, seguramente con buenos ingresos, para que lo críe la abuela paterna. O niños cuyas madres han decidido traerlos al mundo "sin un compañero", situación bastante más grave si se trata de una mamá demasiado entrada en años, como la de aquellos gemelos sobre los que informa el diario La Nación del miércoles 15 de julio de 2009: "Murió la española que tuvo gemelos a los 67 años. Carmen Bousada falleció víctima de un cáncer. En diciembre de 2006, tras someterse a un

tratamiento de fertilización in vitro en EE. UU., se convirtió en la madre más longeva del mundo. Sus pequeños, de dos años y medio, quedaron huérfanos."

Para justificar éstas, como otras tendencias de época, son invocados derechos absolutos del individuo adulto, puestos muy por encima de derechos de los niños ya nacidos o por nacer, como el de tener, en lo que de nosotros depende, un papá y una mamá, o una mamá de edad razonable, o de conocer el propio origen biológico. O simplemente el de vivir.

Lo que está en juego, me parece, no son solamente los derechos de algunas personas o la lucha contra la discriminación, sino algo más profundo que contamina esta lucha: una filosofía de vida que se ha vuelto dominante en la *tardomodernidad*, la del individuo autónomo y su derecho absoluto. Esta filosofía se puede resumir de manera muy sencilla, a través de un axioma evidente por sí mismo para nuestro tiempo: *es mi vida, y tengo derecho a hacer con ella lo que me plazca*. La consecuencia, muchas veces, en la práctica: *el otro no existe*.[1]

En nombre de este mismo derecho se defiende la legalización, y más, la *banalización* de la "interrupción del embarazo", proclamando el dominio absoluto de la mujer sobre su cuerpo contra el poder masculino dominante. El carácter extremo de ciertas situaciones humanas muy dolorosas, como la de la pobre mujer que quedó embarazada de una violación, o, sin llegar tan lejos, la de aquella otra que superada por su situación económica y laboral no se siente en condiciones de llevar al bebe nueve meses en la panza para luego criarlo adecuadamente, podría confundirnos en cuanto al punto del que aquí se trata. En sus abanderadas más conscientes y radicales, la lucha por la libertad de abortar es la lucha para que toda mujer, en cualquier situación en que se encuentre, pueda eliminar libre y fácilmente el embrión que ha comenzado a gestarse en su vientre, si es posible con sólo tomar una pastilla y sin necesidad de consultar a nadie, como una medida definitiva de anticoncepción.

Respecto de la cuestión de la orientación sexual, me parece que en el fondo no se trata solamente de la lucha de los homosexuales por acceder a los mismos derechos de los heterosexuales, lo que supone definiciones claras y tajantes: las personas deberían ser heterosexuales u homosexuales. Para una visión más radicalizada en la línea de la autonomía, ¿por qué imponerle al individuo autónomo tantas *definiciones*, en ésta como en otras materias? Resulta muy esclarecedor para mi punto el artículo "Los distintos grados de la vida sexual", publicado por Juan Yesnik en el diario La Nación el 21 de agosto de 2010. Basándose en aquel viejo trabajo de John Kinsey, "comportamiento sexual del macho humano", del año 1956,[2] nuestro sexólogo sostiene allí la tesis de que "heterosexual" y "homosexual" son categorías

[1] Observando, por ejemplo, el artículo "Paternidad entre amigos, una nueva forma de familia", publicado en el diario *La Nación*, 7 de mayo de 2015, ¿no es justo que nos preguntemos si no estamos haciendo de los niños unos conejillos de indias?

[2] Observemos que Juan Yesnik formó su alias invirtiendo las letras del apellido de su maestro y traduciendo el nombre propio.

extremas, mientras que el comportamiento sexual humano es mucho más matizado y gradual. El heterosexual puro es muy raro, lo mismo que el homosexual puro. La conducta sexual humana oscila entre estos dos extremos, y cada uno se va ubicando en el lugar que más placer le produce. No tenemos por qué definirnos, ni ante los demás, ni sobre todo ante nosotros mismos. Así concluye Yesnik: *¿Cómo definir entonces lo que no parece tener definiciones? ¿Es necesario definir algo? Podemos, en principio, reflexionar sobre la idea de que estamos frente una nueva forma de "sensibilidad sexual", donde cada quien pueda sentir o manifestarse como "pinte" aquí y ahora (¡mañana vemos!).*

Definirnos es limitarnos, y en esta mentalidad se trata, en el fondo, de eliminar todo límite.

Lo mismo sucede con la cuestión prima hermana, la de la llamada "identidad de género". Según posiciones extremas como la *teoría queer* ya estaría perdiendo todo sentido el pretender definirnos, "tan rígidamente", como "mujeres" o como "varones", palabra esta última que para mi disgusto está cayendo en desuso, y siendo reemplazada definitivamente por "hombres" -consagrando lingüísticamente una vez más la injusticia de tomar la parte por el todo-. Una expresión muy coherente de esta manera de pensar es la de Beatriz/Beto Preciado: "Mi postura proviene de una resistencia muy larga a las imposiciones de género. Nunca quise definirme como mujer. Me gusta jugar dentro de esa ambigüedad. He pensado en cambiarme de sexo, pero ¿hacia qué sexo?; he pensado en cambiarme de nombre, pero ¿hacia qué nombre? Prefiero una multiplicidad de identidades móviles."[1] De nuevo, nada de imponer definiciones a Preciado. Obligarl@ a definirse es limitarl@.

Otra señal no poco significativa del dominio de la filosofía del individuo autónomo y su derecho absoluto es la gravísima crisis de la voluntad de reproducción, el debilitamiento del interés por traer al mundo un otro distinto de mí que proviene de mí. Y aquí se trata de un fenómeno mucho más generalizado en el occidente desarrollado. Esta falta de voluntad de reproducción pone al descubierto el pesimismo de fondo de esta filosofía (¿será Arthur Schopenhauer su pensador más decisivo?). Ciertamente no afecta tanto a otros continentes, a otras razas, a otros universos religiosos. El fenómeno está en la raíz de las graves problemáticas demográficas y políticas de los países de la "vieja Europa", y también de U.S.A., y explica, por ejemplo, hechos como la guerra de Kosovo, una guerra interreligiosa e interracial provocada por la coincidencia, en un mismo territorio, de una corriente inmigrante de albaneses islámicos dotados de una férrea voluntad de reproducción, con los antiguos habitantes del lugar, serbios ortodoxos que se comportaron en este aspecto como europeos modernos. La consecuencia inevitable es que ese territorio, considerado históricamente como sagrado por el pueblo serbio, termina siendo dominado, primero demográficamente, y luego políticamente, por kosovares albaneses.

[1] Más recientemente parece que se ha definido como varón.

Cuando observamos las permanentes operaciones de prensa en los medios de comunicación más o menos "progresistas" de occidente, o algunos programas de las Naciones Unidas; o cuando vemos que organizaciones con cada vez mayor influencia política hacen un evidente abuso del término "discriminación" para cercenar cada vez más nuestra libertad de expresar públicamente criterios propios sobre estos temas,[1] e incluso para educar a nuestros hijos en ellos y encontrar escuelas que nos acompañen en esta tarea… no podemos dejar de preguntarnos si, más allá de las luchas por los derechos de algunas minorías, no se encontrará en acción una agenda internacional, un proyecto de ingeniería social muy ambicioso que apuntaría a construir nuevas maneras de vivir lo humano en estas dimensiones tradicionalmente consideradas las más íntimas y privadas, como son la identidad, la sexualidad y la reproducción de la especie.

Siempre dentro de hipótesis que por ahora nos parecen extremas, ¿qué impedirá en un futuro no muy lejano, suponiendo que se superen las dificultades técnicas que puedan subsistir, el avance de la clonación humana? ¿Cuánto dinero podría ponerse, por ejemplo, en clonar a un Messi o a un Cristiano Ronaldo? En otro deporte, el polo, ya se hace con los caballos, con notable éxito. El dinero mueve al mundo y no es fácil oponerle principios, sobre todo cuando no existe suficiente convicción en cuanto al origen y solidez de esos principios. Sobre todo, cuando está tan debilitada la convicción acerca del carácter único y sagrado de la persona humana, lo cual constituye el problema de fondo.

Un debate interno

Veo a mi pobre iglesia católica (en cuanto a este punto su impotencia me genera no poca compasión) tratando bastante ineficazmente de plantarse, casi totalmente sola en occidente, voz que clama en el desierto. Un papa denunció el neomaltusianismo que se escondía tras los plausibles argumentos sobre los que se apoyaban quienes se oponían a la *Humanae Vitae*; otro, los peligros de la fecundación *in vitro*, etc. Los movimientos *provida* libran su batalla, y en algunos países no les va nada mal. Pero en términos generales la iglesia está perdiendo cada vez más terreno frente al avance de esta filosofía del individuo autónomo y su derecho absoluto, consagrada como universalmente válida por la cultura dominante.

Luego de tantas batallas perdidas aparecen visibles señales de agotamiento, y con él de dudas acerca del valor y del sentido de estas luchas, que, una vez más, parecen alejarnos y enfrentarnos con el mundo. Estamos cansados de esta confrontación, nos gustaría hacer "las paces con la realidad". Hay indicadores de una opción pastoral que en lugar de sostener la lucha contra la "cultura de la muerte", como la llamó Juan Pablo II, apunta más a alentar

[1] Es notable cómo este cercenamiento puede llegar hasta el extremo de tratar de cerrar la boca a una pareja homosexual como Dolce y Gabanna cuando opinan que los niños deben nacer con un papá y una mamá. Cfr. noticias al respecto en los diarios en marzo de 2015. ¿Dónde quedó la famosa frase supuestamente de Voltaire? "No estoy de acuerdo con lo que dices, pero daría mi vida por tu derecho a expresarlo" …

y fortalecer en positivo, por ejemplo, a los jóvenes que siguen apostando por el matrimonio, y a acompañar pastoralmente a tantos católicos "flojos de papeles", como me dijo cariñosamente un amigo de mi generación para referirse a la de nuestros hijos. Parece lógico: hay que tratar de salvar lo salvable, no son tiempos para ponernos tan exigentes.

La tentación de aflojar es grande, sobre todo para los espíritus pacíficos, entre los cuales creo que me cuento. Pero no puedo evitar que me aflore la duda: ¿Es justo abandonar esta "lucha cultural"? Para ponerlo en nuestros términos: ¿Será ésta la voluntad de Dios para nosotros, en nuestro tiempo? ¿Para mí? Algo adentro me dice que no podemos desentendernos, que nos ha sido dado un tesoro de sabiduría sobre lo humano que no nos pertenece y que no podemos ocultar como la lámpara debajo del celemín. Tenemos el derecho y la obligación de luchar por aquello que creemos, y también por nuestra libertad para expresarnos sobre estos temas.

Este debate interno me interpela como católico que aspira a pensar con seriedad su época a la luz de la fe y de las enseñanzas de su madre la Iglesia. Quiero pensar aquí, ante todo para mí mismo, y quizá para ustedes, amigos en esta misma fe, qué debemos hacer; cómo deberíamos *pararnos* los católicos frente a estos temas tan complejos y delicados, y tan propios de los tiempos actuales y seguramente de los que vendrán.

Una antigua doctrina

La Iglesia en los documentos del magisterio ordinario ha sostenido siempre la existencia de una "ley natural" o de un "orden natural". Los términos no son exactamente sinónimos, aunque sí parientes. "Orden" natural está cayendo en desuso en los últimos documentos, por varias razones. Una de ellas es el uso y abuso que se ha hecho de este concepto en la historia cultural y política reciente para justificar cualquier injusticia humana (racismo, sexismo, etc.) en nombre de un supuesto "orden natural", cuando en realidad estas prácticas se oponen profundamente a él. Otra razón, filosóficamente más profunda, es la notable alergia que tiene nuestro tiempo respecto del término "orden", que le suena definitiva e incurablemente a imposición, a autoritarismo, a asfixia de las libertades. Esta concepción impositiva del orden se debe a que justamente nuestra época tiene, por determinadas razones metafísicas que sería excesivo exponer aquí, una dificultad *estructural* para concebirlo como verdaderamente "natural", esto es, como algo real, vivo y operante en los hombres y las sociedades *independientemente de que los hombres lo registren, lo impongan, lo reconozcan o lo desconozcan*. A favor de su sustitución por el término "ley natural" (usado por el papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, el documento programático de su pontificado, para referirse a los temas que nos ocupan y a varios otros), puede aducirse el hecho de que cuando se trata de normas dadas por el creador para la vida *humana*, Santo Tomás de Aquino, el mayor maestro del catolicismo, no habla exactamente de "orden" natural sino de "ley" natural, *lex naturae*. La "ley natural" es para Tomás la participación de la ley eterna en la creatura

racional. Esta ley está inscripta en nuestra naturaleza, y por eso coincide profundamente con las tendencias esenciales del hombre puestas en nosotros por el creador, de tal manera que *aquello que más profundamente deseamos, es exactamente aquello que debemos hacer*.[1] Pero el que se llame "ley" le agrega al concepto de "tendencia" un hecho nada menor: para que eso que su naturaleza le pide, eso que es mejor para su realización como ser humano, pueda regir su vida de manera efectiva, el hombre necesita leerlo con su razón en sí mismo y en los demás, y traducirlo al formato explícito de "norma".

¿Cómo pensar esta "ley" natural y este "orden" natural? ¿Qué nos dicen estos conceptos en relación con los problemas que venimos planteando? ¿Están bien entendidos cuando los concebimos como un código moral a priori y extrínseco al que debemos ajustar nuestras conductas todos los hombres? ¿Nos ayudan o nos obstaculizan una mejor comprensión, diagnóstico y tratamiento de estos problemas? ¿Responden, o ya no, a necesidades profundas del hombre de hoy? ¿Conviene, o ya no, que la Iglesia los siga proponiendo como parte de su mensaje evangelizador al mundo? Intento también esbozar un principio de respuesta a estas preguntas.

Una frase de Emilio Komar

En un curso de metafísica dictado en 1972 por nuestro maestro Emilio Komar, especialmente dirigido a psiquiatras y psicólogos, aparece una frase que no logro quitar de mi cabeza desde que la leí hace algunos años, cuando trabajábamos en la Fundación para la edición escrita del curso. Dice así:

> "El católico no realista aplica las encíclicas papales a una realidad que nunca llegó a conocer; las estampa desde afuera. Además, no hay energía suficiente, porque es un eterno empujador que no se sirve de la inmensa energía que está estallando en la realidad".[2]

Las palabras me resuenan cargadas de un significado abismal, y sospecho que de una inmensa riqueza potencial para orientarnos acerca de cómo debemos pararnos los católicos frente a lo que está sucediendo en nuestro tiempo, más de cuarenta años después de que fueron dichas.

No se dice aquí que deba abandonarse la lucha por hacer realidad la doctrina de las encíclicas, sino que se cuestiona un *modo* de hacerlo, una *actitud*, la del católico "no realista" y (por lo tanto) "estampador". Es este *no realismo* lo que nos lleva (ya hemos visto que bastante vanamente) a esforzarnos por *estampar*, por *empujar*. Lo que debemos hacer, en cambio,

[1] Conviene tener presente aquí la salvedad que señala Santo Tomás en I-II, q. 31, art. 7: "Sucede que aquello que es contrario a la naturaleza del hombre [...] devenga connatural a éste hombre, a causa de alguna corrupción de la naturaleza que se da en él..."

[2] E. Komar, *Curso de Metafísica,* vol. VI, Buenos Aires, Sabiduría Cristiana, 2010

es tratar ante todo de conocer mejor esa realidad, y sobre esta base, aprender a servirnos de “la energía que está estallando en ella”. No se trata entonces de resignar la lucha, se trata de llevarla a cabo de manera sincera, honesta, humilde, caritativa (o sea *cristiana*), pero también *inteligente*.

Pero el fragmento esboza de manera demasiado críptica y enigmática ese “cómo”, y por eso pide un desarrollo que no es tarea fácil.

Si uno estudia un poco más ampliamente el magisterio de Komar puede descubrir algunas pistas. En primer lugar, es necesario aclarar que en aquellos primeros años de la década del 70 él tenía ante sus ojos un asunto muy específico, estimulado vivamente por sus intensos y lúcidos estudios sobre el neomarxismo: la severa crisis interna del comunismo soviético, surgida al mismo tiempo que en Europa occidental se celebraban “pálidas bodas de gabinete” entre cristianismo y marxismo, o que las derechas católicas proponían un tipo de lucha unilateral y fanáticamente anticomunista, o que curas de izquierda en países como Argentina enseñaban en voz baja a sus jóvenes discípulos “que quizá Marx después de todo tenía razón”. A través de todas estas actitudes, occidente, en palabras de Komar, “chupaba las medias al moribundo”, con ese lenguaje tan poco refinado como gráfico con el que se hacía entender. En medio de semejante confusión veía con enorme lucidez (y nos enseñaba a sus alumnos de la facultad de filosofia) lo que se estaba preparando detrás de la cortina de hierro, y que se explicitó casi veinte años más tarde. Inmensas energías estallaron y produjeron la implosión de un poderoso sistema estatal totalitario multinacional.

Es importante para nosotros aquí observar que esas inmensas energías que estallaron y produjeron con su estallido la caída del comunismo soviético tenían todo que ver con lo que se denomina “orden natural” o “ley natural”. Bastaría mencionar solamente que la *Glasnost*, la “transparencia” propuesta por Gorbachev, no fue otra cosa que una inmensa explicitación de cuán naturalmente necesario es para el hombre y la sociedad el precepto de *no mentir*. Lo que cayó en 1989, entre otras cosas, fue una gran mentira, cartón pintado, un castillo de naipes. El moribundo murió por desnutrición: le faltó entre otras cosas el alimento de la verdad, sin un mínimo del cual ni el hombre ni la sociedad pueden vivir.

Poco después de que se produjera la caída, sorpresiva para los más importantes intelectuales de occidente, pero no para nosotros, se dejó de hablar del tema, para lamento de Komar: *no se estaban aprovechando las lecciones* de la caída del marxismo, y con esto la humanidad se estaba perdiendo una oportunidad única de aprender de sus propias experiencias. Una de estas lecciones, no menor, es la que nos dejó sobre el papel de la verdad en las sociedades, pero hasta hoy existen pocos interesados en estudiar y explicar esta lección.

La enigmática frase de Komar también ilumina nuestros temas, como tantos otros. Comencemos recordando cómo pensaba este maestro tal “orden natural”. De ninguna manera lo identificaba con algún orden “establecido” particular, ni pasado, ni presente ni futuro, y tampoco lo asociaba con ningún poder humano, ni político, ni eclesiástico. Tampoco como un código moral *a*

priori. Sólo con el *poder del creador*, que actúa intrínsecamente en su servidora, la naturaleza, *también* en los asuntos humanos. El libre albedrío, "lo más poderoso después de Dios" en palabras de Hugo de San Víctor;[1] aquella libertad por la cual según San Bernardo somos "imagen de Dios", *no puede significar* en una perspectiva de realismo filosófico eso que sigue significando para el *idealismo*, operante quizá más que nunca en la cultura de nuestro tiempo bajo la forma de "criptoidealismo", a pesar de su casi total desaparición de los ámbitos académicos: la posibilidad del individuo (o, en otra versión, de la sociedad) de *"autoconstruirse" totalmente al margen de lo dado, de lo natural, de lo biológico*. Este idealismo es la *metafísica* que subyace a lo que aquí denominamos "filosofía del individuo autónomo y su derecho absoluto". No hay nada dado, todo es obra nuestra. O a lo sumo, lo único dado es la *materia prima* de nuestras construcciones, pero todas las normas por las cuales vivimos son construcciones nuestras, individuales o colectivas, con las cuales configuramos de manera autónoma esa materia prima.

Deus tenax vigor rerum, nos enseñaba, citando el himno de nona: "Oh Dios tenaz vigor de todas las cosas" … El poder del creador se manifiesta como *poder de resistencia* de las cosas, y del hombre mismo *desde su «natura» operante*, frente al *abuso de poder* con que la *ratio* de ese mismo hombre insiste en tratar a las cosas y a sí mismo "en cuanto naturaleza". ¿No estaremos, por ejemplo, en Kinsey-Yesnik o en Beatriz/Beto Preciado, frente a una nueva versión, posmoderna, del moderno *homo duplex*? Quizá más en su versión kantiana que cartesiana, es decir, no tanto como dualidad espíritu-cuerpo sino como *dualismo entre el hombre-libertad autónoma y el hombre-naturaleza*, usando el lenguaje de Kant en su *Fundamentación para la Metafísica de las Costumbres*. El individuo autónomo puede hacer lo que quiera, puede "pintar" lo que le plazca, y no sólo tatuajes, en el "lienzo" de su condición natural o biológica, o en su cuerpo entendido como mera *materia prima*.

Operatividad per se

La tesis que propongo en este ensayo, en la línea del pensamiento de Komar y procurando explicitarlo, es que si verdaderamente existe un "orden natural" o una "ley natural", o como se quiera llamar al designio inscripto por el creador en la naturaleza humana, ellos *no se pueden pensar como un código extrínseco y a priori* que obliga desde afuera, sino que este orden y esta ley son "operativos de por sí", obran *desde dentro de nosotros mismos*, desde nuestra misma *naturaleza* como "principio interno de operaciones".

Si esto es así, en los ejemplos mencionados arriba no se está produciendo solamente un conflicto entre poderes humanos, o entre sistemas de vida, o entre doctrinas, sino que en la práctica sucede que ciertas doctrinas, formas

[1] La cita es de Santo Tomás. En la edición Marietti: *Q.D. De Ver.*, q. 22, a. 5 s.c. 2 (atribuida a Hugo); q. 22, a. 9 s.c. 1 (a Hugo); q. 24, a. 8 obj. 5 (a San Bernardo). La edición Bussa atribuye las tres citas a San Bernardo.

de vida y políticas públicas están construyéndose directamente contra nuestra misma esencia humana y sus necesidades.

Si las organizaciones que luchan por estas reivindicaciones del individuo adulto a cualquier costo lo hicieran solamente contra un "orden establecido" (por el Capitalismo, por la Iglesia, por el Poder Masculino, o por el poder humano que sea), entonces sería razonable entender toda esta cuestión como un conflicto entre lo antiguo y lo moderno, y lo moderno tendría alguna posibilidad de triunfar, por supuesto sin consecuencias negativas para la humanidad. El defensor de la necesidad de un padre y una madre para el niño que nace, o de la vida del niño por nacer, por ejemplo, sería un "conservador" del orden "establecido". Y debería estar asustado, temiendo seriamente que en un mundo futuro tales cosas como la relación estable y comprometida entre un varón y una mujer, o los embarazos, o los papás y las mamás y otras categorías semejantes se encuentren en peligro de extinción, reemplazadas por otras modalidades más avanzadas.

Pero este temor revelaría una *falta de fe*, que surge *en nosotros, los mismos que decimos creer en un orden natural y en su autor*. Una falta de fe en la "operatividad per se" de ese orden natural, "en la energía de lo real" que ya está estallando, también en esos temas, sólo que no se puede hacer *un inventario de estos estallidos* y publicarlos como noticias en los diarios (aunque no es tan difícil leerlos entre líneas, por ejemplo, en las novedades de la farándula en las que el exhibicionismo disimula la tristeza). Estos estallidos no van a aparecer en las primeras planas como la caída del Soviet, o como el derrumbe de un edificio al que la corrupción le escatimó la cantidad de hormigón armado que la "ley natural" de las estructuras de los edificios exigía. Aparecen en los consultorios de los médicos; o de los psicólogos de niños, adolescentes y adultos; en la tarea de los asistentes sociales; en algunos casos en los confesionarios. Y es comprensible que permanezcan allí, en la intimidad.

Frente a este temor, propongo poner estos temas bajo la luz del "Credo" de un católico, así, subrayado, y como tal profundamente *optimista* en lo que respecta al poder de la creación, y, parado serena y sólidamente en este lugar, sutilmente irónico ante la vanidad de los intentos del hombre occidental contemporáneo puesto a luchar desde su mentalidad racionalista contra su creador, batalla perdida antes de comenzar:

"Hay un Credo: bajo el ala de ningún terror
las manzanas se olvidan de crecer en los manzanos."[1]

[1] G. K. Chesterton, en su poema *Eclesiastés*, que dice completo: Existe un pecado: decir que una hoja verde es gris,/por el que el sol se estremece en el cielo./Existe una blasfemia: implorar la muerte,/porque Dios solo conoce lo que vale la muerte./Hay un credo: bajo el ala de ningún terror/las manzanas se olvidan de crecer en los manzanos./ Hay una cosa necesaria -todo-/ el resto es vanidad de vanidades.

El “terror” al que se refiere Chesterton es, ante todo, en nuestro tiempo, el terrorismo verbal de los medios, los cercenamientos de nuestras libertades en relación con estos temas, las amenazas de la pérdida de financiamiento por parte de las Naciones Unidas, y en general la influencia de lo considerado “políticamente correcto”. Pero “terror” puede significar también ese temor que nos embarga a los católicos cuando confundimos las cosas y nos obstinamos en seguir viendo este problema como un mero conflicto entre doctrinas, o entre políticas, y no vemos a las nuestras precisamente predominando.

Para afrontar con mayor firmeza, claridad y valentía el primero de los terrores, y para aliviar el segundo, me parece que los católicos necesitamos crecer, de la mano de Chesterton, en esta fe, en esta convicción acerca de la “operatividad *per se*” del orden natural. Esto es, confiar en que, por encima o por debajo de la lucha cultural, y *cualquiera sea su resultado*, “las manzanas no se olvidarán de crecer en los manzanos.”

Una aclaración importante antes de seguir avanzando. Apoyándome sobre esta afirmación de Chesterton no estoy llamando a ninguna pasividad ni resignación, o a algún *laissez faire* justificado tramposamente por la confianza en este orden, al modo liberal. Debemos ante todo colaborar en lo posible con él mediante nuestras propias acciones, en lo que de nosotros depende, lo que no es poco. Al fin y al cabo, “la primera tierra de misión a la que estamos seguros de haber sido llamados somos nosotros mismos.”[1]

Pero además debemos continuar esta lucha cultural, y si es necesario política, en la medida que ésta se encuentre inscripta en nuestra vocación particular, es decir, si es la voluntad de Dios para cada uno de nosotros (parecería que lo es sólo para algunos, acaso sea un *carisma*, en el sentido que le da a este término San Pablo). Debemos continuar la lucha, aunque en la presente situación le asignaría un objetivo más modesto que aquél que el catolicismo se planteaba antaño: el de trabajar por una “minimización de daños” proporcionada a nuestras fuerzas, y, de manera muy enfática, por defender nuestro derecho a decir nuestra palabra, el mismo que reconocemos a los demás. Quienes experimentamos esta vocación, quienes creemos haber recibido algo de ese carisma, debemos repensar esta lucha para que sea más inteligente, más cargada de sentido, más eficaz. Una lucha que no está dirigida contra las personas. Una lucha ante todo de naturaleza *intelectual y cultural* que, *partiendo siempre de todo lo positivo que enseña la maravillosa filosofía que hemos recibido sobre el hombre y el mundo*, cuestione esta “filosofia de la autonomía radical”, tratando de mostrar, a quien quiera ver, que no es verdadera ni buena para el hombre: *error magna pars miseriae est*, enseña Tomás, “el error es una parte muy importante del sufrimiento humano”,[2] y

[1] V. Dietrich y Alice von Hildebrand, *El arte de vivir*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1967, p. 86.

[2] *Contra Gentes*, III, 39.

entonces pide ser combatido *también en nombre de la caridad*, y no sólo desde el valor de la verdad.

Tres razones para profundizar esta convicción

Me parece que esta convicción de que el orden de la naturaleza opera por sí mismo de alguna manera en toda vida humana nos puede ayudar mucho a *todos* los "preocupados", aunque sólo los especialistas con experiencia directa y abundante en cada campo concreto de la existencia humana (ese médico, ese psicólogo, ese asistente social, ese sacerdote que practica la cura de almas, algún buen abogado de familia) podrán *verlo en acción* en su campo específico, y para la mayoría de nosotros la convicción permanezca como un saber más semejante a una fe que a una ciencia o una experiencia personal. Encuentro al menos tres razones por las que esta convicción nos es indispensable en estos tiempos:

1) La primera es que nos quita un injusto y excesivo peso de encima. Este peso es proporcionado a Dios y a su providencia omnipotente, no a los hombres. Nosotros sólo debemos hacer lo que podemos, y no más. Esta obviedad conceptual no es tan obvia desde el punto de vista existencial: *nos pesa demasiado* lo que sucede y nuestra responsabilidad frente a ello (lo reconozco en mí, y en buenos amigos), y *no creo que este sufrimiento excesivo sea bueno y querido por nuestro Señor.* Los católicos no podemos ser esos *Atlas* de cuyas acciones depende el futuro mismo de la Humanidad, porque esta pretensión es madre segura del desaliento.

2) La segunda razón: esta convicción nos ayuda a alejarnos de ese lugar, tan desnaturalizante, de mero "partido" metido en una lucha contra otros "partidos" por el dominio cultural. El catolicismo no es ni un partido ni una ideología cuyo principal objetivo en el mundo sea ganar una batalla cultural o política. Es mucho más y mejor que eso, es portador del Evangelio, de la Buena Noticia de la Salvación, que es para todos, católica porque universal. *Todos somos rengos*, *todos necesitamos recibir la Salud*, y esta mirada de *discípulos misioneros*, si la vivimos con verdad y honestidad, nos conduce necesariamente, por sí misma, a superar todo partidismo al que la lucha cultural y política puede inclinarnos cuando no está inserta en una mirada más abarcadora y teorética, cuando no surge de nuestra vida de oración –fuente de la que todo debe nacer para ser genuinamente cristiano-, cuando se transforma en *nuestro interés unilateral y preponderante*.

3) La tercera razón, quizá la más importante teniendo en cuenta la *misión general* que tenemos todos los cristianos de mostrar al mundo la misericordia del Padre que el Hijo nos regaló con su Pascua. Esta convicción nos permitirá algo que necesitamos como el pan: *salirnos del resentimiento y del enojo para con nuestro tiempo*, para poder pararnos frente a él con sincera y genuina misericordia, con *corazón dolido*, como sabemos lo hace nuestro Padre del Cielo frente a las miserias y confusiones de los hombres de *todos* los tiempos. No nos es fácil pararnos así si vemos al que no piensa como nosotros sólo como un adversario más poderoso que nosotros, que además amenaza con destruir a la humanidad. Pero sí podemos hacerlo a la vista de una humanidad sufriente, aun cuando sepamos que al menos parte de su

sufrimiento se debe a que en algunos aspectos se está equivocando gravemente al oponerse a un designio mucho más poderoso que el propio, el de su creador, *tenax vigor rerum*. Debemos trabajar en nuestro corazón para que esta oposición a la ley de Dios que nos duele se haga en nosotros *más objeto de misericordia que de enojo*. Imagino que así la ven los santos. ¿Acaso no es ella la definición misma del pecado? El Hijo de Dios fue enviado a enfermos y pecadores. Sustituyamos entonces nuestro resentimiento y nuestro enojo, que lo único que hacen es desnudar nuestra impotencia, por una caridad lo suficientemente lúcida como para mirar al hombre con misericordia, aun asumiendo con dolor que cierta cultura dominante se está enfrentando nada menos que con el creador de las manzanas y los manzanos. Su lucha no es contra nosotros, es contra el creador de sus propias entrañas, es contra sí mismos.

La mirada misericordiosa supone una gran seguridad interior y serenidad frente al otro. Es nuestra falta de fe, de *optimismo cristiano*, lo que nos dificulta notablemente esta mirada y nos pone a la defensiva. Ayuda recordar siempre aquello de la liturgia pascual: "Oh Dios, que maravillosamente creaste al mundo, y más maravillosamente aun lo redimiste". La convicción de que el poder misericordioso de Dios es más fuerte, aun cuando lo ejerza tan a su manera, aun cuando no siempre podamos experimentarlo con la misma intensidad, nos ayuda a nosotros mismos a ganar una justa seguridad, y a "confirmar a nuestros hermanos" frente al desaliento. Enfrentemos con serenidad nuestros temores, ya que nos alimenta la certeza de que las manzanas no se olvidarán de crecer en los manzanos. Dios sigue gobernando su creación, también en el siglo XXI.

Alguno de mis lectores me podría decir: ¿cómo no reaccionar emocionalmente cuando leemos, por ejemplo, la propuesta de Sabrina Cartabia, una feminista radical que utiliza un Derrida muy barato para indicar, como método para facilitar un acceso *light* al aborto, *la deconstrucción del instinto materno*?[1] Y sí, nos puede enojar, nos puede causar una profunda irritación, no lo niego. Es más: reconozco que es lo primero que me generó cuando la leí. Pero si vemos más hondo entenderemos la locura de la empresa. Cartabria no está luchando, mal que le pese, contra unas construcciones culturales pasibles de "deconstrucción". Está luchando contra *Deus tenax vigor rerum* y su humilde servidora, la naturaleza, que actúa también, y muy especialmente, en la naturaleza femenina. Una lucha condenada al fracaso tras no poco dolor (y es este dolor a evitar, o al menos a disminuir, lo que hace necesaria nuestra lucha por la "minimización de daños"). Viendo las cosas así pueden nacer en nosotros otros sentimientos, no hacia la propuesta (el Señor no nos pide que amemos ideas tan erradas) sino hacia las personas, distinción absolutamente indispensable. Podemos tratar de decir, asegurándonos primero muy bien de haber purificado nuestro corazón de toda soberbia o hipocresía, y pidiendo a

[1] "Filosofía del Derecho", Ministerio de Justicia y derechos humanos, Presidencia de la Nación, Año I, nro. 1.

Jesús que nos enseñe a sentir con sus mismos sentimientos antes de animarnos a usar sus palabras: *perdónalos, Señor porque no saben lo que hacen*.

Porque realmente no saben lo que hacen. Se les ha metido tan hasta la raíz la otra filosofía dominante en nuestra época, prima hermana de la anterior, el *constructivismo social*, que piensan realmente que todos nuestros instintos son meras construcciones sociales deconstruibles. Lo otro, luchar por ejemplo contra el instinto materno *sabiendo* que tal instinto es obra del creador, ya sería una lucha satánica, una lucha realmente para muy pocos. La mayoría se burla de este inexistente creador y su inexistente orden. Si la naturaleza carece de orden propio, y en lo que atañe a la vida humana son todos órdenes establecidos, entonces: ¿por qué tenemos que someternos al orden vigente? Creemos uno nuevo, uno que sea *nuestro* orden. En esto consiste hoy entre los grupos más radicales (y no ya en la lucha de clases) la "revolución".

Una mirada distinta

En las últimas décadas del siglo XX se desarrolló, sobre todo en los Estados Unidos, una mirada sobre el hombre que es muy incompleta en cuanto a su fundamentación filosófica, pero que aporta una experiencia digna de atención: es la mirada de algunos antropólogos culturales que observan nuestra época, especialmente el último siglo de la humanidad occidental, en un marco antropológica e históricamente mucho más amplio, a la luz, por ejemplo, de lo que va desde el neolítico hasta nuestro tiempo, unos 10.000 años de la especie *homo sapiens* en el ancho mundo y en la infinidad de etnias y culturas. Se trata de una corriente de antropología cultural muy crítica de la *whole secular social ideology*, de la "ideología social" que atraviesa todo el siglo XX, de Margaret Mead y muchos otros antropólogos que enfatizan de manera totalmente unilateral y poco científica las diferencias entre las culturas. Estos autores, en cambio, ven al hombre como una especie bastante condicionada biológicamente en sus prácticas sociales, la mayoría de las cuales se puede encontrar, por lo tanto, en todas las culturas. Por esta razón sostienen una fuerte presencia de *natura* en *cultura*, subrayando los límites de ésta en relación con aquella. Su mirada ofrece entonces significativos elementos de resistencia al relativismo cultural desde el punto de vista empírico, sin presuponer ningún planteo primariamente ético ni mucho menos metafísico. Los llaman *human universals*, los universales humanos.[1]

Estas lecturas me inspiran el siguiente pensamiento: las ideas, y (en la medida que estas ideas se imponen culturalmente) las consiguientes políticas y legislaciones de los hombres de *ciertas* culturas en *ciertas* décadas de los siglos XX y XXI de la era cristiana no pueden ser tan poderosas como para poder modificar los modos fundamentales de comportarse de las inmensas mayorías de individuos de una especie con varios miles de años y maravillosamente equipada desde el punto de vista biológico. "Cultura" podrá

[1] Cfr. Donald Brown, *Human Universals*, McGraw-Hill, inc., New York 1991.

distorsionar o arruinar sin remedio a "natura" (si se construye contra ella y no a su favor), solamente en *algunas* zonas, en *determinados* tiempos, entre *algunos* grupos, hasta *cierto* punto. A la luz de la mirada de estos antropólogos, ¿no será la tan mentada "libertad de autoconstrucción", individual o colectivamente entendida, el delirio de una *ratio* que es a su vez el producto histórico de un *autodisociación excesiva* del hombre respecto de su entorno natural? *Biofobia*, llama a esto Donald Brown, esto es, un rechazo profundo de la propia condición dada. No se trata en principio de un planteo ético, sino fáctico: no estaríamos solamente ante conductas éticamente no debidas, sino fácticamente imposibles, *especialmente si las pensamos en una perspectiva de generalización*. Se trataría de conductas sólo posibles como *provenientes de y concebidas para unas "minorías ilustradas"*.[1]

Natura vulnerata

Alguien de mi mismo credo podría alzarse frente a la tesis de este escrito y objetarme: *pero Alberto, ¿y el pecado original?* Esa confianza en la "operatividad per se" del orden natural podría ser válida para un inexistente y supuesto "estado de inocencia" de la humanidad, pero *pro statu naturae lapsae*, en nuestro estado de naturaleza caída es imposible verla en acción, especialmente en aquellos ámbitos en los que ya no, o todavía no, se encuentra operante la gracia de Cristo. De manera que sólo en el ámbito de la vida cristiana sería posible la vigencia de la "ley natural", justamente allí donde ya no es necesaria, porque ha sido superada por la ley del Evangelio.

A mi amigo le diría en primer lugar que esa no es la doctrina católica sobre el pecado original, sino, en todo caso, la luterana. Para el catolicismo, la naturaleza ha sido herida, pero no destruida por el pecado: *natura vulnerata*, no *natura deleta*. El pecado, como acto de la libertad de la creatura, es suficientemente poderoso para lastimar la obra del creador, pero no para destruirla. Y por esto la gracia, simultáneamente con su condición de *gratia elevans*, es *gratia sanans*. La redención es la sanación y la elevación de la misma obra creadora de Dios. Ella sana lo que está enfermo, no lo que está destruido o totalmente muerto.

Es verdad que para poder conocer y vivir plenamente conforme a la ley natural el hombre necesita esta sanación y elevación de la gracia, y por lo tanto el hacer propia la Redención. Pero algo debe tener para decirnos aquí la doctrina de Tomás de Aquino según la cual los diez mandamientos dados por Yahvé al

[1] Pero la reflexión tiene implicancias éticas. Así dice Brown sobre la 'ideología social' propia de la antropología cultural que atraviesa el siglo XX: "Although they were sent to the field with the charge of getting the whole picture, so that they would come back relieved of parochial views and thus tell the world what people are really like, anthropologists have failed to give a true report of their findings. They have dwelt on the differences between peoples while saying too little about the similarities (similarities that they rely upon at every turn in order to do their work). At the same time, anthropologists have exaggerated the importance of social and cultural conditioning, and have, in effect, projected an image of humanity marked by little more than empty but programmable minds. *These are distortions that not only affect the way we look at and treat the rest of the world's peoples but also profoundly affects our thoughts about ourselves and the conduct of our own affairs. These distortions pervade the 'whole secular social ideology' of our era.*" *Human Universals*, p. 154.

pueblo hebreo son en sí mismos de ley natural, y por lo tanto coinciden intrínsecamente con las necesidades fundamentales del hombre, aunque era conveniente que Dios los revelara positivamente debido a la confusión en que la humanidad se encuentra por su mismo pecado.

Lo que esta doctrina de Tomás nos dice es esto: aun sin estar todavía sanado, y sin poder conocer ni vivir plenamente esa ley natural, más allá del radio operativo de la Revelación y del campo visible de la Redención, el hombre sigue siendo creación divina, y entonces sigue *necesitando* de aquella ley natural, y esto se hace manifiesto en el desdoblamiento que no pocas veces se produce en él entre lo que su voluntad libre elige y lo que su deseo natural sigue deseando. Las *tendencias* esenciales de nuestra naturaleza, de las que la *ley* natural representa la "voz" y la expresión normativa, *siguen intactas y operantes en todo individuo humano aun cuando esta voz esté muy acallada o profundamente contradicha a nivel consciente*. Son estas tendencias las que siguen expresando las demandas del *orden* natural. El mentiroso contraría la ley de su naturaleza, y acaso ya ni se dice a sí mismo conscientemente "no mientas", pero cada vez que lo hace vuelve a contradecir una tendencia honda de su ser que sigue deseando oscuramente la verdad y la veracidad. Lo mismo vale para el homicida, para el padre o madre que abandona a su hijo, para quien no respeta el bien ajeno, para quien es infiel, etc. Esta contradicción interior se debe manifestar de algún modo en la vida de la persona, en su capacidad de generar comunidad, en su salud mental o física, o de alguna

otra manera, cuando no vive de acuerdo con sus tendencias más hondas, cuando contradice sistemáticamente el inextinguible deseo natural del bien que hay en su corazón. Y es por esto por lo que *la injusticia daña tanto al que la comete como al que la padece*, y aún más, como sostenía Platón en el Gorgias. Desde este lugar se puede dimensionar el sentido profundo de los grandes arrepentimientos, precisamente como sanaciones, como regalos de la *gratia sanans*, como recuperaciones de la unidad personal de un corazón dividido.

No nos corresponde a nosotros esbozar una explicación de este tipo de lo que sucede en determinadas existencias humanas concretas, pero sabemos que la "sanción natural" existe tanto como la ley natural, y opera tanto como ella en el corazón del hombre, ya que no es otra cosa que su contrapartida. Dios perdona bastante más que la naturaleza que él creó, y esto nos incluye a los seres humanos. No podemos hacer tantas macanas sin que nuestra esencia nos lo haga saber, aunque no lo haga a través de una explosión estrepitosa como la que se produce cuando cae el muro de Berlín o el edificio cuyo hormigón ha sido escamoteado: "A las cosas no se las puede tratar como uno quiera; al menos no se puede hacer esto de manera absoluta y por largo tiempo; es necesario tratarlas tal como corresponde a su esencia. De otra manera se provocan catástrofes."[1]

[1] Romano Guardini, *El poder*, Madrid, Guadarrama, 1960, p. 144

¿Qué cabe esperar?

Si se admite lo propuesto aquí sobre la "operatividad *per se*" del orden natural, cabe que nos preguntemos: ¿qué se puede esperar en el futuro respecto de estas "exploraciones" que el hombre occidental está aventurando? El futuro siempre es contingente e imprevisible, pero algo se puede esbozar.

Dado que la voz del creador sigue clamando, dado que nuestra *natura* no es tan maleable por una *ratio* autónoma como se suele pensar, entonces es más que probable, si tenemos en cuenta la creciente *violencia*[1] ejercida por esta *ratio* autónoma, que en el futuro el grito de *natura* sea bastante más potente que nuestro piadoso enunciado de buenos principios, y que este grito se haga escuchar, más allá e incluso *por fuera* de nuestra resistencia cultural y política. En contraste con la actual sensación de impotencia de estos buenos principios, su verdad y validez se pueden hacer visibles a la humanidad de otra manera, de una manera *vivida*, como experiencias "en carne y sangre" de las múltiples *consecuencias negativas* que surgirán de estas opciones opuestas a ellos. Porque estas prácticas tan antinaturales no van a funcionar, no van a hacer al hombre más feliz. La ausencia de condena social no garantizará el éxito de estas experiencias.

El aborto no se podrá banalizar totalmente, sus consecuencias seguramente se seguirán sintiendo de una u otra manera en la mujer (madre) que lo provoque, porque el instinto materno y sobre todo el sentido moral son innatos. Aun en el caso de que desaparezca totalmente la condena social y legal.

La desnaturalización de la sexualidad humana, su trivialización en términos de lo que "mejor te vaya por el momento y después veremos", la bisexualidad o la multisexualidad con sus fuertes cuotas de despersonalización tendrá altos costos para la persona y para las comunidades en que esta forma de vida se "naturalice". Este relajo deteriorará la calidad de la vida personal.

La identidad biológica negada se hará reclamo en aquellos hijos a los que intencionalmente se cierre su acceso por pactos de confidencialidad.

Lo masculino y lo femenino se abrirán paso de alguna manera, acaso encubierta incluso en las relaciones homosexuales.

Los niños criados sin padre o sin madre lo reclamarán en algún momento, con tanta mayor virulencia cuanto más deliberada y conscientemente fueron privados de una de las dos figuras por la persona que los crio.

Las campañas publicitarias y las promociones que ya están en marcha en los pueblos de la vieja Europa no traerán más niños de etnias europeas al mundo. Sólo un cambio de mentalidad más profundo puede impedir su debilitamiento y eventual extinción. *Et caetera*.

[1] En los temas planteados aquí entra en juego un tipo de violencia que nuestra cultura tiene grandes dificultades para registrar: la violencia de la razón autónoma contra la naturaleza, dentro del mismo individuo y para con los demás.

Pero ¿En qué tiempos? ¿Serán estas experiencias dolorosas, ya presentes en nuestro tiempo y seguramente más agudas en un futuro cercano, lo suficientemente públicas, estruendosas y generalizadas como para producir un repentino y abierto desmoronamiento de la filosofía de vida que las sustenta? ¿Existirá para esta filosofía un *1989*? Parecería que, dada la naturaleza privada de estos asuntos, resulta muy poco probable que suceda de este modo, y menos en el corto plazo.

No parece que se vayan a dar soluciones rápidas. Una parte importante de la cultura y de la población occidental está firmemente decidida a llevar a cabo su propia aventura y a involucrar a la sociedad entera en ella, con escasos márgenes de libertad al respecto. Y a pesar de los esfuerzos por resistir en el campo cultural y político, de parte de la iglesia y de otros sectores de la sociedad, parece difícil que estos experimentos, que ya están en marcha, puedan detenerse, aunque *imposible* sea una palabra que no debemos pronunciar al respecto bajo riesgo de desanimarnos y paralizarnos en la lucha. Pero tarde o temprano las consecuencias vividas de estas ideas se harán evidentes de manera bastante general y contundente, y es razonable esperar que en ese momento sepamos aprovechar algunas de las lecciones que nuestra propia esencia nos haga saber. Como en todo aquello que del hombre depende, la libertad tendrá la última palabra. Por sobre ella, nuestro Padre Dios seguirá gobernando la creación con su omnipotencia misericordiosa y su amor por la humanidad.

Cinco reflexiones finales

Son independientes entre sí, pero me resultan necesarias en cuanto que completan el conjunto de todo lo dicho:

1. La pedagogía de la ley natural no puede consistir jamás, por su misma esencia, en la imposición. Es impensable que en su nombre en nuestros países occidentales se impongan determinadas conductas privadas desde el poder estatal, como sucede con ciertas prácticas reguladas en países islámicos, en China o en otras latitudes. Y está muy bien que así sea. En los asuntos más propiamente humanos sirve de muy poco que las conductas no pasen por la propia razón y libertad. A menudo los costos de estas políticas son mucho mayores que los beneficios esperados. Lo que no rige culturalmente es inútil y contraproducente que rija policialmente. No existe otro camino que el de *ver, y de tratar de hacer ver, incansablemente*, que siempre que se pueda *las cosas resultarían mejor de ésta que de aquella otra manera*, que no todo da lo mismo en cuanto a sus efectos en nuestras vidas. Por eso, lo que no podemos perder en los años que vendrán es nuestra propia libertad para ver, y para comunicar lo que vemos. La ley natural es participación de la ley eterna *en la creatura racional*, y entonces sólo *desde la razón y la libertad de las personas* puede hacerse vigente en la cultura. No existen atajos.

2. En cuanto a la relación entre cumplimiento de la ley natural y subsistencia de la especie, un amigo me objetaba hace años: “pero Alberto, la humanidad va a subsistir igual, aunque en muchos aspectos no se cumpla la ley natural”. Le respondí: de acuerdo, por supuesto que va a subsistir, de hecho, subsistió

y creció siempre, sin que ninguna época o cultura la cumpliera plenamente ni mucho menos. Pero hablamos de *calidad de vida humana*, y no sólo de supervivencia como sea.

Por otra parte, si bien el alejamiento de la ley natural no implica de por sí la extinción de la especie, sí implica el peligro no tan lejano de extinción de algunos pueblos por influencia de la filosofía que cuestionamos aquí, y la tan antinatural crisis de la voluntad de reproducción que ella produce. *Algunas manzanas se están olvidando de crecer en sus manzanos*. Alemania o Francia van a subsistir como estados, seguramente también sus culturas y sus lenguas, pero cada vez va a haber menos de aquellos *Alle Männe*, de aquel conjunto de etnias bárbaras, los teutones, los francos, los sajones y varios otros que habían poblado el centro y el oeste de Europa hace por lo menos dos mil años, parte significativa de aquella "muchedumbre de pueblos europeos" que tanto valoraba Ortega y Gasset hace poco menos de un siglo en su *Rebelión de las masas*. Es verdad que en su lugar están poblando esas amadas tierras lindísimos morenos y morenas migrados de otras latitudes que serán a su manera, si los dejan, orgullosos alemanes o franceses… pero ¡ay! si son dominados ellos también por la misma filosofía que redujo tan dramáticamente la natalidad de los países secularizados de la vieja Europa, porque de ser así atravesarán en el futuro los mismos problemas de subsistencia que enfrentan actualmente los pueblos originarios que los acogieron.

3. Con lo afirmado aquí no se me ocurre idealizar ninguna otra época o cultura de la humanidad, ni negar los innegables valores de la conciencia de nuestra época, y de occidente en particular, respecto de asuntos fundamentales en los que otras fallaban gravemente, por ejemplo, el valor de la vida humana, la igualdad esencial entre mujer y varón, la lucha contra el racismo, el papel de la libertad en todas sus formas en toda organización social y política, el rechazo del absolutismo político, el respeto por las minorías, la distinción entre la esfera pública y la privada de la vida, la afirmación de los derechos esenciales de todos los hombres, etc. *Toda época viola a su manera y en alguna medida el orden natural*. Toda época, ha dicho Ortega y Gasset, *tiene su forma y su deformidad*. Soy consciente de que en este trabajo pongo un énfasis unilateral en un tipo muy específico de *de-formitas*, de "falta de forma" característica de la nuestra. La tesis del orden natural es *crítica de toda época y de toda cultura*, desde un punto de apoyo que está más allá de toda época y de toda cultura.

4. No olvido aquí tampoco los muchos otros motivos de sufrimiento de grandes masas humanas contemporáneas, probablemente mucho más intensos y extendidos, que no están provocados por la problemática de la que se trata aquí, aunque casi siempre provengan, de todas maneras, de alguna violación de la ley natural, como esa noticia que leí el otro día: *se calcula que hay ya 125 millones de mujeres mutiladas en el mundo*, o el problema de la trata de personas y la prostitución infantil, o el de la pobreza y la desnutrición, o el de la migración, o el eterno problema de las guerras, etc. Aquí hablo de sufrimientos muy específicos, autoinfligidos por sectores más refinados de la

población mundial bajo la influencia de ideas filosóficas profundamente contrarias a la esencia del hombre.

5. Respecto de la filosofía que este ensayo cuestiona, quisiera terminar observando, aunque resulte una obviedad, que ella no se opone sólo a la ley natural, sino también, y muy desde la raíz, a la Buena Noticia de Aquél que, además de ser la Palabra Eterna por quien fueron creadas todas las cosas, es también la Palabra Encarnada, el Redentor del hombre. La salvación supone deponer este individualismo crudo, esta absolutización del *ego*, de sus "derechos", léase no pocas veces de sus caprichos, de su sensualidad, de sus continuos reclamos para sí, y disponernos a pensar en otros términos nuestra relación con lo humano, y con lo divino. El acogimiento de la redención supone una actitud básica de apertura hacia el otro, y hacia el Otro. No hay salvación sin esta apertura. O mejor: esta apertura hacia el otro es precisamente el regalo inicial por el que comenzamos a ser salvados.

Para terminar. "Estás tan linda, mi amor"

Esto no lo saben los involucrados, y quizá será mejor que no se enteren antes de la publicación de este escrito, porque les dará mucha vergüenza y podrían intentar ejercer la censura previa. Es además totalmente irrelevante que el relato provenga de mi propia familia, sería lo mismo y más cómodo para mí haberlo escuchado de la familia vecina. El otro día Clara, una de mis nueritas, la mujer de mi hijo Mariano, me dejó a sus dos hijos mayores y se escapó un rato a su casa a cinco cuadras porque tenía que hacer algo con el tercero, Alfonso, de ocho meses. Cecilia mi mujer había tenido que ir al centro a cuidar a Beltrán, el hijo de Agustín, mi hijo mayor, y nos quedamos solos los tres, Juani (5 años), Anita (3) y yo. Jugamos un rato más en el jardín, y a la hora del té se puso un poco fresco y decidimos entrar. Seguimos jugando, ahora a otro juego: actuaciones improvisadas en las que uno de los tres actuaba y los otros dos hacíamos de espectadores y aplaudíamos la actuación, rotando varias veces los roles. Tareas de un abuelo en vacaciones.

En un momento me distraje con otro asunto y siguieron jugando solos. Y en medio del juego escucho a Juani decirle a Anita, con ese tono enfático típico de la actuación: *¡estás tan linda, mi amor!* Anoté inmediatamente la expresión en mi cuaderno para no olvidarla. No se trataba de algo frecuente, no es para nada la "onda" entre ellos, era la primera vez que lo escuchaba. *No se lo decía Juani a Anita.* El hermano mayor, impulsado por el ambiente teatral que se había generado, había reproducido espontáneamente una situación conyugal de sus padres, quizá uno de esos escasos momentos antes de salir de noche, cuando la joven madre y ama de casa, ajetreada y con tres hijos en plena crianza, pudo tomarse un rato con ayuda del marido para arreglarse un poco y volver a ser por unas horas esa belleza casi adolescente que lo atrapó, hace poco más de diez años. O a lo mejor, simplemente su papá se lo dijo a su mamá un atardecer cualquiera, al llegar del hospital para bañar a los chicos, comer juntos temprano, oración y buenas noches. En todo caso, el hijo lo registró muy bien.

La exclamación no pudo menos que divertirme, emocionarme y esperanzarme. Me hizo creer una vez más: “bajo el ala de ningún terror las manzanas se olvidan de crecer en los manzanos”.

***

Bibliografía

-Brown, Donald, *Human Universals*, New York, McGraw-Hill, inc., 1991
-Guardini, Romano, *El poder*, Madrid, Guadarrama, 1960
Berichte über mein Leben, Düsseldorf, Patmos, 1985
-Komar, Emilio. *Curso de Metafísica,* vol. *VI,* Buenos Aires, Sabiduría Cristiana, 2010
-Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica,* I-II
Cuestiones disputadas sobre la verdad
Suma Contra Gentiles
-von Hildebrand, Dietrich y Alice *El arte de vivir*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1967

***

Liderazgo basado en la confianza para un mejor desempeño educativo

Por Carlos Dionisio de Marcos[1]

Resumen: Tradicionalmente, los métodos para la mejora educativa se centran en cambios estructurales. Sin embargo, hay abundante investigación y experiencia colectiva, para sostener que el liderazgo del director basado en la confianza y la virtud personal son el elemento central para motorizar los cambios que conducen a la mejora escolar.

Este trabajo tratará de responder a la siguiente pregunta: ¿cuáles son los atributos fundamentales que los directores de escuela deben encarnar para generar la confianza y la cooperación que redundan en la mejora del rendimiento académico?

Nos hemos preguntado cuáles son las conductas virtuosas fundacionales que generan confianza. Basados en numerosos estudios realizados por especialistas en educación de los últimos veinte años, hemos identificado seis virtudes fundamentales. Estas seis virtudes que generan confianza relacional son las que describimos en este trabajo. Para recordarlas con más facilidad ideamos el acrónimo BICEPS a modo de regla mnemotécnica; este acrónimo sugiere fuerza y capacidad. Los estudios consultados, también muestran que, independientemente del contexto socioeconómico y demográfico de la escuela, estas virtudes, cuando son encarnadas por el director de escuela conducen a la excelencia académica. El acrónimo BICEPS engloba las siguientes conductas virtuosas: Benevolencia, Integridad, Competencia, Excelencia, Presencia y Servicio.

Palabras clave: mejora escolar-liderazgo-confianza-cooperación-virtudes- -educación- director de escuela

***

Introducción

Las investigaciones que desde hace tiempo vienen realizando especialistas en educación a fin de evaluar el rendimiento escolar han dejado en descubierto que, en la actualidad, aproximadamente 263 millones de niños y jóvenes de

1 Carlos D. de Marcos es abogado, (UCA), M.A. in Economics (International College Los Angeles) y Lic. en Filosofía (tesis en preparación) [UNSTA]. Es profesor en la Universidad Tecnológica Nacional (UTN), Universidad Austral, Colegio San Pablo, Centro de Espiritualidad Santa María y la Fundación Varkey.

todo el mundo, abandonan la escuela sin las herramientas necesarias para su propio desarrollo y para insertarse en la vida laboral[1].

Atendiendo a este problema, la pregunta que intentará responder este trabajo es ¿de qué manera las escuelas pueden lograr, no sólo alcanzar las competencias básicas en conocimientos e información, sino contribuir también a desarrollar el carácter y las virtudes?; en otras palabras, ¿cómo contribuir a desarrollar el máximo potencial de los alumnos?

Los enfoques habituales para responderla suelen estar dirigidos al campo estructural y a las técnicas educativas, entendidas como *curricula*, programas, talleres, normativas y métodos para elegir y evaluar directores, reglamentaciones, sistemas informáticos, mejoras edilicias o inversiones en general. Sin embargo, creemos que no se presta suficiente atención al rol central del director, como agente de cambio y conducción, para mejorar el contexto en el que se realiza la tarea docente y el aprendizaje. Estudios de los últimos veinte años dan cuenta de la centralidad del liderazgo educativo en los procesos de transformación y mejora. Numerosas investigaciones describen cómo lideran los directores educativos exitosos; aquellos cuyas escuelas alcanzan el mayor rendimiento académico independientemente del contexto socioeconómico y demográfico en el que estas escuelas se encuentran.[2] En base a estos estudios, el objetivo de este trabajo será determinar una aproximación al concepto de liderazgo del directivo escolar. Este liderazgo, como muestran dichos estudios, debe estar basado en la confianza, la cooperación y la cultura relacional. Este estilo representa un elemento mucho más potente y efectivo para la mejora educativa que otros factores estructurales y técnicas pedagógicas, generalmente aceptados y aplicados.

Ahora bien, ¿cómo se adquiere este estilo de liderazgo basado en la confianza? La respuesta de este trabajo apuntará a que esto se logra mediante el desarrollo de una serie de conductas (virtudes) que el director escolar debe desarrollar a fin de generar confianza relacional, cooperación y trabajo en equipo. El director que desarrolla estos hábitos incide de manera central en la acción de los maestros, que son la causa primaria y directa del aprendizaje en niños y jóvenes.

---

[1] The Varkey Foundation, “Documentos de políticas educativas para el G20”, 42018, en línea: https://www.varkeyfoundation.org/media/4668/highly-motivated-_-professional-force-v2.pdf, consultado el 10-10-2018.

[2] Anthony Bryk, Barbara Schneider , *Trust in schools: a core resource for improvement*, New York, Russell Sage Foundation, 2002; Keneth Leithwood, “Learning from Leadership: Investigating the Links to Improved Student Learning”, *Final Report of Research to the Wallace Foundation*, (2010); Megan Tschannen-Moran, *Trust Matters: Leadership for Successful Schools,* San Francisco, Jossey-Bass, 2014*;* Megan Tschannen-Moran and Wayne Hoy (1998) "Trust in schools: a conceptual and empirical analysis", *Journal of Educational Administration,* Vol. 36 No. 4, pp. 334-352; Megan Tschannen-Moran and Wayne K. Hoy Source, A Multidisciplinary Analysis of the Nature, Meaning, and Measurement of Trust, *Review of Educational Research*, Vol. 70, No. 4 (Winter, 2000), pp. 547-593, R.Goddard, M. Tschannen-Morgan, W. Hoy “A multilevel examination of the distribution and effects of teacher trust in students and parents in urban elementary schools,” *The Elementary School Journal*, (2001); J.P. Combs, S. Edmondson, S. Harris, *Strategies for School Leaders,* New York, Routledge, *(2013),*

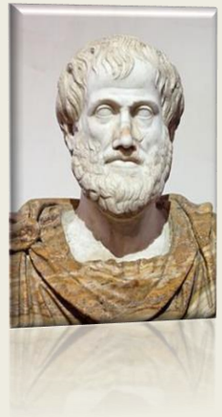
Aunque este tipo de liderazgo basado en la confianza ya funciona exitosamente en las esferas de la empresa, deporte, religión y salud, se trata de una perspectiva relativamente novedosa en el mundo educativo. Ocurre que en la educación este tipo de liderazgo es frecuentemente resistido pues se lo vincula con el mundo empresarial y con un concepto *eficientista* y *resultadista*, que paradójicamente genera desconfianza y rechazo en los docentes. También encuentra resistencia, desde una visión del mundo secular, materialista y cientificista, porque se asocia la idea de liderazgo basado en la confianza -que emana del carácter y la virtud- con una perspectiva religiosa o confesional. Sin embargo, la ética de la virtud y este tipo de liderazgo trascienden a la perspectiva religiosa e históricamente son anteriores a la misma.

Resumiendo, nuestro enfoque afirma que, mediante el desarrollo de un conjunto de hábitos por parte del líder educativo, se genera un ambiente de confianza y cooperación en la escuela, que redunda en maestros comprometidos que pueden ejercer todo su potencial al servicio de la excelencia académica.

¿Cómo se genera y se mantiene la confianza? El rol de la virtud

- La virtud como excelencia

Para los griegos cualquier atributo que hiciera que algo funcione de acuerdo con su diseño en grado sumo era concebido como su virtud. Así, por ejemplo, el estar bien afilado es la "virtud" de un cuchillo porque le permite cortar de manera adecuada. Aristóteles expresa que la virtud humana no puede ser ni una facultad ni una pasión sino un hábito, una cualidad, que nos permite de forma casi natural la realización correcta de una tarea. Tomas de Aquino agrega que la virtud es *ultimum potentiae*, es decir, lo máximo y lo más perfecto a lo que uno puede llegar a ser.[1] La virtud debe ser entendida como "la fuerza por la cual un ser puede seguir su impulso (ímpetus) con todo el poder (potestas) que le es propio".[2]



Aristóteles distingue dos familias de excelencias, fuerzas o virtudes: las morales e intelectuales.[3] Las primeras proveen parámetros para el impulso de nuestros deseos e impulsos en el ámbito de la voluntad. Las virtudes intelectuales, en cambio, tienen que ver con el buen uso de la inteligencia. Las virtudes, por tanto, no nacen en nosotros ni por naturaleza ni contrariamente a la naturaleza, sino que siendo nosotros naturalmente capaces de recibirlas, las perfeccionamos en nosotros. La naturaleza humana se sirve de un dinamismo espontaneo interior que los escolásticos llamaban *voluntas ut natura*, para ser perfeccionada, acabada, y llegar a su plenitud. Todo lo que nos da la naturaleza lo recibimos primero como potencialidad y luego, eventualmente, nosotros lo traducimos en acto, llegando a convertirse en una segunda naturaleza.

[1] Tomás de Aquino, *Q. D. de virtutibus in communi, IX* ad 15.
[2] Ibid.
[3] Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 1103a15-20

Es decir, debe existir una cooperación con la naturaleza donde el hombre vaya desarrollando, desplegando su potencialidad gradualmente a través del ejercicio de su libre albedrío que es entendido también como tarea y misión. En esa comunidad de objetivos, y en la medida que vaya cooperando con la naturaleza y la biología humana, el líder podrá cultivar la tierra donde caerá la semilla y preparar el ambiente laboral para que su equipo se desarrolle y, finalmente, los estudiantes alcancen un florecimiento personal.

Hemos expresado que la virtud es un hábito que surge mediante el ejercicio repetido y ordenado de las propias capacidades y cuyo resultado permite obrar bien, de manera habitual y con cierta facilidad. Pero esa facilidad que da la virtud sólo surgirá actuando con coraje y lucha moral, ejerciendo un dominio político y no despótico de la estructura interna de las pasiones, que son los motores interiores que movilizan los actos humanos.

-El rol sociógeno de la virtud como generadora de confianza y vida comunitaria

Pese al amplio reconocimiento de la importancia de la confianza relacional, existe una falta de consenso para definirla. Para los efectos de este trabajo definimos la confianza como la capacidad de ponerse vulnerable y en riesgo frente a otro, a cambio de recibir un beneficio como contrapartida. ¿Un ejemplo? Yo me subo a un avión y arriesgo mi vida asumiendo y confiando que el piloto está capacitado técnicamente para llevarme a destino. La confianza es un sentimiento, nadie puede obligarme a tener confianza y la confianza se gana con mucho tiempo y esfuerzo y se puede perder en un instante. Para ganar la confianza de sus maestros, el director de escuela debe encarnar ciertas conductas que traducidas en hábitos marcan su carácter y su misión. Desde nuestra perspectiva se trata de conductas fundacionales, es decir que están en la raíz de toda organización escolar y canalizan los nutrientes que potenciarán la excelencia académica.

La educación del siglo XXI es cada vez más un trabajo interdependiente y multidisciplinario organizado en redes y equipos interconectados para el soporte mutuo. La confianza es vital para generar cooperación y trabajo en equipo y eliminar la "mentalidad de silo" donde cada maestro se encuentra encerrado en su aula y aislado, enseñando su materia, en un contexto ajeno a la misión y visión de la dirección escolar y sin coordinación con el resto de los maestros.

Ya el viejo Aristóteles, nos ha enseñado que el hombre es un *zoon politikon*, un animal gregario, que necesita vivir en la *polis*, en sociedad, para alcanzar sus fines, cubrir sus necesidades físicas, espirituales, desarrollar su vocación y alcanzar el sentido de su vida.[1] De este modo, la sociedad se convierte en el marco necesario para que el hombre, que es relacional por naturaleza, se desarrolle y alcance su plenitud. Al mismo tiempo, la vida comunitaria es posible siempre que exista integridad y virtud personal. Un viejo adagio ruso ha recogido esa idea en la expresión *"no hay aldea sin un justo"* mostrando

[1] Aristóteles, *Política*, II 1253.

que la virtud tiene un carácter sociógeno. La falta de hábitos buenos tiende a debilitar la vida familiar y comunitaria.

Estas virtudes exigen práctica, repetición, perseverancia, postergar gratificaciones, sacrificios y se desarrollan con el paso del tiempo, al modo como lo hace un músculo en el gimnasio o al modo de una dieta, o de la práctica que se requiere para dominar una lengua extranjera. Expresado, en otros términos; es importante descubrir los horizontes, pero hay que hacer algo más que mirarlos desde lejos, hay que caminar hacia ellos y alcanzarlos mediante un camino claro, gradual y con mucha disciplina. Ese camino son las conductas virtuosas entendidas como medios orientados a la consecución del florecimiento humano.

BICEPS: Los hábitos del líder educativo exitoso

¿Cuáles son estas cualidades o hábitos buenos (virtudes) que movilizan y construyen un liderazgo educativo basado en la confianza relacional en los equipos educativos de alto rendimiento académico? ¿Cuáles son los hábitos que permiten generar una mejor cooperación entre directivos y maestros?

A modo de regla mnemotécnica, para ayudar a recordar estas virtudes o conductas fundacionales, hemos ideado un acrónimo "BICEPS". El mismo, además de recordar simbólicamente los comportamientos que generan confianza, cooperación y espíritu de equipo -recomendados por las investigaciones de especialistas en educación arriba mencionadas- crean el contexto apropiado para hacer posible el cambio y la mejora educativa. Desde el punto de vista simbólico el BICEPS como signo, muestra un músculo desarrollado, evoca la idea de fuerza, de práctica reiterada, de esfuerzo y perseverancia.

BICEPS:

B BENEVOLENCIA

I INTEGRIDAD

C COMPETENCIA

E EXCELENCIA

P PRESENCIA

S SERVICIO

- **Benevolencia**

  Es la primera característica del liderazgo basado en la confianza. El director de escuela debe tener la voluntad y la vocación de hacer el bien a los demás. Los maestros y estudiantes esperan que el director tenga como principal objetivo ayudarlos a desarrollarse y a crecer, en un clima de seguridad, amor y aceptación.

  La benevolencia implica que el director se relacione de manera auténtica y con pureza de corazón. Esta condición se vincula con la expectativa que genera el líder con su intención de motivar y ser una fuerza positiva e inspiradora para su entorno.

Un líder benévolo en ningún caso desearía perjudicar a otras personas, sino que es capaz de postergar beneficios personales en función de los demás. En otras palabras, existe benevolencia cuando existe un balance entre el propio interés y el de los demás y una clara inclinación a no instrumentalizar a las personas.

Cuando los integrantes de una escuela, docentes y alumnos perciben un genuino interés por ellos de parte de sus líderes, o cuando el director demuestra no aprovechar de su poder para movilizar una agenda personal, los maestros confían y se comprometen. Surge en ellos, espontáneamente, un sentimiento de gratitud, compromiso y lealtad.

Por el contrario, si se evidencia que el director desea manipular la organización, o la utiliza para su propio beneficio, su liderazgo quedará entrampado en un callejón sin salida y cada maestro, en contrapartida, terminará buscando su propia "salvación personal". Siguiendo esta línea, en un ambiente donde el docente siente miedo y ansiedad, donde no se siente psicológicamente seguro, "se aísla en su silo" representado por el aula, y el equipo escolar termina perdiendo eficacia. Además, en cualquier organización donde haya miedo al fracaso, la primera víctima será la creatividad e innovación. Nadie es innovador en un ambiente de sospecha o de temor a ser penalizado ante un eventual fracaso.

Hace pocos meses le preguntamos a la inglesa Andria Zafirakou, ganadora del Global Teacher Prize 2018, cuál era la virtud fundamental de un buen líder educativo, respondió sencillamente: "La virtud principal, es ser amable (*kindness*)". Es notable lo despojado de la expresión y lo significativo del dato.

Para Zafirakou, por encima de los conocimientos, necesitamos la sensibilidad, empatía y el amor para poder entender que cada niño, y cada docente, son un mundo diferente que necesita ser escuchado y comprendido. La educación, entonces, es un acto de amor que se irradia desde la interioridad. Amar implica ver, escuchar, atender al otro y ese amor sólo puede ofrecerse desde la libertad, con respeto y honestidad. Además, esa actitud empática del líder, de cuidado, atención y aceptación, es esencial para generar la curiosidad que impulsa a los estudiantes a descubrir y comprender, sin restricciones, el mundo que nos rodea.

Desde nuestro enfoque los líderes de las escuelas no deberían pensarse como surtidores de conocimiento e información, sino como generadores de espacios donde se puedan propiciar relaciones positivas y productivas necesarias para el aprendizaje. Allí el líder ejerce una suerte de custodia del clima escolar para que los docentes puedan sentirse seguros, inspirados y motivados para dar el máximo, sin experimentar sensación de riesgo personal o temor a ser sancionado ante cualquier fracaso.

La escuela transmite una serie de valores y actitudes que conforman las identidades individuales de los estudiantes e influyen en su forma de pensar, de sentir y de actuar. Esas actitudes vitales se aprenden, fundamentalmente, en las relaciones en la comunidad escolar, donde la compasión, el respeto mutuo y la empatía juegan un rol central.

- **Integridad**

  La integridad es el acuerdo o la conformidad entre lo que una persona siente, piensa, dice y hace. Sin integridad o veracidad no hay vida comunitaria sostenible y productiva. Hablar honestamente significa, en muchos casos, exponer la propia ignorancia y volverse vulnerable frente a los demás. Los líderes que tienen integridad son auténticos y reales, no tienen un doble discurso ni intenciones ocultas, y siempre se comunican de manera transparente y directa. No manipulan la información ni la esconden; dicen la verdad con respeto y honran sus promesas. Como dicen los romanos "*pacta sunt servanda*": la palabra debe ser honrada, las promesas deben ser cumplidas.

  Una persona veraz es una persona integrada, es capaz de asumir las consecuencias de sus palabras, de evitar el doble discurso, la simulación y la hipocresía. La virtud de la veracidad se complementa y perfecciona con la benevolencia y el amor. Haciéndonos eco de las palabras de Edith Stein, diremos que uno no debe aceptar como verdad nada que no esté acompañado por el amor, ni tampoco aceptar como amor nada que no esté acompañado por la verdad. Finalmente, la comunicación veraz no se expresa de manera irresponsable, sino que pondera las consecuencias apuntando siempre en última instancia a fortalecer el clima escolar y la cooperación.

  Un líder que tiene integridad observa y escucha con honestidad y respeto lo que otros tienen para decir. Incluso cuando dos personas no están de acuerdo o expresan puntos de vista diferentes, pueden sentirse valoradas si advierten que el otro los escucha con atención, independientemente del mérito de sus opiniones. La atención es la forma más original y pura de la gratitud[1].

  Como contrapartida, las mentiras representan el instrumento de un director de escuela de carácter autoritario, narcisista y manipulador. La falta de verdad no solo corroe la credibilidad, sino que también erosiona la vida escolar y debilita los resultados académicos de cualquier esfuerzo educativo.

  La inteligencia humana vive y respira en un ambiente de verdad y es la base sobre la cual se construye la cooperación en la vida comunitaria escolar.

- **Competencia**

  La benevolencia y la integridad, por sí solas, no son suficientes para ser un buen director. Se puede ser bueno y veraz pero irrelevante e improductivo al mismo tiempo.

  Para expresarlo de una manera más elocuente podríamos decir que nadie volaría en un avión Jumbo piloteado por su mejor amigo, si éste no es piloto. ¿Quién se haría un tratamiento de conducto con su madre, si ésta no es odontóloga? La capacidad técnica y los conocimientos pedagógicos son dos instrumentos centrales a la hora de generar confianza y la adhesión de los maestros.

[1] Cfr. Simone Weil, *Cuadernos*, Madrid, Trotta, 2001, p. 45

Competencia, entendida como habilidad práctica (*skills)*, es un saber hacer (*know-how)* que nace de una actitud de curiosidad, aprendizaje y, sobre todo, de mucha práctica. La competencia tiene que ver con la habilidad que cada uno demuestra para lograr los resultados deseados de un modo eficiente y expeditivo.

No obstante, cada uno debe reconocer que no lo sabe todo. La humildad es andar en verdad, como dice Teresa de Ávila. Por eso, la humildad es una virtud central para la vida comunitaria e implica reconocer la realidad de nuestras fortalezas y debilidades. El arrogante es rechazado y no consigue la cooperación de los equipos. La soberbia del líder aparece como una barrera que también dificulta que el alumno desarrolle el aprendizaje. El líder "toxico", egocéntrico, y con agenda propia, desalienta, no inspira, instrumentaliza a su equipo, lo disminuye y neutraliza su potencial.

Por un lado, entonces, están las competencias propias y por otro, las capacidades del director de escuela de descubrir talentos ocultos y potencialidades de los maestros. Está claro que, sin empatía e inteligencia emocional, que luego se trasformen en acciones a favor de otros, será imposible generar ambientes de trabajo que motiven e inspiren.

Uno de los aspectos que también determinan un liderazgo competente es el dominio, extenso y profundo, de los contenidos de la asignatura que se imparte. El amor del maestro por su materia se propaga a los estudiantes, la enseñanza implica no sólo saber, sino que también implica competencia en saber transmitir esos contenidos de manera organizada, atractiva y motivante.

Si hablamos de competencia no podremos dejar de mencionar la pasión. Sin la irradiación que brota del interior del director o de un maestro no será posible alcanzar el corazón del alumno. Como reza el lema cardenalicio de John Henry Newman: *"Cor ad cor loquitur"*. En otras palabras, si verdaderamente sale del corazón del líder llegará al corazón del otro. Es decir, un líder educativo competente convence porque transmite una arrolladora sensación de honradez intelectual confirmada por una actitud que asume ese convencimiento. Como es sabido, nadie puede dar lo que no tiene: el director de escuela que no es capaz de encarnar la enseñanza que imparte no podrá liderar ni servir en su comunidad educativa.

El liderazgo educativo no proviene de una capacidad innata, ni es inmutable, es decir, los líderes no se forman de una sola vez para serlo de manera definitiva; requieren una constante actualización que no acaba nunca. James Kerr recoge este concepto observando la actitud de los All Blacks, el seleccionado de rugby de Nueva Zelanda, quienes internalizaron en su práctica diaria aquello de buscar la mejora de las propias capacidades de manera constante y sin fin. Su lema es: "*constant and never ending improvement".*[1]

[1] Cfr. James Kerr, "*Legado: quince lecciones sobre liderazgo."* Buenos Aires, Ediciones del Dragón, 2013

Un buen director de escuela se capacita y hace capacitar a otros, reconociendo que la aspiración por mejorar, crecer y ser feliz, son las motivaciones más fuertes del ser humano. Sin embargo, ser competente no significa poseer muchos conocimientos, sino -y sobre todo- saber cómo, cuándo y con quien utilizarlos para resolver los problemas. Liderazgo implica autoridad y esto es, como su etimología lo indica hacer crecer: *auctoritas* proviene del verbo *augere* significa aumentar, hacer crecer. Autoridad no es sinónimo de poder. Como el jardinero cultiva la flor proveyendo el agua y los fertilizantes en su justa medida para ayudar a desplegar todo el potencial de la semilla, así debe actuar el director con auténtica autoridad. El líder auténtico reconoce las condiciones de sus colaboradores y ayuda a desarrollarlos a partir de sus verdaderas posibilidades. La irradiación, la empatía personal, que reconoce los sentimientos propios y los de los demás, y la reflexión son aptitudes centrales en del líder educativo y representan un puente para la competencia.

- **Excelencia**

  La excelencia implica una búsqueda apasionada de mejora continua para que todas las potencialidades del alumno se desplieguen de acuerdo con sus auténticas posibilidades personales. Cuando hay vocación por la excelencia basada en las competencias se logran resultados competitivos.

La excelencia exige constancia, disciplina y mejora continua, siempre con un foco claro en el desarrollo de las verdaderas capacidades. Recordaba el filósofo Emilio Komar a John Henry Newman en su *Apologia pro vita sua,* al afirmar que “el verdadero desarrollo es el desarrollo de lo verdadero”. Esto era interpretado por el Dr. Komar como *eidopoiesis*, despliegue de lo verdadero de cada uno.[1] El *32 idos* personal constituye así lo más auténtico e interior a uno mismo. Es el deseo más profundo del hombre, lo que está detrás de todas sus aspiraciones, temores, esperanzas, dolores y alegrías cotidianos; es alcanzar la plenitud de la estatura vital que su naturaleza contiene como promesa. Esta tesis supone un fondo bueno de las cosas, de cada cosa, pero sobre todo un fondo bueno en la naturaleza humana. Así está explicitada esta idea, central en la cultura occidental, en el relato del Génesis donde el hombre es “imagen y semejanza” de Dios.[2]

Un director de escuela que aspira a la excelencia se ocupa de alcanzar un clima óptimo de trabajo, para que tanto él como los maestros a los que dirige puedan lograr ser la versión más alta y verdadera de sí mismos. Esa búsqueda de la excelencia tiene sus raíces en la voluntad espontánea y natural que todos

[1] Cfr. Marisa Mosto, “Letanías de Emilio Komar. Recordando al maestro en Ética.” en línea: https://www.academia.edu/24668258/Letanias_de_Emilio_Komar._Recordando_al_maestro_en_%C3%89tica, p. 11, consultado el 9 de junio de 2019.

[2] Cfr. Gn 1,26.

los seres humanos poseen; aquella que como referimos arriba, los escolásticos llamaban *voluntas ut natura*, es decir, un dinamismo o una pulsión originaria, primitiva y radical, natural y espontánea que se expresa como una tendencia innata a la perfección que todos llevamos dentro por naturaleza. Los griegos llamaban *telesis* a este dinamismo interior que tiende al acabamiento y a la plenitud.

En definitiva, el líder educativo coopera con la naturaleza y la biología preparando un ambiente, un contexto o clima escolar que permita potenciar este dinamismo interior que nos lleva a hacer patente nuestro latente yo.

- **Presencia**

Presencia es el hábito del director que implica un estado o actitud de disponibilidad física y emocional de permanente apoyo. Esta conducta conlleva una participación afectiva y efectiva en las actividades docentes, respetando la autonomía y la iniciativa personal de cada uno de los miembros del equipo de profesores.

La verdadera presencia empodera, danto autonomía a los docentes; los alienta a tomar riesgos y a ser creativos sin temor a represalias si las cosas no salen como estaba esperado. La presencia del líder arroja como resultado la cooperación, no el control ni la dominación. Cuando los estudiantes perciben el apoyo de sus maestros y directivos se comprometen más con sus escuelas y son capaces de arriesgar desplegando talentos y habilidades alentados por sus maestros.

El buen líder se ocupa de preparar las condiciones para el aprendizaje y para hacerlo, tiene que estar allí, físicamente presente, en las buenas y en las malas. El director presente es itinerante, circula por la escuela, y su despacho es "de puertas abiertas". De alguna manera, el líder educativo realmente presente vive en el corazón de sus maestros y ellos experimentan su apoyo e inspiración.

Por otra parte, el verdadero líder educativo siempre está disponible para recibir a sus colaboradores, sin favoritismos ni camarillas, propiciando un clima de justicia y meritocracia. Resumiendo: la razón de su liderazgo se refleja en una actitud de disponibilidad permanente hacia los maestros, para que éstos puedan enseñar más y mejor.

- **Servicio**

En una palabra, el verdadero liderazgo es servicio. Esta disposición es válida en todos los órdenes y en todo tipo de organización, pero, en particular, cobra gran relevancia en el ámbito educativo. Servicio es la disposición a ofrecerse priorizando con humildad las necesidades ajenas sobre las propias, tal como enseña Jesús en el evangelio según San Marcos: "Quien quiera ser el primero que sea el último de todos" (Mc 9,35). Un estudiante confía en alguien que tiene competencia profesional, pero, sobre todo, que esté dispuesto a actuar siempre ubicando los intereses de la comunidad escolar antes que los propios. La educación es una de las formas más altas de servir a los demás. Liderazgo entendido como servicio encuentra su mejor expresión en el salmo 23 que podríamos denominar "el himno al liderazgo". Cuando el director cumple su

misión, el maestro puede exclamar que estando junto al director “nada me puede faltar”, “me conduce por el recto sendero”, “me hace descansar”, “repara mis fuerzas”, “[junto a él] ningún mal temeré” y finalmente, “tu vara y tu bastón me infunden confianza”.

Conclusiones

La posición del líder educativo, de cada director de escuela, conlleva una enorme potencialidad y responsabilidad. Nuestro enfoque apunta a destacar la importancia de la cooperación del director (liderazgo como *ars cooperativa naturae)* con las aspiraciones y las capacidades naturales de los docentes; con un liderazgo sustentado en conductas, traducidas en hábitos, que generan la confianza relacional por estar alineada con la vocación de crecimiento y las aspiraciones esenciales de todos los maestros.

La calidad de las relaciones interpersonales es un pilar fundamental que sustenta la vida diaria en las escuelas. Las conductas y los hábitos virtuosos agrupados en BICEPS generan confianza y cooperación, y son los cimientos de la organización escolar. Esto posibilita el trabajo en equipo y facilita los procesos de cambio y la mejora educativa. En una comunidad educativa donde florece la confianza entre directores, maestros, padres y alumnos, el rendimiento académico es superior y es menos dependiente del contexto socio económico o demográfico de cada escuela, según lo muestran estudios recientes citados más arriba.

El presente trabajo representa una reflexión conceptual y descriptiva sobre la relevancia de la confianza en el líder escolar, pero, sobre todo, ha querido describir un método basado en conductas y hábitos virtuosos para alcanzarla.

La confianza se construye y se alimenta con hechos. Por más que los líderes educativos digan: “confía en mí” si los estudiantes y los maestros no observan hechos concretos no van a confiar, pues la confianza relacional exige ser testigos más que profetas. El núcleo de toda reforma educativa pasa por los corazones y las competencias técnicas del director y su equipo de educadores.

En la vida escolar, para lograr verdadero aprendizaje, necesitamos generar una serie de condiciones que como resultado representen la confianza relacional, que consiste en creer y entregar la propia seguridad, haciéndose vulnerable frente a otro a cambio de ser beneficiado por ese otro.

La confianza es un sentimiento que se genera formando hábitos, e implica que los docentes sientan seguridad psicológica dentro de su entorno y con sus colegas.

La experiencia muestra que el director de una escuela que no genera confianza relacional no puede movilizar a su equipo ni producir cambios educativos relevantes.

Aquellos líderes escolares que logran con sus virtudes personales irradiar su amor por los docentes y alumnos -benevolencia-, y que con autenticidad y competencia transmiten su pasión por la excelencia académica, son los que logran, con humildad y vocación de servicio, alcanzar los cambios que conducen a la mejora escolar que se traduce en hacer posible que los alumnos lleguen a ser todo lo que pueden ser.

Bibliografía

Aristóteles. *Política.*
_____. *Ética a Nicómaco.*

Bryk Anthony. Schneider Barbara. *Trust in schools: a core resource for improvement.* New York: Russell Sage Foundation.2002

Combs,J.P , Edmondson, S. Harris,s. *Strategies for School Leaders,* New York, Routledge, 2013.

Goddard, R. ,Tschannen-Moran, M.; Hoy, W. "A multilevel examination of the distribution and effects of teacher trust in students and parents in urban elementary schools," *The Elementary School Journal*, 2001.

Kerr, James. *Legado: quince lecciones sobre liderazgo.* Buenos Aires. Ediciones del Dragón. 2013

Leithwood, Keneth, "Learning from Leadership: Investigating the Links to Improved Student Learning." *Final Report of Research to the Wallace Foundation.* 2010.

Mosto, Marisa. "Letanías de Emilio Komar. Recordando al maestro en Ética." En línea: https://www.academia.edu/24668258/Letanias_de_Emilio_Komar._Recordando_al_maestro_en_%C3%89tica,
Tomás de Aquino, Quaestio Disputata de Virtutibus in Communi.

Tschannen-Moran,Megan.*Trust Matters: Leadership for Successful Schools.* San Francisco. Jossey-Bass. 2014

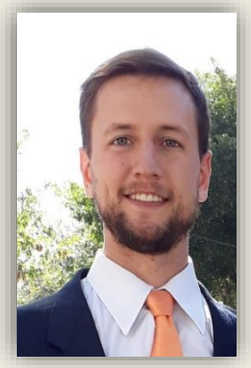
Tschannen-Moran, Megan; Hoy, Wayne "Trust in schools: a conceptual and empirical analysis". *Journal of Educational Administration*. Vol. 36 No. 4. 1998. Pp. 334-352.
_____ A Multidisciplinary Analysis of the Nature, Meaning, and Measurement of Trust, *Review of Educational Research.* Vol. 70.No. 4 (Winter, 2000). Pp. 547-593.

The Varkey Foundation, "Documentos de políticas educativas para el G20", 42018, en línea:

https://www.varkeyfoundation.org/media/4668/highly-motivated-_-professional-force-v2.pdf.
Weil, Simmone, *Cuadernos.* Madrid. Trotta. 2001

***

Implicancias morales de la crisis de los deseos en la obra de José Ortega y Gasset



Por Santiago Voršič [1]

Resumen: En un audaz análisis acerca del tecnicismo del mundo contemporáneo se desvela dentro de la obra de José Ortega y Gasset un problema que cala en lo hondo de la persona humana. El avance de la técnica moderna ha llevado al hombre a poner en crisis su propia facultad de desear, dando a lugar a implicancias en el plano moral. La vida humana analizada desde esta perspectiva original se reviste de una significativa actualidad para reinterpretar el mundo contemporáneo de la sociedad de consumo en la que nos encontramos inmersos. Se propone un análisis de la obra *Meditación de la técnica* y su encuadre dentro del pensamiento orteguiano acerca de la crisis del mundo contemporáneo y la situación del hombre masa, para extraer luego sus implicancias dentro de la vida humana. La crisis de los deseos del hombre contemporáneo oculta una aporía moral que afecta la raíz misma de la vocación humana.

Palabras clave: técnica, crisis de los deseos, decadencia de occidente, tecnicismo contemporáneo, realización humana, crisis moral.

***

Introducción: encuadre del problema de la crisis de la civilización occidental

La 'crisis' resuena como una palabra bien conocida dentro de la historia humana y particularmente en la vida de todo argentino. Sin embargo, adopta un cariz muy particular dentro del marco del pensamiento del filósofo español José Ortega y Gasset. Es un concepto polifacético y poco analizado dentro de su pensamiento, al cual me parece preciso anticipar antes de adentrarme al tema que nos convoca propiamente: "[…] «crisis» no es sino el tránsito que el hombre hace de vivir prendido a unas cosas y apoyado en ellas a vivir prendido y apoyado de otras".[2] Entiéndase hombre tomado genéricamente, quizá sea mejor decir, humanidad, pero presiento que esa palabra es excesiva, ya que

[1] Santiago Voršič es Profesor en Filosofía (UCA), licenciando en filosofía (UCA) y estudiante avanzado de la Maestría en Ciencia Política (UNSAM)

[2] José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo* (1947), en *Obras completas*, Madrid, Taurus/Santillana Ediciones Generales & Fundación José Ortega y Gasset, 2004–2010, vol. VI, p. 412

las crisis no las vive la humanidad entera, sino sólo una parte, las civilizaciones. La crisis es un paso, una etapa del devenir vital de las sociedades, un salto sobre el vacío desde un extremo al otro.

El análisis de la cuestión de la crisis nos permite tomar en cuenta el horizonte holístico del pensamiento orteguiano. Una concatenación de realidades que se implican mutuamente haciendo que las crisis culturales, crisis de las ciencias, crisis de la razón, crisis de las creencias, crisis política, crisis moral, crisis histórica se imbriquen constantemente y no puedan funcionar de manera aislada. Todos estos ámbitos humanos se encuentran enarbolados en un mismo punto: la vida.

En rigor, la crisis adopta dos grandes significados. Uno, primero, que en cierta medida no ha sido el centro de mi análisis, se refiere al sentido coloquial recibido desde la opinión pública, los medios o las comunidades intelectuales. En cuanto a este sentido de crisis se refiere a una etapa especialmente grave de falta de estabilidad e incertidumbre. Tal es el caso de algunas referencias que hace de la crisis política española como el caso de la crisis del 17[1] o algunos pocos episodios de la crisis del régimen político de la restauración, o la crisis económica de 1929[2]

Un segundo sentido, más sustancioso, se refiere a una etapa del proceso temporal de la sociedad humana, una etapa excepcional y muy particular. Sin querer dar más rodeos podríamos decir que la crisis es un cambio radical en la profundidad de un ámbito de la vida humana con impacto social y duradero en el tiempo[3]. En cuanto al cambio me refiero a un paso de un estado a otro, la crisis es este paso.

A lo largo de su obra se encuentra el convencimiento de que el mundo contemporáneo que se ha formado en las bases de la modernidad se encuentra en franca crisis[4]. La civilización occidental se tambalea en un tiempo donde todos los supuestos de la modernidad se han comenzado a poner en suspenso. Esto trae implicancias sociales, políticas, económicas, culturales y gnoseológicas para la humanidad. El hombre del siglo XX comienza a abandonar las creencias modernas, pero aún no ha logrado forjarse unas en su reemplazo.

Sin embargo, es importante tomar en cuenta que las crisis son procesos que traen en correlato una inevitable resolución. Incluso, según el mismo Ortega, la solución no es algo que escape del todo de las manos de los que las presenciamos. ¿Qué podemos hacer? La resolución de las crisis toma un matiz ético dentro de su pensamiento. Sobre aquellos que asistimos a las crisis

[1] Cfr. José Ortega y Gasset, “El momento actual es decisivo” (1918), en *OC.*, vol. III, 146 (Publicado sin firma, *El Sol*, 7 de noviembre de 1918)
[2] Cfr. José Ortega y Gasset, “Discurso en Oviedo” (1932), en *OC.,* vol. VIII, p. 546
[3] Cfr. José Ortega y Gasset, En *torno a Galileo*, p. 422
[4] Cfr. José Ortega y Gasset “Sobre el ensimismamiento y alterarse” (1933), “La «crisis» de hoy y de hace cinco siglos. Creación y recepción. La «socialización» del hombre y la «vuelta» a la naturaleza”, en *OC*, v. V, p.256-260. Publicado en el diario *La Nación* el 26 de marzo de 1933.

históricas pesa inevitablemente la responsabilidad de hacer un esfuerzo por superarlas, de lo contrario no habrá otra alternativa más que dejarnos naufragar en ellas. Pero antes de llegar a analizar las soluciones que postula esta crisis, es forzoso que revisemos el drama moral de la crisis que vive el hombre actual.

1. *Meditación de la técnica: precipitado tecnicismo del mundo contemporáneo*

Antes de adentrarnos en la cuestión propiamente moral, es preciso que le demos marco a la meditación que realiza Ortega acerca de la técnica. *Meditación de la técnica* es un ensayo filosófico que intenta desvelar el rol de la técnica dentro de la vida humana.

Lo que diferencia al hombre del animal, en primera instancia es el hecho de que el animal se encuentra constantemente volcado en su circunstancia, no puede escapar de ella. En ese sentido, se encuentra en constante interacción con la naturaleza que le rodea y en ella encuentra satisfacción para sus necesidades. No es libre de evitar la satisfacción de sus necesidades tampoco, sino que se encuentra alterado, es decir, volcado irremediablemente hacia lo otro, hacia su entorno. El ser humano, en cambio, tiene también las mismas necesidades de subsistencia, pero puede suspender su inmediata satisfacción[1]. El hombre es capaz de ensimismarse, de apartarse de su circunstancia y tomar distancia. Un recurso que facilita su fuga es la técnica.

"La técnica no es lo que el hombre hace para satisfacer sus necesidades"[2]. Ortega se despega de esta idea errónea que incluso puede confundir al hombre con acciones propias de otros animales que manipulan herramientas. La técnica libera al hombre de las necesidades de su implacable circunstancia. Reforma la naturaleza a tal grado de atenuar o anular el imperativo de las necesidades naturales, dando lugar a la posibilidad del recogimiento. La técnica reduce y redirige el esfuerzo que demanda satisfacer las necesidades de la subsistencia.

El desarrollo técnico facilita al hombre una inversión de su relación natural con el entorno, en tanto que ser viviente. No es más él quien debe adaptarse al entorno, sino que produce por sí mismo una adaptación del entorno a sí mismo[3]. En la técnica el hombre se proyecta a sí mismo en el mundo, humanizando su entorno. Un proceso que, en parámetros más amplios, me refiero al ámbito social, se extiende, en cierta medida, como un acto civilizador del mundo. El entorno se apropia por la técnica y el mundo deja de ser problema o pura alteridad, para volverse un mundo propio, «mi mundo», «nuestro mundo».

[1] Cfr. José Ortega y Gasset, "Ensimismamiento y alteración", *Meditación de la técnica* (1939), *OC*, vol. V, p. 557
[2] Ibid., p. 558
[3] Cfr. ibid., p. 559

Desde otro aspecto, se descubre también un profundo sentido ético, algo oculto en gran medida del objeto central de la obra. La reflexión acerca de la técnica humana hace deslizar a Ortega la idea de que "…el empeño del hombre por vivir, por estar en el mundo, es inseparable de su empeño de estar bien"[1]. No intento torcer sus palabras, pero en la acción del hombre con el mundo, esta finalidad superflua que trasciende sus necesidades naturales toma un significativo protagonismo. La técnica facilita al hombre el bienestar. Una nueva meta específicamente humana que proyecta al hombre desde lo necesario hacia lo superfluo. Esto en relación con lo estrictamente necesario para preservar su vida. Es decir, que el hombre no vive para sobrevivir, sino que vive para vivir bien, para alcanzar un bienestar ante el cual su ensimismamiento le permite estar expectante.

En contraposición con la satisfacción de las necesidades naturales, las cuales no difieren de hombre a hombre, la técnica amplia el horizonte humano hacia un abanico ilimitadamente variable de posibles modos de vivir bien. El hombre desarrolla un repertorio dinámico y evolutivo de invenciones que puede adecuarse a cualquier apropiación del «vivir bien».

2.*Deseo y técnica*

La técnica constituye lo que entendemos hoy por ser humano: "No hay hombre sin técnica"[2]. Es decir, lo que consideramos hoy como propiamente humano no es posible sin la intervención de la técnica a lo largo de la historia del desarrollo de la humanidad. Aquí nos remitimos al tema de que aquello que vemos ahora del ser humano es un ser socializado, civilizado, humanizado. De otro modo, no sería más que un animal alterado o absorbido por sus necesidades naturales.

El hombre es un programa que aspira a ser. Cada individuo hereda el privilegio de poder tener la libertad para recrearse. En esto Ortega es taxativo, el ser humano no es ni cuerpo ni alma: "cuerpo y alma son cosas, y yo no soy una cosa, sino un drama, una lucha por llegar a ser lo que tengo que ser"[3]. La cosa tiene un ser determinado y fijo, eso es algo que el hombre no tiene. El ser humano goza de una plasticidad que lo separa ampliamente de todos los demás animales.

Como vida propiamente humana, el ser humano es siempre dinámico, nunca está determinado. Sin embargo, no hay una negación sustancial acerca del trasfondo biológico que constituye al hombre que se está recreando en la vida. Más bien, la humanidad es el agregado que hace del animal humano un auténtico hombre. Y esa humanidad que se recibe socialmente es la que cada uno debe autofabricarse.

Este programa de autorrealización es el programa vital de lograr consolidar lo que uno es, reviste un carácter pre-técnico. La técnica es la que garantiza el tiempo de *otium* necesario para que el ser humano realice su ser en el mundo. Implica además una invención, la impresión creativa y original. Detrás de ella

[1] Ibid., p. 561
[2] Ibid., p.565
[3] Ibid., p. 571

hay un deseo original que motiva el programa, el deseo de superar la sustancial imprevisibilidad que nos constituye.

Deseo aquí se toma en dos niveles. Un deseo acerca de las cosas del mundo o las cosas que otros hombres desean, por tanto, un deseo con un objeto específico y real. Y un deseo creador que postula lo inexistente, por tanto, que tiene un objeto inespecífico y aún irreal. "En definitiva, los deseos referentes a cosas se mueven siempre dentro del perfil del hombre que deseamos ser"[1]. El deseo, por tanto, es lo que moviliza la realización del hombre, y que versa en el horizonte del *otium*. Esta búsqueda vocacional de autorecrearse, se separa de plano de la técnica, la cual la facilita.

En este marco, se revela en la sociedad contemporánea una crítica que no ha perdido actualidad. Ortega en su intensa cavilación denuncia una crisis que enferma y altera las bases mismas de nuestra realización: la crisis de los deseos.

3.*Crisis de los deseos: extenuación de la facultad de desear*

Ya Ortega destacaba en su *España invertebrada* que algo grave de los tiempos actuales es que en Europa ya no se desea[2]. El problema del deseo no es un fenómeno aislado, sino que se encuentra en el marco de la crisis en la que, según Ortega, ha caído toda la civilización occidental. La falta de deseo es un rasgo sintomático de la crisis de nuestro tiempo. Aquí encontramos una crisis muy particular e interesante que es la «crisis de los deseos».

Esta crisis se designa de ese modo recién en *La meditación de la técnica*, pero el mismo Ortega sabe que está hablando de lo mismo que ya había señalado en *España invertebrada*. Denuncia: "Acaso la enfermedad básica de nuestro tiempo sea una crisis de los deseos, y por eso toda la fabulosa potencialidad de nuestra técnica parece como si no nos sirviera de nada."[3]. El hombre ya no desea ¿Cómo es esto posible? Parece un contrasentido suponer que en este tiempo el hombre no tenga deseos. Vemos con facilidad en nuestro día a día como la riqueza de la sociedad de consumo parece dar rienda suelta a las pasiones y caprichos de quien esté dispuesto a pagar por ellos. Sin embargo, en Ortega este fenómeno es de naturaleza meramente superficial.

El fabuloso desarrollo de la técnica nos ha hecho transformar completamente el mundo, aumentar sideralmente nuestras capacidades de acción. Pero, inversamente proporcional al aumento de nuestra potencialidad vital ha disminuido nuestro interés. Si no desea, cómo hará el ser humano frente a la lucha por su propia realización.

La gravedad radica en el hecho de que el desear creador se encuentra atenuado o adormecido en la sociedad contemporánea. Sin duda que hay deseos, y su satisfacción es constante, pero ese desear se orienta a lo ya propuesto por la abundancia del mundo moderno. Los deseos que se satisfacen sin dar espacio al programa vital no son más que pseudo-deseos[4]. Su satisfacción carece de sinceridad por encontrarse desconectados de nuestra vocación y, por tanto, pierde vigor.

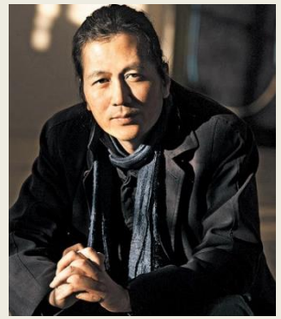
---

[1] Ibid., p. 576
[2] José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (1922), en *OC*, vol. III, p.421
[3] José Ortega y Gasset, *Ensimismamiento y alteración*, p. 576
[4] Cfr. Ibid., p. 576.

El deseo queda perdido en la sobreabundancia de opciones, en una espiral donde la búsqueda del ocio tropieza constantemente con su negación. Se ha perdido la meta central de la técnica y del desear. Nos hemos perdido en la búsqueda del bienestar del hombre, de la felicidad. Buscamos satisfacer nuestro deseo en un deseo que nos ocupa sólo en seguir deseando. Por tanto, no sabemos propiamente desear.

Carl Mitcham aborda esta tragedia orteguiana e interpreta esa última paradoja con una sencilla frase: "cuando todo es técnicamente posible, nada parece valer realmente la pena"[1]. El éxito de la técnica ha contraído un drama moral en la sociedad. Según Mitcham esta denuncia confirma indirectamente las críticas de Heidegger y Ellul, autores que desarrollan una crítica semejante al desarrollo técnico. En definitiva, el problema del hombre contemporáneo es no saber desear y no poder encontrar un claro domino de la técnica. Una posible solución para la dominación de los logros de la técnica es cultivar la filosofía. En su ensimismamiento, el hombre puede encontrar su espacio auténtico de recreación.

El hombre se vuelca en una vida activa que torpe en encontrar la satisfacción de su deseo, deambula insatisfecha buscando insistentemente la satisfacción de su demanda, sin saber claramente lo que demanda.



Podría quizá ser como señala Byung-Chul Han "No se percata de que precisamente la pérdida de la capacidad contemplativa, que, y no en último ´termino, está vinculada a la absolutización de la vida activa, es corresponsable de la histeria y el nerviosismo de la moderna sociedad activa"[2].

En la *vita activa* somos arrojados al cansancio del desierto de nuestro mundo, atraídos constantemente por los espejismos, pero aturdidos por la implacable sed.

4. *Drama moral de la crisis del hombre occidental*

No hay cosa tal como un manual de moral en Ortega, pero sí distintas aproximaciones a una teoría moral a lo largo de toda su obra. Arturo García Astrada intenta aproximarse a la misma, destacando dos ejes: una teoría de los valores y el llamado de la vocación humana. Ambos ejes encuentran su basamento en la realidad radical de la vida. En primera instancia, "hay una identificación entre el producto de la actividad de la vida y los valores"[3]. Los valores son elementos del repertorio de la vida, deben su existencia al acontecer vital que los produce. En este aspecto se pueden postular valores vitales auténticos, por tanto, que responden a la vida que los elabora en favor de dar respuesta a su circunstancia. La ética como ciencia de la acción debe

[1] Carl Mitcham, "La transformación tecnológica de la cultura y la crisis de los deseos", *Revista de Occidente*, N° 228, Madrid, mayo, 2000, p.37

[2] Byung-Chul Han, *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, 2012, p. 51

[3] Arturo García Astrada, *El pensamiento de Ortega y Gasset*, vol. IV. *Ética*", Buenos Aires, Troquel, 1961, p. 67

procurar que los valores sean fieles a la vida. En base a los valores es que se forman las normas morales de una sociedad.

Las normas morales ejercen cierta presión sobre la vida. Existe el riesgo de actuar desde las normas y no actuar desde la propia valoración vital. En la medida en que esto sucede, históricamente las normas morales van tomando independencia y pueden oponerse a la vida, presionarla en exceso y asfixiarla.

El hombre puede actuar moralmente porque es libre. "Ser libre significa [...] para Ortega, carecer de identidad constitutiva"[1]. La vida que es un drama, no se recibe ya hecha, sino que debe hacerse a sí misma. El hombre no tiene un ser determinado como los seres inertes o los animales. La vida es un proyecto donde el hombre se va eligiendo a sí mismo. Aquí es donde entra la cuestión de si la vida se vive haciendo su propio ser auténtico o no. Vivir acorde a nuestro ser auténtico es cumplir la propia vocación, cumplir nuestro programa vital personal. Hacer frente a la vocación es algo que implica la decisión y la acción propias para lograr su realización. Hay que poner manos a la obra. En este sentido la vida es lucha por conquistar el propio destino, por cumplir el imperativo de Píndaro: «llegar a ser lo que eres». Cumplir este proyecto es realizar el deseo original de todo hombre. Ese camino es orientado por los valores vitales y por la acción creadora del hombre que transforma el mundo.

En la crisis del mundo actual la concepción de Ortega se encuentra fuertemente amenazada por los problemas que se presentan. "El hombre-masa, en cambio, es para Ortega el hombre que carece de programa, que está satisfecho tal y como es y no se exige nada a sí mismo"[2]. El tipo de vida característico de los tiempos actuales es un tipo de vida que carece de programa. La rebelión de las masas afecta íntimamente la moral de la humanidad porque el hombre ha dejado de elegirse, «se siente como todo el mundo» y con ello ha renunciado a su realización. ¿Por qué ha pasado todo esto?

En un artículo publicado en el diario *El Sol* en 1927 titulado "Dinámica del tiempo". Ortega siempre agudo con su ojo puesto en los acontecimientos que se desenvuelven en su derredor, hace una crítica a la sociedad de su tiempo, en particular hacia las conductas consumistas y la importancia del dinero. Las épocas donde ha imperado el dinero son siempre épocas de «crisis moral». Allí dice: "Los principios sociales que rigieron una edad han perdido su vigor y aún no han madurado los que van a imperar la siguiente"[3]. La sociedad de su época, con sus costumbres, es una sociedad de transición. En ese lapso entre lo pasado que se abandona y lo nuevo que aún no llega, las buenas costumbres que imperaban se encuentran convalecientes.

> "Mas aún limitado de tal suerte la frase inicial que da ocasión a esta nota, yo me pregunto si hay alguna razón para afirmar que en nuestro tiempo goza el dinero de un poder social mayor que en sazón ninguna del pasado. También esta curiosidad es expuesta y difícil de satisfacer. Si nos dejamos ir, todo lo que

[1] Ibid., p. 73
[2] Ibid., p. 75

[3] José Ortega y Gasset, "Dinámica del tiempo", "Los escaparates mandan" (1927), en *OC*, vol. IV, p. 56. Publicado en el diario *El Sol*, 15 de mayo de 1927.

> pasa en nuestra hora nos parecerá único y excepcional en la serie de los tiempos. Hay, sin embargo, a mi juicio, una razón que da probabilidad clara a la sospecha de ser nuestro tiempo el más crematístico de cuantos fueron. Es también edad de crisis: los prestigios de hace años aún vigentes han perdido su eficiencia. Ni la religión ni la moral dominan la vida social ni el corazón de la muchedumbre. La cultura intelectual y artística es valorada en menos que hace veinte años. Queda sólo el dinero."[1]

Ni la religión ni la moral dominan, sólo queda el dinero. Una sentencia lapidaria y de una fuerte intensidad. Una vez más las palabras de Ortega van más allá de cualquier alusión que pueda hacer, hay que leerlo y simplemente dejarse encontrar con su retórica. El nivel moral de la sociedad está en crisis y eso es algo sumamente grave. La crisis no sólo plantea el imperativo moral que nos obliga a buscar la manera de encontrarle una solución, sino que, por otro lado, la crisis en sí supone un drama moral en la misma sociedad. Es difícil decir que es una época de corrupción, en un tono despectivo, ya que está abierta a recibir nuevos valores. Es un proceso de transmutación moral también. «¿Qué hacer?», es muy difícil saber qué hacer ya que por un lado tampoco se puede decir que la transgresión de los valores decadentes sea en sí algo malo. Es decir, bajo los parámetros que plantea Ortega, porque las referencias de bueno y malo también se están hundiendo en el mismo barco.

La crisis moral es una crisis donde los valores han perdido vitalidad. La sociedad se revela contra la moral porque la moral se ha revelado contra la vida. Si los valores, los prestigios y la religión han perdido vigor es porque ya no responden a la necesidad vital de nuestra circunstancia. Sólo queda el dinero, recurso útil para el mundo económico contemporáneo. Su valor se confirma en cada transacción.

La crisis pone en riesgo la realización del hombre y lo deja sumido en la desazón. Este viejo apelativo de la crisis se nos vuelve a presentar: "…la desazón es enorme, y es que el hombre actual no sabe qué hacer, le falta imaginación para inventar el argumento de su propia vida"[2]. No sabemos qué hacer porque nos falta imaginación para hacer ¿Cómo hemos perdido la imaginación?

El hombre está atrapado en pseudo-deseos. Las cosas se le dan hechas. La sociedad industrial ha elaborado tantos productos para la vida humana que el hombre sólo va y los elije. El aumento de la riqueza nos da la posibilidad de acceder a gustos y goces inimaginados para otras épocas de la humanidad. El problema surge ya no cuando vamos a satisfacer nuestras necesidades, sino cuando buscamos saciar nuestros deseos. El mercado ya tiene listo un abanico de opciones para que podamos satisfacernos. El mercado ya nos

[1] Ibid., pp. 56-58.

[2] José Ortega y Gasset, *Ensimismamiento y alteración, Meditación de la técnica*, "La vida como fabricación de sí misma" (1939), vol. V, p. 576

señala lo que tenemos que desear, desea por nosotros[1]. El rol del consumidor dentro de la nueva economía industrial falsifica nuestro deseo y a cambio nos da un rancio «pseudo-deseo».

Pedro Luis Moro Esteban comenta el artículo de Mitcham y se adentra en el problema de la revolución de las masas. La cuestión del señorito satisfecho lleva al hombre a estar complacido de sus propios logros. La nueva riqueza de la sociedad humana nos satisface de todo tipo de productos, mimetizando la satisfacción de nuestro deseo. "Estas características del hombre-masa afectan negativamente las posibilidades de la imaginación y la fantasía como facultades creadoras. Por ende, el resultado es la imposibilidad de reconocer el esfuerzo creador, presumiendo que la posesión de las cosas es un derecho que procede sin más 'de la libre expansión de sus deseos'"[2]. El hecho de tener todo ya hecho y trasladar nuestra satisfacción por medio del consumo nos ha hecho perder nuestra creatividad. Ya no creamos, ni producimos casi nada por nosotros mismos, todo ya nos viene hecho. La técnica creativa es el modo en el que el hombre logra desarrollar su vocación. Por medio de la creatividad el hombre humaniza al mundo y se encuentra a sí mismo en la satisfacción auténtica del deseo. El hombre-masa no sólo ha renunciado a su vocación, sino que cree estar realizándola.

El mundo que ha sido transformado social y culturalmente por la técnica nos presenta un repertorio de posibilidades de satisfacción de nuestros deseos. Lo interesante es también preguntarse ¿A medida de quién se ha hecho este mundo? Y en este aspecto se puede decir sencillamente que, sin duda, se ha hecho a medida del hombre. Pero, si la vida humana es sustancial indeterminación, plantear un modelo generalizado hacia el que todos deban desear al consumir las propuestas del mercado, es en cierto modo detener este dinamismo, o darle un objeto que no le es del todo propio, más bien ajeno. Pero el alter ego en cuestión no es otro como uno, sino que más bien es una generalización. Lo otro descansa aquí en un colectivo, en «la gente». En ello radica la alteración: en ser como todo el mundo, pero renunciar a ser uno mismo.

La raíz del drama moral de nuestro tiempo no radica sólo en el hecho de que los principios morales hayan perdido vigencia, sino que es aún más preocupante el hecho de que la cultura moderna nos hace renunciar a nuestra vocación. Vivimos alterados y desorientados en un mundo que no nos satisface. Para responder a esto, para escapar nos volvemos a perder en las espirales y tramas que hemos tejido en él. El hombre moderno, masificado por la Modernidad, se levanta contra ella y se tropieza con su propia creación revelándose contra sí mismo: en ello radica un aspecto de la rebelión de las masas.

5. *Perspectivas hacia una reforma moral*

El hombre para saber qué hacer debe lograr poner sus pies en la otra orilla de este inmenso océano crítico, se debe crear una nueva cultura, una nueva

[1] Cfr. Ibid., p. 575

[2] Esteban Luis Pedro Moro, "La crisis del deseo. La rebelión de las masas a la luz de la Meditación de la técnica", *Revista de Estudios Orteguianos*, Nro. 2, 2001, p. 218

expresión vital. Pero no es algo que pueda resolver un hombre solo, o que se pueda resolverse con facilidad, requiere de una inversión y un compromiso colectivo para poder hace frente y remendar el estancamiento de la vida:

> "Cuando la historia de un pueblo fluye dentro de su normalidad cotidiana parece lícito que cada cual viva atento sólo a su oficio y entregado a su vocación. Pero cuando llegan tiempos de crisis profunda, en que rota o caduca toda normalidad van a decidirse los nuevos destinos nacionales, es obligatorio para todos salir de su profesión y ponerse sin reservas al servicio de la necesidad pública. Es tan notorio, tan evidente, hallarse hoy España en una necesidad pública."[1]

La crisis es una cuestión de necesidad pública cuando se está en medio de ella. Pero no es una cuestión de alarma, puesto que su resolución siempre trae un nuevo porvenir. Esa necesidad supera a la misma vocación personal de los hombres, porque de no resolverse no hay posibilidad siquiera de que el hombre pueda quizá realizarse. Es una cuestión que involucra a todos cuando sucede, y del mismo modo, los debe involucrar a todos para su salida y solución. Al menos a las minorías egregias que lideran a la sociedad, son ellas las que deben estar especialmente involucradas.

Una pista para la resolución de estas es mirar hacia atrás en la historia, poder ver y entender las circunstancias en las que se dieron otras crisis, y notar si hay coincidencias en los modos de suceder para corregir el proceder. Es esto lo que Ortega encuentra, haciendo un análisis comparativo de las tres grandes crisis de la humanidad. Sospecha e incluso prueba los paralelismos entre esas épocas y la actual.[2]

El estudio de la historia presenta pistas no sólo por el paralelismo estructural entre las distintas situaciones críticas, sino que además en el hecho de que los tiempos actuales aún retienen aspectos de los tiempos pasados. La continuidad de la historia en un mismo fenómeno universal. El hombre moderno conserva en sí mismo vestigios del hombre medieval y del hombre de la antigüedad.

Viendo la historia, Ortega nota que el final de las crisis resulta siempre en lo mismo. A pesar de presentarse en distintos modos, la crisis da siempre a luz a una nueva forma de vida colectiva. El estudio de la historia como ciencia de la razón vital nos ayuda a poder anticipar las crisis, y a estar atentos para poner manos a la obra y darle el vigor suficiente para engendrar la nueva forma de vida. Frente a eso no es sólo la historia la respuesta, también lo es la sociología.

> "Hay, pues, una técnica para transformar lo social] y el día que la sociología sea una ciencia clara tendremos un domino parejo sobre la casi naturaleza que es la sociedad –y se evitarán las revoluciones, los golpes de Estado, [las guerras], las crisis

[1] José Ortega y Gasset, "Agrupación al servicio de la República", (1931) en *OC*, vol. IV, p. 660. Manifiesto firmado en conjunto con Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala.

[2] Cfr. José Ortega y Gasset, *En torno a Galileo*, p. 410

> colectivas y el triunfo permanente [-sobre todo el triunfo permanente] de la estupidez y la bellaquería que es, hoy por hoy, [y ha sido siempre] lo normal en toda sociedad."[1]

Ortega incluso se deja conquistar por la promesa de Comte de que la sociología tiene el potencial de entender con claridad el fenómeno de las colectividades humana y por tanto, encontraría los medios para poder anticipar y desactivar sus crónicas patologías, como otros inconvenientes políticos de los Estados. La sociología goza de un claro poder resolutivo para el pensamiento de nuestro autor.

Más allá de la aspiración profética en la resolución de la gran crisis de la modernidad, es necesario resaltar que las crisis tienen una solución. En la crisis recae su sentido fuertemente negativo en la desestabilización social, cultural y política, pero también su sentido intensamente positivo en el porvenir glorioso de una vida que viva en la transparencia y la autenticidad consigo misma. Es un llamado de atención ante el flagrante cataclismo, pero a la vez, es un aliento de esperanza por el futuro. En medio de ella está la responsabilidad de los hombres que habitamos los tiempos críticos. Sobre ellos recae el peso en sus hombros de estar a la altura de los tiempos, a la altura de crear una cultura, un pensamiento y una nueva moral que transforme las relaciones de la sociedad y de lugar a un nuevo período de autenticidad vital. La estabilidad se basa en la autenticidad de no dejarse embaucar por sobre las ególatras pretensiones del mundo que el mismo hombre crea bajo sus pies y ante sus ojos.

El hombre en franca crisis padece de la enfermedad de Narciso. Mira a la cultura como su fiel reflejo y se arroja enamorado hacia él sin darse cuenta de que se hunde ahogándose. En eso mismo que él había proyectado, ahora se asfixia. Lo que nos deja al final de su muerte es una hermosa flor que da continuidad a su vida. Algo de esa vida ha quedado en lo nuevo, pero aquello que era, ya no es más. La vida es algo que se va haciendo. Cuando se detiene, es forzoso el llamado hacia la evolución.

Consideraciones finales

Más allá de que se pueda disentir acerca del pensamiento antropológico y ético de Ortega, no se puede negar que el problema del deseo sigue teniendo una sustancial vigencia. La abundancia del mundo contemporáneo plantea un agotamiento por exceso. Y nos encontramos ahora poblados de toda esta interferencia que nos lleva a desear de manera absurda y compulsiva.

La crisis del mundo contemporáneo deviene en las costumbres humanas en crisis de la moral, en cambio la crisis de los deseos ha puesto un tabique en la acción humana orientada hacia su realización. Crisis moral y la crisis de los deseos tienen ambas su origen en la crisis de la civilización occidental, pero su encuentro muestra un trasfondo mucho más problemático dentro del embrollo de la desorientación humana de la actualidad. No sólo no hay parámetros morales a los cuales atenerse, sino que la condición de posibilidad

[1] José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente* (1939), en *OC*, vol. IX, p.410

de establecer unos nuevos se encuentra cegada, ya que el hombre no puede siquiera desear de manera genuina.

Más aún complejo que esto sería interpretar la implantación de los deseos en esta matriz por medio del marketing de las publicidades y la comunicación digital. Las publicidades son grandes escuelas de deseo, creadoras de necesidades que nos son en gran medida ajenas. Ya no hay sólo una imposición social sobre la vida humana, sino también una intencionalidad generalizada y programada de falsificar la vida humana con un fin de lucro. ¿Cómo podrán interpretarse los fenómenos masivos de viralización de la información y las tendencias por medio de las redes sociales? Acerca de estos temas, Ortega no ha visto los excesos a los que nosotros estamos tan ampliamente acostumbrados.

Quizá el elemento más significativo que nos deja esta denuncia del pensador español, sobre el desenvolvimiento de la sociedad contemporánea es una nueva visión acerca de nuestro entorno sobre saturado de propuestas y programas que no son nuestro auténtico programa. El ahogo que sufre el hombre en el bombardeo de información y de propuestas de consumo ciega su capacidad de poder enfocarse para realizar su propia vocación, y lo obliga a tropezar en su ímpetu de realizarse en esta vida. Vivimos sin lugar a duda alterados, pendientes de nuestro entorno, pendientes del caprichoso llamado de la tecnología que teje sutiles cadenas de notificaciones alrededor de nosotros.

Sin embargo, el pronóstico es alentador. Toda crisis anuncia un nuevo renacer de la vida humana. ¿Vendrá de la crisis de los deseos un renacimiento del deseo ordenado a la vocación auténtica del hombre? ¿Renacerá la creatividad humana haciendo justicia a tanto tiempo de alteración? ¿Serán los entornos de las redes sociales terreno propicio para un cambio profundo de nuestro modo de construirnos como seres humanos? ¿Será que lo que ha caído en crisis es la mismísima idea de hombre?

***

Bibliografía

Alonso Dacal, Guillermina: “La rebelión de las masas: Pronóstico de una realidad desafiante”, *Revista de estudios Orteguianos*, Nro. 2, 2001, pp. 273-279

Berrios Guajardo, V.: “Creencia y crisis en la perspectiva de Ortega y Gasset”, Revista electrónica Diálogos Educativos, Año 1, Nro. 1, 2001, pp. 3-16, accesible en http://dialogoseducativos.cl/articulos/2001/dialogos-e-01-ArticuloBerrrios-Creencias-y-crisis-de-Ortega-y-Gasset.pdf.

Fernández Álvarez, Manuel: “La rebelión de las masas: ¿Un tema de actualidad?”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nro. 526, abril, 1994, pp. 85-87

Ferrater Mora, José, *Ortega y Gasset*, Barcelona, Seix Barral, 1958

García Astrada, Arturo, *El pensamiento de Ortega y Gasset*, Buenos Aires, Troquel, 1961

Garcia, Jordi, *José Ortega y Gasset*, Buenos Aires, Taurus, 2014

HAN, Byung-Chul, *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, 2012

Haro Honrubia, Alejandro de, “Análisis evolutivo de la idea de progreso: Proyección actual de *Meditación de la técnica* de José Ortega y Gasset”, *Revista de estudios Orteguianos*, Nro. 8/9, 2004, pp. 185-217

Mafjud, Jorge, “Ortega y Gasset: crisis y restauración de la modernidad”, en *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, Nro.16, diciembre de 2006, pp. 55-79

Marías Aguilera, Julián, *Ortega. Circunstancia y vocación.* Madrid, Revista de Occidente, 1973. 2 tomos

Marías Aguilera, Julián, *Ortega. Las trayectorias*, Madrid, Alianza, 1983

Marías Aguilera, Julián, *Acerca de Ortega*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991

Mitcham, Carl: “La transformación tecnológica de la cultura y la crisis de los deseos”, *Revista de Occidente,* Nro. 228, Madrid, mayo 2000, pp. 33-52

Moro Esteban, Luis Pedro: “La crisis del deseo. La rebelión de las masas a la luz de la Meditación de la técnica”, *Revista de Estudios Orteguianos*, Nro. 2, 2001, pp. 215-222

Ortega y Gasset, José. *Obras completas*, Madrid, Taurus/ Santillana Ediciones Generales & Fundación José Ortega y Gasset, 10 volúmenes, 2004–2010

Pascerini, María Cristina: “Reflexiones sobre la crisis de la vida colectiva en *La rebelión de las masas*. ¿Una visión dantesca de la sociedad?”, *Revista de Estudios Orteguianos*, Nro. 2, 2001, pp. 265-272

Sebastian, Elmer G.: “José Ortega y Gasset: World Crises and the Unification of Europe”, *Hispania*, Vol. 46, Nro. 3, septiembre, 1963, pp. 490-495.

Shikama, Rikiwo, *Ortega, filósofo de las crisis históricas*, Santiago de Chile, Facultad de Filosofía, Pontificia Universidad de Chile, Serie “Ensayos y publicaciones”, 1991

***

Escondido en la espesura

Una reflexión acerca del descubrimiento del Ser a través del contacto con la realidad.

Por Brenda Brezovsky de Sbrollini[1]

Resumen El objetivo de mi estudio es mostrar lo que implica en la vida del hombre el acontecimiento supremo del encuentro con la realidad, con la verdad que se observa en la adecuación del intelecto con las cosas, y sobre todo con él mismo, acontecimiento que no acaba en ese encuentro, sino que eleva al hombre de lo meramente causado hacía la mismísima fuente del ser, el Acto Primero que todo lo causa y hacia el cual tendemos como fin.

Encuentro entre inteligencia creada e Inteligencia increada, hecho decisivo en la vida del hombre, que catapulta la existencia desde lo conocido hacia la novedad absoluta de la comprensión, aunque imperfecta, pero comprensión al fin, de la vida y de las cosas que nos rodean, fruto de la admiración que genera aún más admiración y necesidad de respuestas cada vez más profundas.

Este encuentro con la realidad, con su verdad, en definitiva, con el Ser que todo lo causa, con el Dios que dio a toda la existencia, muestra en él el fundamento necesario para vivir en plenitud

***Palabras clave*:** Ser, realidad, conocimiento, encuentro, existencia, fundamento

***

Escondido en la espesura

Todos llegamos a este mundo prácticamente sin darnos cuenta. Lo vivimos, pero no lo experimentamos de una manera consciente, incluso no lo recordamos cuando somos mayores. Nuestros inicios son tan silenciosos que se convierten en un misterio. Y aunque nuestros familiares nos lo cuenten, aunque tengamos fotos o videos, lo más íntimo de nuestro ser en esos días esta velado. Si vamos más lejos, el mismísimo instante de nuestra concepción es un momento inmensamente determinante y a la vez, una incógnita. No hay filosofía de la conciencia que pueda explicarme mi inicio, no al menos de una manera que me convenza. Si ser es ser un ser con conciencia que proyecta un mundo, que construye, quedan afuera de la cuenta días enteros, minutos, segundos totalmente valiosos. ¿Quién soy, qué hago en este mundo, cómo llegué hasta aquí? Pregunto. Y algunos me responden: “sos un ser humano,

[1] Brenda Brezovsky de Sbrollini es profesora de Filosofía egresada del Instituto Superior de Ciencias Sagradas San Miguel Arcángel, de San Miguel. Se continúa formando en temas relacionados a la educación y a la familia. Colabora como exalumna en las actividades y cursos que brinda el profesorado.

una persona, que tiene un modo de vivir similar al de los animales, te nutrís, creces, estás destinado a la reproducción para salvaguardar la especie, aunque das un paso más, ya que los humanos tienen conciencia, sentimientos, emociones. Sos un conjunto de células complejamente relacionadas, tenés sistemas solares completos de neuronas trabajando, haciendo circular lo que sos, tus pensamientos, tus recuerdos…" Hay otros que simplemente se limitan a decirme: "somos energía" y otros que solucionan la cuestión de la siguiente manera: "¿Para qué querés saberlo? Si no hay respuestas. Lo único bueno que podés hacer es disfrutar sin preguntar mucho, eso te deprime".

Llegado este punto me pregunto ¿qué clase de vida puede llevar una persona si retiene la pregunta por su ser, si la ata y la guarda en un cajón? Desde el inicio de la humanidad nos acompaña esta incógnita, no es nada original preguntarse por lo que uno es, ya que antes hubo civilizaciones enteras que se lo cuestionaron. El problema no es la pregunta, el problema es si se tiene la fuerza suficiente para buscar la respuesta o aún más, si estamos dispuestos a dejar que la respuesta cambie nuestras vidas. La vida al pie de la montaña es mucho más simple que las aventuras en plena subida. Subir la montaña requiere muchísimo trabajo. Pero ¿no da más trabajo acallar la pregunta?

El ejemplo más hermoso para citar a lo largo de este trabajo es el poema de Francisco Luis Bernárdez, *Alguien*. Es un soneto maravilloso, tan lleno de significado, tan emocionante que vale la pena leerlo una y otra vez para poder aprovecharlo:

Alguien que está escondido en la espesura
de la noche desierta y silenciosa
canta con una voz de una hermosura
que revela su ser a cada cosa

Al escuchar la voz maravillosa
el mármol siente que su entraña es dura,
la rosa empieza a reconocer que es rosa
y la noche recuerda que es oscura.

Es como si el fondo de su llanto
el universo con amor oyera,
despierto al fin por el inmenso canto;

se conmoviera con la luz, abriera
los pobres ojos que lloraron tanto
y por primera vez se comprendiera.

"Los pobres ojos que lloraron tanto". En este primer momento quiero darle la palabra a un filósofo increíble, un hombre que sostuvo hasta las últimas consecuencias sus ideas, un hombre que llevó el ateísmo lo más lejos que pudo: Sartre. En *El Existencialismo es un Humanismo* escribió:

> “El existencialista tampoco pensará que el hombre puede encontrar socorro en un signo dado sobre la tierra que la oriente; porque piensa que el hombre descifra por sí mismo el signo como prefiere. Piensa pues, que el hombre, sin ningún apoyo ni socorro, está condenado a cada instante a inventar al hombre. Ponge ha dicho, en un artículo muy hermoso: “el hombre es el porvenir del hombre”. Es perfectamente exacto. Sólo que si se entiende por esto que ese porvenir está inscrito en el cielo que Dios lo ve, entonces es falso, pues ya no sería ni siquiera un porvenir. Si se entiende que, sea cual fuere el hombre que aparece, hay un porvenir virgen que lo espera, entonces es exacto. En tal caso está uno desamparado.”[1]

Yo concuerdo con él. El hombre así, de esa manera, está desamparado. Pero en lo que no coincido con él es en el punto final que le da al desamparo, como si fuera lo determinante en el hombre. Una vez escuche lo siguiente: “el que está bajo el amparo olvida lo que es, pero el que está en el desamparo sabe lo que es el amparo”. Esa frase me impactó, porque le dio un sentido nuevo a una palabra que me ha intrigado siempre: la nostalgia. Esta palabra proviene del griego *nóstos* (regreso) y *álgos* (dolor), y se entiende como un “deseo doloroso de regresar”. El desamparado siente dolor, nostalgia por el amparo, porque al final sabe que la última palabra no es la del desamparo. Los deseos más profundos del corazón no pueden vagar libres sin tener de donde agarrase. Las personas experimentamos ciertamente la soledad, sobre todo en el silencio, cuando las voces del mundo se callan y quedamos solos con nuestros pensamientos, es verdad que estamos solos. Ni siquiera podemos decir que pertenecer a una familia es conocer nuestra procedencia real, porque es imposible remontarse hacia el infinito en el conteo de generaciones. Cuando uno desconoce sus raíces históricas queda como flotando en el océano, sin nada de dónde agarrarse. Esto produce vértigo, una sensación de soledad infinita, casi una inseguridad crónica. ¿Quién soy? ¿Depende de mí poner el fundamento de mi vida? ¿Cómo voy a vivir o a sostener mis decisiones si no hay qué me sostenga? Soy limitado, no puedo ser mi fundamento. El mismo Sartre, ateo, decía “es muy incómodo que Dios no exista”[2], Dios como fundamento, alguien a quien recurrir, un hogar al cual volver cuando uno se encuentra lejos.

Hay que hacer una elección fundamental para salir de este embrollo. No es lo mismo ser el centro de todo por mí mismo que tener un mayor grado ontológico que las demás creaturas, pero siempre siendo atraído, participado por el Ser que es el centro absoluto de toda existencia. El primer pensamiento da una cierta sensación de poder, de omnipotencia y soberbia, pues si yo soy el centro y quien decide la realidad ¿quién podría contradecirme?

En cambio, la segunda actitud exige como punto de partida la humildad, la escucha, la mirada atenta. Por más que seamos ontológicamente elevados, no significa que no haya más después de nosotros. Con esta elección se aprende

[1] Jean Paul Sarte, *El Existencialismo es un Humanismo,* Buenos Aires, Hyspamerica, 1984, p. 69

[2] Ibíd. p.67

y aprender es un camino hermoso, y aunque a veces sea fatigoso, al final de cada aprendizaje se experimenta felicidad. Y esta no es como la de los primeros, felicidad teñida de orgullo, porque en el fondo ¿a dónde se acercan? Si no hay más que hombre y conciencia ¿no será una existencia bastante solitaria? Sin embargo, el hombre no fue llamado a estar solo.

Se conmoviera con la luz

El hombre propiamente se conmueve con el brillo de una luz que logra percibir aún con los ojos cerrados, luz que acaricia con su calidez los párpados hinchados de tanto llorar. La luz golpea las puertas de nuestra alma. Conmover proviene del latín *commovere*, y en una de sus acepciones significa "mover completamente". Es decir que la luz causa un movimiento completo, una vuelta de la oscuridad hacia la luz que es definitiva, no se olvida. El alma que conoce la luz jamás podrá volver a decir: no la conozco. Conmoverse con la luz del Ser cambia el rumbo de la existencia. Los ojos cerrados de la ignorancia, de la incomprensión se abren de una vez, y ese es el dulce inicio del camino del entendimiento. Los ojos cansados de tanto llorar pueden experimentar dolor y molestia al primer contacto con la luz, pero a medida que pasa el tiempo pueden acostumbrarse a ella, el hombre de cara al Ser descubre el mundo más increíble que jamás pudo soñar en las sombras.

Sin embargo, lo que nosotros llamamos sombras no es más que una sobreabundancia de luz. Quien haya hecho el intento de mirar fijamente el sol para luego desviar la mirada hacia otro objeto sabe a qué me refiero. Hay un daño en la mirada por exceso de luz. ¿Pero cómo es que podemos estar excedidos de brillo? No puede ser de otra manera sino porque venimos del ser. Ya existimos. Estamos tristemente acostumbrados a ser sin preguntarnos lo esencial. Nos maravilla la vida, si, y buscamos entenderla mecánicamente. Buscamos como es que funciona todo. Pero el por qué o el para qué, nos deja cojos. Es que es un misterio tan grande nuestra propia existencia que ni siquiera nos animamos a desviar la mirada de nuestra vida cotidiana, no sea que de repente nos cuestionemos por qué el ser y no más bien la nada. El ser o la nada: los extremos que nos tironean cada uno en su propia dirección, la cuestión fundamental con la que se define el rumbo de nuestra existencia, la mirada con la que enfrentamos el mundo. Por un lado, el Ser que es que único dador de vida, que nos atrae a una vida auténtica. Y por el otro lado está la nada, que no es más que nuestro propio capricho de ser el Ser, capricho que nunca encuentra donde saciar su sed y que lleva al hombre a experimentar una náusea constante, ya que luego de revelarse ante la vida, una vez probado el sabor amargo del desengaño del sueño autosuficiente, vive en carne propia la sensación incontrolable de náusea producto de la vida que se abre paso por doquier y que lo mueve de un lado a otro mostrándole que no es él el que lleva los hilos invisibles de la existencia.

Hay Alguien que está escondido en la espesura y ese Alguien es un ser inteligente que nos atrae hacia sí. El mundo entero a lo largo de todas sus edades nos ha demostrado que hay un orden y que ese orden no es fruto de una combinación del azar. Pero con el paso de los siglos, este orden dejo de ser causa de admiración, como bien lo explica Carlos Sacheri:

> “La cultura moderna ha ido perdiendo gradualmente el sentido del orden a medida que la filosofía se fue desvinculando de la realidad cotidiana para refugiarse en un juego mental, sin contacto con las cosas concretas. Como consecuencia de este proceso histórico, el hombre fue reemplazando los datos naturales de la experiencia con las construcciones de la razón y de la imaginación.”[1]

Sin embargo, la experiencia humana nos demuestra que en nuestra vida convivimos con lo mejor y lo peor de nosotros mismos. Ciertamente el hombre posee una capacidad intelectual superior a cualquier otro ser en esta tierra, pero también es cierto que no somos solo intelecto, que las pasiones nos elevan y a la vez nos hunden. ¿Es posible que seamos tan ciegos como para confiar en nuestras construcciones de la razón, aquellas de las que habla Sacheri?
Somos bastante contradictorios. Necesitamos desde niños aprender y ser educados, somos formados porque nos reconocemos necesitados, pero hay un punto donde se cruza un umbral y nos convertimos en creadores, constructores de la realidad. Ahora somos nosotros los que decimos que es cada cosa. El hombre dice y así cree elevarse. Y ese es el momento exacto en el que, al poner el pie en la escalera, sin darnos cuenta, comenzamos a bajar. Vamos en la dirección opuesta: por un lado, el ser, y por el otro, la nada. Y como queremos ser independientes, no nos damos cuenta de que hay dos direcciones, hay carteles para orientarnos, hay un sentido… y, sin embargo, no tomamos nada de eso en cuenta. Así de tonto y simple, el sujeto que se proclama en su auto referencia se equivoca, como se equivoca el peatón que dice cruzar cuando el considere que es el momento correcto sin ver que hay un semáforo que marca el verde. Y el mundo se rige por un semáforo, por un orden, por un sentido que nosotros no indicamos, no pensamos y no ideamos. No es extraño que después de un largo periodo de alza, venga uno de decadencia. Sostener la idea de que el hombre marca el ritmo cuesta, ir contra la corriente cansa. Pero después del sueño, llega la mañana. Y cuando abrimos los ojos, el mundo está aún allí, esperando.

El ser y la luz

Cuando despuntan los primeros rayos del amanecer, lo primero que veo es que soy, que hay un mundo que me rodea y que este es diferente a mí. Veo orden, veo belleza, veo una compleja simplicidad en las cosas que me hace preguntar por lo que estoy viendo. Cuando era pequeña solía treparme a uno de los árboles de mi casa. Desde allí arriba parecía que podía ver el mundo entero. En ese momento, el mundo entero consistía, desde aquella hermosa perspectiva, en el brillo del sol a las cuatro de la tarde en verano y unos cuantos pinos más allá en las casas vecinas. Ese era mi mundo.

[1] Carlos Sacheri, *El Orden Natural,* Buenos Aires, Publicaciones del instituto de Promoción Social Argentina. 1975, p. 20

Pero ahora que soy grande puedo entender que realmente era todo el mundo lo que yo veía. Las cosas hermosas que observaba me mostraban algunas ideas que conocí una vez que encontré la filosofía, y así pude entender: las cosas son ¿son por sí mismas? No. Recuerdo la felicidad que me producía el viento estando arriba del árbol y las hojitas bailando. Pero una vez que caían en otoño simplemente morían. ¿Podía yo volver a ponerlas en sus ramas? ¿Podían ellas volver a su sitio? No. Solo caían y morían. Pero antes de eso eran. ¿De dónde venía su ser?, ¿de la savia, la tierra y los nutrientes? A los siete años esa no es la respuesta. A los siete años era lo bastante realista (en el sentido filosófico) como para saber que el ser venia del Ser. Eso me hizo disfrutar cada segundo de mi niñez. No sé cómo, no podría explicarlo. Pero lo sabía, sabia del Ser, del ser como motor de vida. Mi intuición era tan sensible que con los años me admiraba tanto estudiar en filosofía cosas que realmente había vivido. Las cosas eran, no por si, sino porque su ser les era dado, y aunque cada una de ellas me hacía feliz, también esa felicidad se remontaba a otra aún mayor. A los seis años le dije a mi mamá que sentía un nudo en mi corazón. Yo no conocía la palabra nostalgia. Pero era eso. Esa noche le hablé así, supongo que porque el día se acababa y la felicidad de ese día no había sido la que mi corazón de creatura realmente anhelaba… las cosas eran reflejos del Ser, pero no eran el Ser. Y eso, a una niña realista le producía un nudo en el corazón.

Los hombres lloramos cuando ignoramos el Ser porque es antinatural el acto de darle la espalda. Lo más natural en el hombre es la pregunta por el ser, ese es el secreto de la felicidad infantil. “¿Qué es eso?” la pregunta mágica que encierra un universo de posibilidades, acto que hunde sus raíces en la sima más pura: preguntamos por la esencia. Y la pregunta por la esencia de las cosas nos introduce en la existencia, y esta última nos lleva de la mano a la causa de dicha existencia. Las hojitas de mi infancia existían y no por si ni por mí. ¿Qué era eso que las causaba? Nos encontramos de lleno con el problema de la imposibilidad de definir el ser: “definir un concepto consiste en incluir este concepto en otro que sea más extenso, o en varios que sean más extensos y que se encuentren, se toquen, precisamente en el punto del concepto que queremos definir”.[1] El problema aquí es que no hay un concepto más general que pueda abarcar el del ser, no hay otro más extenso, por lo tanto no podemos definirlo. Entonces, ¿no sería mejor preguntarse quién es el Ser, en vez de tratar de definirlo? Y de esa manera volvemos a nuestro soneto, con su hermosa manera de presentarnos el Ser:

Alguien que está escondido en la espesura
de la noche desierta y silenciosa,
canta con una voz de una hermosura
que revela su ser a cada cosa.

Al escuchar la voz maravillosa,
el mármol siente que su entraña es dura,
la rosa empieza a reconocer que es rosa
y la noche recuerda que es oscura…

[1] Manuel García Morente, *Lecciones preliminares de filosofía,* Buenos Aires, Losada, 1981, p. 51

El encuentro con la realidad exige la reserva y la prudencia absoluta del que entra en un terreno sagrado. Las cosas son y siendo me señalan una realidad superior, la realidad de la existencia que no tiene su causa en sí misma. Y luego, la consecuencia que sigue, la dulce pregunta por mi propio ser, pues, aunque veo, siento, toco y escucho la realidad como un espectador, no puedo negar mi propia participación dentro de ella como un ser mas que está siendo y que cada mañana al despertar, lo hace sin tener que obligarse a existir, simplemente existe. El hombre no tomó parte en su propia venida al mundo y tampoco decide cuando dejar de ser, ni siquiera aún en el acto suicida porque ¿quién le ha garantizado que en la muerte se deja de existir realmente?, ¿quién tiene la capacidad de destruir el ser?, ¿quién dice: quiero desaparecer y lo logra? No estamos arrojados a la existencia para sufrirla y así desear acabarla. El mayor reto es comprender que existimos y qué es lo que somos, porque siendo efectos hay mucho de la causa en nosotros para poder descubrirla. Si hay una causa de mi ser, debe ser realmente grande. Y algo (o alguien) tan grande puede colmar de sentido mi existencia.

Como vemos, el encuentro con la realidad es inevitable. Pero el modo en el que nos acercamos a observarla puede variar según nuestras intenciones. La luz del ser se manifiesta iluminando todo a su alrededor. Hay quienes posan su mirada en lo iluminado, admirando el brillo, los colores y las formas, y buscando la causa de esa belleza siguen el camino trazado por los rayos del sol y así llegan a verlo. De manera imperfecta y según las capacidades humanas, pero lo ven. Hay otros que solo ven las cosas iluminadas y esa belleza los absorbe, pero en un espiral del que no pueden salir, pues siguiendo los rayos del sol se detienen debido a la ceguera que causa el contemplarlo en este estado actual de nuestra vida. Si nos quedamos como ciegos cuando intentamos ver el sol ¿significa que no está allí? ¿Qué no hay nada que mirar? Todo lo contrario, es algo tan grande que nuestros ojos no están preparados para verlo.

Etienne Gilson dice que “hay cosas que se dice uno a sí mismo y que se las guarda uno durante mucho tiempo antes de decírselo a otros. Algunos de estos pensamientos secretos pueden ser de los que para nosotros son lo más importante y, por esta razón misma, nunca serán dichos, jamás serán revelados.”[1] Pero a veces estos pensamientos pueden ilustrar con más claridad lo que queremos decir que las palabras más cuidadosamente escogidas. La filosofía queda vacía si no es llevada a la vida. No basta solo con aprender los conceptos básicos. Es necesario vivirlos. Es necesario dejar la dualidad y ser uno. Y la experiencia te hace uno. Hay un recuerdo que atesoro con mucho amor y que me enseñó el camino para *buscar lo que se debe buscar:* siendo adolescente estaba una tarde en casa, en mi habitación. Fui a cerrar la ventana y me encontré con algo que me superó: yo no lo sabía, pero desde mi ventana se podía ver el sol, naranja y hermoso del atardecer, poniéndose detrás de los árboles. ¡Nunca había visto algo tan hermoso! Llenó mis ojos con su luz

[1] Etienne Gilson, *Lingüística y Filosofía*, Madrid, Gredos, 1974, p,129

y pude sentir como esa luz llegaba a lo más profundo de mi alma, la sentía llenando los huecos que había en ella; y viendo eso, me parecía que si yo cruzaba la línea de árboles no encontraría las casas de mis vecinos, sino algo que no tenía fin. Y entendí en ese momento que ahí estaban Dios y la eternidad. El Ser, dejándose ver de alguna manera por un instante que duró lo que pareció una eternidad. Mis ojos no sentían necesidad de apartar la mirada, ya que era la hora indicada, perfecta para ver el sol. El atardecer es un momento donde la luz del sol no daña, sino que es recibida con el brillo y la tibieza más dulce para la mirada. Algo así ocurre con el Ser. Hay un instante en la vida donde inteligencia creada e inteligencia increada se unen a través de la realidad y se crea un puente en el que puede transitar la verdad y puede ser recibida por nosotros. ¿Cuál es el secreto de esta experiencia? La apertura, la disposición intelectual y espiritual para recibir lo que nos es dado: la verdad de las cosas, la realidad que apunta a su Causa a cada instante.

Sin embargo, podemos distraernos en lo meramente causado, buscando allí la saciedad de nuestro deseo del Ser y de la Verdad. Por ejemplo, la física y la química tienen en fin de cuentas que explicar en sus menores detalles el funcionamiento del organismo, pero, al mismo tiempo, que no pueden explicar su existencia.[1] Sin embargo seguimos insistiendo en que la materia nos revelará el sentido de la vida. Y así nacen y conviven con nosotros cientos de teorías científicas sobre el origen y el sentido del mundo. Una de ellas es la interpretación científica de la espiritualidad humana y de Dios. A continuación, citaré las palabras de Matthew Alper, considerado uno de los fundadores de la neuroteología, que de esta manera comienza su libro titulado *Dios está en el cerebro*:

> "El conocimiento es poder, y precisamente la capacidad que tiene nuestra especie de razonar, es decir, para deducir el conocimiento, lo que nos ha valido el título de «la criatura más poderosa de la Tierra». Los seres humanos razonamos porque estamos obligados a hacerlo. Nuestra supervivencia depende de ello, pues con cada información que adquirimos, ya sea como individuos o como especie, estamos mejor preparados para dominar nuestro mundo y, por lo tanto, para sobrevivir.
>
> Además de esta necesidad práctica de acumular información, nuestra especie también persigue el conocimiento con la esperanza de que pueda ofrecernos un significado y una razón de ser […] además de nuestras necesidades más vitales, poseemos lo que podríamos denominar necesidades «espirituales» […] hay una pieza del rompecabezas sumamente escurridiza, un misterio que elude provocadoramente a todas las ciencias físicas: el problema de Dios. […] Resolver el problema de Dios podría darnos la respuesta de le existencia del hombre."[2]

[1] Cfr. Ibid., p.108

[2] Matthew Alper, *Dios está en el cerebro: una interpretación científica de la espiritualidad humana y de Dios,* Bogotá, Norma, 2008, p.11-12

La pregunta que incomoda es la siguiente: ¿puede la ciencia empírica darnos algún tipo de respuesta sobre el sentido de nuestra vida, sobre el *problema de Dios*? Y si profundizamos más podemos preguntarnos tantas otras cosas: ¿no será que nos hemos dedicado demasiado tiempo a buscar la partícula de Dios en la materia, sin levantar la mirada para ver el panorama completo?, ¿puede una resonancia magnética enseñarnos el lugar que ocupa nuestra alma, nuestro ser?, ¿seguimos buscando la definición del ser?, ¿estamos en condiciones de sostener que tenemos el control de las cosas, que somos los seres más inteligentes? No causamos nuestra vida, no decidimos existir ni abandonar la existencia por nuestros propios medios y aun así seguimos pensando que la escala ontológica termina en nosotros como culmen de las posibilidades. ¡Hermosa ignorancia que nos hace aún más necesitados! Me gusta pensar que en cuanto a la búsqueda de las causas y de las explicaciones de la vida cerrados en el mundo material somos como un niño que busca y busca su chupete por todo el suelo y se encapricha porque no lo encuentra, y que al mismo tiempo es observado por su madre, que lo mira sonriente de su ocurrencia porque es ella quien lo tiene en la mano. Si tan solo el niño mirara a su madre entendería que el mundo no acaba en el suelo que recorre gateando. Somos como niños. Y la novedad es que no somos huérfanos como nos creemos por estar mirando al ras del suelo ontológico.

Al escuchar la voz maravillosa
el mármol siente que su entraña es dura,
la rosa empieza a reconocer que es rosa
y la noche recuerda que es oscura.

Hay un Ser supremo, hay Alguien causando la existencia y el hombre, como le ocurre al mármol, la rosa y la noche de Bernárdez, escuchando la voz que lo llama a la vida, empieza a reconocerse como un ser creado. Y así como llega a este conocimiento de saberse creatura, se afirma en su interior la pregunta existencial, la exclamación asombrada de por qué el ser y no más bien la nada. ¡Existimos! Podríamos no hacerlo, pero existimos y nos han llamado a la vida mediante un acto creador totalmente libre. Sobre este tema hay un hermoso texto que más que pertenecer a un manual de filosofía, podría pertenecer a un libro de poesía, porque a veces, leer a Octavio Nicolás Derisi es como leer la poesía más hermosa:

"Tal libertad, con que Dios ama o causa eficientemente la existencia de las esencias, implica el carácter de contingencia en el efecto: en la existencia participada o creada. Porque, si Dios libremente elige las esencias a las que va a dar existencia, síguese que las mismas pueden existir o no, no existen necesaria sino contingentemente. La contingencia es la indiferencia ontológica -no psicológica- de una esencia para existir o no, es la no identidad y además la no exigencia de la misma respecto a la existencia y que hace que una esencia –exista o no de hecho- sea siempre de si indiferente para existir o no y, cuando tiene existencia, la tenga no como identificada consigo, no como nota esencial constitutiva –

> como sucede en Dios, en quien la Esencia es la misma Existencia- sino por comunicación de la misma, por una Causa extrínseca eficiente, que libremente, sin necesidad alguna, se la confiere, como podría no conferírsela."[1]

Confiere el ser, como podría no conferirlo… otra vez la sensación de estar parado en el filo del abismo, a escasos centímetros de la nada. Casi podemos saborear el sabor de la no existencia, y sin embargo existimos. La maravilla de estar aquí y ahora, de ser, no es algo increíble hasta que tomamos conciencia de ello. Otra vez le daré la palabra a mis recuerdos, porque una experiencia de mi adolescencia puede reflejar mejor lo que estoy sintiendo: una tarde de sol estaba sentada en el suelo del patio de mi casa, más precisamente en un caminito que atravesaba el pasto. La verde hierba me atraía, y comencé a jugar con ella, peinándola con los dedos. Finalmente, presioné suavemente mis manos contra el pasto, acaricié la tierra y fui consciente del tamaño del objeto que estaba bajo mis manos. El mundo era igual a mí: algo que estaba allí, que antes no había existido, pero que allí estaba. Lo que yo concebía como lo más grande del mundo ya no era tan grande. Éramos dos entes. Nada sobre la tierra, ni siquiera ella misma podría llenarme después de tomar conciencia de su tamaño y del tamaño de mi interior.

Ante mí se había abierto una ventana hacia mi interior. La realidad me hablaba en un lenguaje que mi ser comprendía. Somos, pero de una manera contingente, pues experimentamos un vacío inexplicable con respecto a nuestro ser, una necesidad de saciedad que no podemos calmar nosotros mismos. Y sin embargo despertamos cada mañana y disfrutamos de una existencia totalmente gratuita. ¿Dónde está el fundamento de esta existencia? ¿Quién llama a la vida? *Alguien escondido en la espesura* brillante de los seres contingentes, alguien moviendo los hilos, creando libremente y disfrutando de este glorioso espectáculo.

Habiendo llegado a este punto, ¡podría citar a tantos autores!, pero hay uno que vino una y otra vez a mi mente. Se trata de José Ramón Ayllón y su libro sobre conversiones famosas. En él relata la conversión de Clive Staples Lewis y hay un párrafo encantador sobre el final de un camino lleno de búsquedas:

> "Siente entonces [Lewis] que su Dios filosófico empieza a agitarse y levantarse, se quita el sudario, se pone de pie y se convierte en una presencia viva. La filosofía deja de ser un juego lógico desde que ese Dios renuncia a la discusión y se limita a decir: «Yo soy el Señor»."[2]

Este Alguien, el Ser, deja de ser una especulación para convertirse en una persona: Dios, quien elige libremente a las esencias a las que les va a conferir la existencia y lo hace porque las ama:

> "Dios no necesita de la creatura para poseer su propia Bondad infinita y su consiguiente felicidad. Todo bien está en su Bondad

[1] Octavio Derisi, *La Palabra*, Buenos Aires, EMECE, 1978, p. 67

[2] Juan Ramón Ayllón, *10 ateos que cambian de autobús*. Madrid, Palabra, 2016, p. 76

infinita, y por eso Dios no necesita amar otro bien para poseer el Bien infinito […] Ahora bien, Dios, que *puede* amar a los seres finitos del mundo, *de hecho,* los ha amado o querido, porque les ha concedido existencia. Precisamente sabemos que Dios existe, por la existencia finita y contingente de tales seres, que no podrían existir, como existen, si la Voluntad o Amor divino no los hubiese amado o querido libremente crearlos o darles existencia.

Si tenemos presente estas dos verdades: por una parte, que el Amor infinito de Dios se identifica con su Ser o Bondad amada en el Acto de su Beatitud y que, por eso mismo, no necesita de la existencia de ningún otro ser o bondad fuera del suyo para su Felicidad; y, por otra, que pertenece a la Perfección de Dios poder querer y amar la existencia de los seres finitos fuera de Él, síguese que Dios no está necesitado sino que *libremente* elige o actúa las esencias, a las que quiere conferir existencia."[1]

Con los últimos renglones cambia todo. Ya no somos esencias llamadas a la existencia por un ser que puede hacerlo si quiere… somos criaturas amadas, escogidas, pensadas, ideadas por un Ser que ya no es Alguien escondido, sino que se revela para mostrar que es nuestra fuente, nuestro lugar de procedencia y de llegada. Sobre este cambio radical nos habla el mismo Lewis:

"Hasta entonces, yo había supuesto que el centro de la realidad sería algo así como un lugar. En vez de eso, me encontré con que era una Persona […] No me había pasado todo el trayecto sumido en mis pensamientos ni en una gran inquietud […]. Mi estado se parecía más al de un hombre que, después de dormir mucho, se queda en la cama inmóvil, dándose cuenta de que ya está despierto".[2]

Conclusión

Quisiera poder expresar lo que significa para mí la breve oración "¿Quién eres tú, Señor y quién soy yo?". El sentido de la vida siempre fue la pregunta que más me inquietó desde siempre… Cuando empecé a estudiar filosofía aún no sabía el deleite que me causaría seguir senderos de hombres que caminaron al lado de la Verdad y que nos dejaron todos los elementos necesarios para continuar esos caminos. El encuentro con la filosofía de la realidad fue el momento en el que todos mis pensamientos, todo lo que me habían enseñado en casa, todo lo que había vivido comenzó a tener palabras claras con las cuales podría entablar diálogo racional con personas que aún están en la búsqueda de Dios y no lo han encontrado.

La Iglesia nos enseña que el hombre es capaz de conocer a Dios: para el ser humano es natural buscar a Dios. Todo su afán por la verdad y la felicidad es en definitiva una búsqueda de aquello que lo sostiene *absolutamente*, lo satisface *absolutamente* y lo reclama *absolutamente.* El hombre sólo es plenamente él mismo cuando ha encontrado a Dios. "Quien busca la verdad

[1] Octavio Derisi, *La Palabra,* p. 64-65

[2] Cfr. Juan Ramón Ayllón, *10 ateos que cambian de autobús*, p. 76

busca a Dios, sea o no consciente de ello" (Edith Stein, santa Teresa Benedicta de la Cruz).[1]

Atravesar la espesura en la que se esconde Dios es el camino más valiente que podemos emprender en esta vida: buscarlo y dejarse encontrar por Él colma de sentido la existencia, porque como dice San Agustín: "nos creaste para ti y nuestro corazón andará siempre inquieto mientras no descanse en ti".

***

Bibliografía

AAVV *Youcat*, Madrid, Encuentro, 2011

Alper M., *Dios está en el cerebro: una interpretación científica de la espiritualidad humana y de Dios,* Bogotá, Norma, 2008

Ayllón J. R.,*10 ateos que cambian de autobús*. Madrid, Palabra, 2016

De Martini S., *Misericordia y Justicia*, Buenos Aires, EDUCA, 2013

Derisi O., *La Palabra,* Buenos Aires, EMECE, 1978

Frankl V., *El hombre en busca de sentido*, Barcelona, Herder, 2004

Gambra R., *Historia sencilla de la Filosofía*, Madrid, Rialp, 1997

García Morente M., *Lecciones preliminares de filosofía*, Buenos Aires, Losada,1981

Gilson E., *Lingüística y Filosofía*, Madrid, Gredos, 1974

Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, Buenos Aires, Paulinas,1999

Lewis C. S., *Sorprendido por la alegría*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1994

Millan Puelles A., *Fundamentos de filosofía*. Madrid, Rialp, 1985

Pascal B., *Pensamientos*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1984

Sacheri C., *El Orden Natural.* Buenos Aires, Publicaciones del instituto de Promoción Social Argentina, 1975

Sarte, J. P., *El Existencialismo es un Humanismo*, Buenos Aires, Hyspamerica, 1984

Vernaux R., *Filosofía del hombre*, Barcelona, Herder, 1967

***

[1] *Youcat*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2011, p.15

Metafísica y misterio de la mujer

Por María del Carmen Fernández[1]

"La mujer fuerte: ¿Quién la hallará?
Vale mucho más que las perlas."
Pr 31,10

Pensando en *Josefina*

***Resumen**:* el siguiente texto es una meditación metafísica, religiosa, antropológica en torno a variados elementos que rodean el misterio de la persona y de la mujer. Creatura-morada cuya presencia favorece el arraigo y desarrollo de la vida y halla en María Virgen-Madre el modelo de toda actitud vital fecunda.

Palabras clave: presencia, *ethos*, arraigo, desarrollo

[1] María del Carmen Fernández es Profesora de Filosofía y Pedagogía por el Instituto Joaquín V. González. Se define como, Maestra de "alma" apasionada por com-partir en la docencia durante 43 años, algo de la verdad que ha visto con quienes quisieron ver la verdad por sí mismos. Dedicada al estudio especulativo de la Antropología Filosófica desde 1970

El espíritu metafísico

"El espíritu metafísico, es la aptitud, para captar valores"
Aimé Forest.

"El espíritu metafísico, es la aptitud para captar valores", así se expresa Aimé Forest sobre la capacidad de desentrañar la esencia del misterio del otro, en nuestro caso la propia: el *ser femenino*. Lo primero que debemos hacer es explicitar lo que se entiende por *el sentido del ser*; respecto a esto podemos responder siguiendo a Marcel de Corte:

> "Nosotros entendemos por el sentido del ser o sentido metafísico de la existencia, esta disposición íntima del conocimiento humano, hecha de un espíritu encarnado en la vida, por la cual el hombre entra en contacto amistoso y fraternal con las cosas y las personas que lo rodean, no solamente en su materialidad bruta y su representación sensible o en tanto son símbolos de un mundo superior, sino en tanto son realidades singulares, ex–istentes, porque son como el mismo hombre es, independiente de él y provistas de esta perfección indefinible e inconceptualizable que es el existir […] Para quien tiene el sentido del ser, el valor y el ser coinciden."[2]

[2]Marcel de Corte, *Philosopie des moeurs contemporaines*, Bruxelles, Ed. Universitaires, 1944, p.50.

Ahora bien, esa realidad singular ex-istente en la cual tratamos de penetrar es, como el mismo ser humano es, *un misterio*; por ser misterio no es un problema; éste puede ser resuelto por una técnica adecuada, el misterio no.

Un problema se plantea, se planta frente a mí, cerrando el paso a mi pensamiento como una roca cierra el camino. Por eso mismo se justifica una técnica en función de la cual, por otra parte, se define y cuya explicación es impersonal en el sentido de que puede ser hecha por cualquiera.

¿Qué es en cambio el misterio? Ante todo, debemos tener cuidado de no confundirlo con lo incognoscible. Lo incognoscible es el límite de lo problemático. El misterio es de otro orden, pertenece a una esfera trascendente que podemos llamar meta-problemático o meta-técnico. Es una cuestión que se apoya sobre sus propios datos, o mejor, que se apoya sobre sus propias condiciones de posibilidad inmanente. Esto requiere explicación. Mientras que un problema se encuentra todo entero ante mí, el misterio es algo en lo cual yo mismo estoy comprometido, implicado, de tal suerte que la distinción entre mí y ante mí, pierde su significación. De ello se sigue que el misterio no puede ser pensado ni representado, ni demostrado, pues esto sería objetivarlo; solamente puede ser reconocido por una especie de intuición concreta, oscura en sí misma y dependiente de la libertad, que se emparenta con la fe. Y sin duda es posible degradar un misterio para hacer de él un problema, pero ese es un procedimiento radicalmente vicioso, que señala una verdadera corrupción de la inteligencia y su abdicación frente a la técnica.[1]

La presente explicación nos indica la actitud frente al misterio; ésta no es otra que la *reverencia* dado que es el único medio adecuado para acceder al valor moral del *otro*, el más elevado en la escala natural pues BONDAD, PUREZA, VERACIDAD, lo trascienden todo.

Los valores morales pertenecen a la persona, a su libertad y mismidad y cuando se pretende alcanzarlos es necesario esforzarse para llevarlo a cabo.

En esto, la *reverencia* es la madre de la vida moral, la única actitud para aprehender los valores. Es además el presupuesto de todo conocimiento profundo y la esencia del comportamiento moral.

La reverencia es el presupuesto del amor; afirma al *otro* y le *otorga espacio* para que se manifieste libremente. Ello se manifiesta ampliamente en el amor materno, cimiento de la vida comunitaria; la irreverencia quebranta la misma.

El misterio de lo femenino requiere para ser-con-él la *reverencia* y la *pietas*, el *respeto* hacia lo que ella es: “substancia particular, de naturaleza espiritual”; PERSONA, creatura que sólo puede entenderse como participación: ¡como rayo refractado del Creador!

La *participación* es el corazón de la metafisica. Participare: partem-cápere: tomar parte, no ser parte; según Cornelio Fabro: “participar” se predica de un sujeto que tiene una cierta formalidad o acto, pero no de un modo exclusivo y total.[2] Podría expresarse así: la creatura sin el Creador desaparece.

Desde aquí puede comprenderse un vínculo muy importante dentro de esta meditación; la relación de *participación y presencia*. La Presencia es afirmación

[1] Cfr. Roger Verneux. *Lecciones sobre existencialismo*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1952, pp. 201-205

[2] Cfr. Cornelio Fabro, *Partecipazione e Causalità*, Torino, 1956, p. 630

del Ser Divino como suprema presencia y realidad. A su vez, Gabriel Marcel cuando en su *Journal Metáphysique* se refiere a la relación interpersonal expresa que la presencia es la relación objetivamente indefinible, mediante la cual el *otro* me hace saber, que está con-migo. Ella se revela inmediatamente, inevitablemente, en una mirada, una sonrisa, un acento, un estrechar la mano: en consecuencia, la presencia es ya, participación.

Dios es el primero que se ha hecho presente a la realidad para afirmarla y confirmarla en su ser; así podríamos leer en el Génesis1, 31, como si Dios nos dijera: "Yo quiero que seas; es bueno, muy bueno que existas". Ese gesto lo repite el ser humano cuando ama y el mismo es posible por tener parte en lo Infinito, por tomar parte en el Ser Absoluto de Dios; desde esa comunicación profunda, analógicamente se fundamenta la comunión de vida.

Por *ver* lo divino en el otro, se comienza a ser-con-él desde adentro, desde lo profundo: esto es el amor: participación de las riquezas, de los valores que habitan en la interioridad.

Por eso es posible hacer existir; la creación es comunicación de la participación; por ella «se da ser». Quizá aquí se entiende la expresión de Santo Tomás: "El amor es el regalo esencial"[1], algo gratuito otorgado en plenitud a la mujer para engendrar la vida en su complemento con el varón desde la paternidad responsable, pero teniendo en ella un lugar raigal en el desarrollo de la misma. Así dice Harry Guntrip: "La capacidad de estar solo no puede existir sin la experiencia de haber estado solo en los primeros días de vida, en la niñez, en presencia de la madre. Por esa razón, la capacidad de estar solo es en realidad una paradoja; es la experiencia de estar solo cuando alguien está presente".[2]

En consecuencia, *la mujer*, está llamada desde el corazón de la metafísica y desde su ser-misterio, a ser *presencia desde su «ethos» femenino;* desde *lo propio: la interioridad*, lugar donde ella habita.

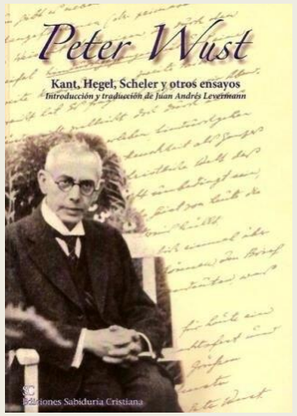
El «ethos» femenino

"En la interioridad hace eclosión hacia adentro, la esencia del alma.
Si el yo vive aquí, vive en el fundamento de su ser,
donde está de veras, en su casa y su domicilio,
entonces experimenta en cierta medida, el sentido de su ser
y siente su fuerza recogida entre las potencias particulares del alma".
Edith Stein, *Ewiges und endliches Sein*, p. 402[3]

Dice Peter Wust: "En el alma, debe buscarse su modo de ser existencial; esa es la destinación específica de la mujer: las cosas del alma".[4]

[1] *Summa theologica*, 1, 38, 2
[2] Harry Guntrip. *El Self en la teoría y la terapia psicoanalítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971, p. 120.
[3] Cfr. Este texto figura en la edición del FCE, Edith Stein *Ser finito y Ser eterno,* Méjico, 1996, p. 451 (N. Ed)
[4] Peter Wust, "El significado metafísico de la mujer",en *Kant, Hegel, Scheler y otros ensayos,* introducción y traducción de Juan Andrés Levermann, Buenos Aires, Sabiduría Cristiana, 2009, p.145

Y puede serlo por lo que expresa Edith Stein, porque ese es, su dominio; desde ese entronque fundacional está llamada a ser presencia al mundo.



¿Cuál es la vía para llevarlo a cabo? La conquista de la interioridad por medio del *suelo virgen* del silencio.

Sólo quien sabe permanecer *en la casa*, pone los cimientos de la vida comunitaria, pero se debe aprender a habitar en el cuarto de la mismidad e identidad desde el fundamento de la Verdad.

Sólo si está plantada en *lo propio* puede caminar hacia el crecimiento perfectivo, elaborando lo que lleva adentro; es muy cierta la enseñanza de Nicolás de Cusa: "Si tú serás tuyo, yo seré tuyo"[1]; ésta es la condición de apertura a los demás, raíz de la vida femenina: *el don de sí*.

La línea de lo propio es la línea del verdadero desarrollo; toda relación afectiva: amistad, amor, es ayudar al *otro* para que continúe en lo propio. La posibilidad reside en la voluntad de energía vocera de la propia naturaleza, que se dirige al cambio perfectivo. Toda la Creación tiende hacia la grandeza y la grandeza que corresponde, lo es de acuerdo con lo que uno *es*.

Sólo esto permite el surgimiento del *homo simplex*: el que plenifica todos los niveles y todos los elementos constitutivos de su ser integrados en su espíritu.

Esta plenificación irradia luego, en la presencia a todo lo que la rodea, porque la vida que crece atrae a ser-con-ella. De acuerdo con esto, según vemos, para estar presente a los demás, primero se debe estar presente a sí misma, porque el que está fuera de sí, no puede estar presente al otro.

Dios está absolutamente presente a todo; es la Suma Presencia: la persona-humana por participar de Dios, dentro de sus límites, como ser finito, tiende a llegar a la máxima plenitud. Por su presencia la mujer se compromete, primero consigo misma, desde la fidelidad a su esencia finita, y desde allí, a los demás.

En el hogar interior restablece el equilibrio y la armonía para obrar lo que corresponde. Allí descubre su dimensión profunda, los resortes de su corazón, el valor de los otros y el sentido de cuanto acontece.

En la interioridad *descubre el sentido de su libertad*: ¡Poseerse para darse!

El mejor ejemplo de la libertad del ser finito sería éste:

- Cada miembro está en su lugar y no desea ningún otro.
- Cada uno está con toda su esencia, protegido, cobijado, asegurado.
- Se expande sin impedimentos.
- Es fructífero y
- Se alimenta de la fuente primigenia del Amor

[1] "¿Cómo te darías tu a mí, si yo mismo no me diera a mí mismo? Cuando descanso en el silencio de la contemplación, tú, Señor, desde el interior de mis entrañas respondes diciendo: «Si tú eres tuyo yo también soy tuyo.» Oh, Señor, suavidad de toda dulzura, pusiste en mí la libertad, para que sea, si lo quiero, yo mismo. De ahí que, si no soy yo mismo, tú no eres mío. Necesitaste la libertad, pues tu no podías ser mío, si yo no fuera de mi mismo y por esto pusiste en mi la libertad, no la necesidad, pues esperas que yo elija ser a mí mismo." Nicolás de Cusa, *De visione Dei*, -1454-, cap. 7 (N.Ed)

- Y se brinda a los demás, en la órbita designada [1]

Si nos preguntamos por qué es el mejor ejemplo, responderíamos, porque es entender la libertad como espíritu encarnado, en plenitud, dentro de sus límites. La libertad interior no es otra cosa que la libertad de coincidencia consigo mismo, con lo que Dios quiere que sea; cuando la mujer vive su vida como vida de compromiso valoral, coincide con aquello para lo cual ha sido *llamada desde la Eternidad* y vive así su vida personal y no algo prestado. Sólo esta libertad, lleva a dar la vida por los demás; por eso: "La entrega de sí misma es el acto más libre de la libertad."[2]

¿Cómo se llega a ello?; a través de una formación humana que cultive la *virtud*. Virtud en lenguaje romano, significa *fuerza*, sin embargo, hoy, la virtud tiene un significado negativo. Vida virtuosa es aquella en la cual no se cometieron faltas y muchas veces está en pugna con los conceptos de perfección; sin embargo, fijémonos en esto: el término griego *areté* tiene la misma raíz que *aristós*, término que significa 'lo mejor'.

¿Qué es lo que identifica a la virtud?: *dar y darse*; en la mujer constituye el *carisma* de lo femenino. Cuando Juan de Santo Tomás, domínico portugués, habla de la virtud, expresa lo siguiente: "turgentia ubera animae"[3]: ubres túrgidas del alma, en el sentido de fecundidad y abundancia.

Hablando sobre la mujer dice Edith Stein:

"Nuestro tiempo quiere 'mujeres'
Que posean verdadero conocimiento de vida:
PRUDENCIA, actitudes prácticas,
mujeres moralmente sólidas,
cuya vida sea: inquebrantable, fundada en Dios"[4]

podemos agregar nosotras:

Mujeres que se decidan a 'obrar LA VERDAD'
Mujeres de la 'memoria fiel' en unidad consigo mismas;
Mujeres 'serenas', de mirada objetiva y profunda;
Mujeres prudentes, no cautas,
Mujeres que 'asuman' con seriedad la vida;
Mujeres que se 'planten' y den la cara;
Mujeres con fundamento en 'LO ABSOLUTO'

Para que esto sea posible es necesario vivir con *espíritu de pobreza*; el fundamento del mismo lo encontramos en el Evangelio: "Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis" (Mateo 10,8). *Gratis* una palabra de gran peso en su

[1] Cfr. Edith Stein, *Ser finito y ser eterno,* cap. VII
[2] Edith Stein, *Welt und Person*, Lovaina Nauwelaerts, 1962, p. 156.
[3] Cfr. Jacques Maritain, *Arte y escolástica*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1972, p.16

[4] http://www.quenotelacuenten.org/apologetica/website/index7850.html?id=1831

etimología: *doréan* significa 'don', regalo; como regalo lo habéis recibido, dadlo como tal.

Pobreza en espíritu y en verdad; profunda disposición del corazón para no vivir con avaricia; obediencia a *lo real*, la única que conduce al crecimiento perfectivo.

Espíritu de pobreza que trae la abundancia: "El alma no posee nada, pero ella puede poseerlo todo. Todo es para ella, ofrenda y don…"

Espíritu de pobreza que supone *grandeza*, magnanimidad: virtud de ánimo grande; virtud de grandes pensamientos y de grandes empresas; también de grandes pruebas; espíritu abierto a los grandes horizontes, a los valores; espíritu valiente y humilde.

El espíritu de pobreza consiste en eliminar de nuestro corazón todo deseo desmesurado de posesión, de dominio, de falso saber; supone *darse sin disminuirse*; desarrollarse para ser de los demás; desarrollo y renuncia, asimiento y desasimiento, términos pertenecientes a dos tiempos de la respiración del alma.

Aprender a ser pobres es, aprender a desprenderse de todas las seguridades que no permiten el desarrollo; en ese desprendimiento surge la abundancia.

Decía Pablo VI: "Este mundo inmenso, misterioso, magnífico; este Universo de tantas fuerzas, de tantas bellezas, de tantas profundidades, es un panorama encantador. Parece prodigalidad sin medida. Asalta en esta mirada como retrospectiva, el dolor de no haber admirado bastante este cuadro, de no haber observado como merecían las maravillas de la naturaleza, las riquezas sorprendentes del macrocosmos y del microcosmos…" [1]

Cuando el ser humano guarda la pureza en el corazón, *ve* las cosas nacer y allí se conjuga la pobreza y la abundancia; para ello sólo se necesita poseer la mirada simple del niño; estar abierto para el encuentro con el Ser

¿Dónde encontrar el *modelo*? En María, la Virgen María. ¡LA MUJER PLENA!

El modelo, María, la mujer plena

Celebrando a María, una mujer consagrado escribió:

"Es difícil hablar sobre María, porque ella siempre se volcó al silencio. ¡Callaba! ¡Callar, cosa tan lejana a nosotros!; callar, esperar, escuchar, para entender después; quizás, mucho después.

Difícil hablar sobre ella, pero, qué bien la gustan, la *saben*, los que tienen confianza en ella; porque hay gente que la quiere mucho, que confía en ella, le reza, le habla, le pide mil cosas distintas.

Decía alguien: "Siento a María como LA MUJER, que, como toda mujer, sabe hacer espacio, sabe hacer lugar a un niño, a Dios, a lo cotidiano, al dolor, a la alegría, ¡a la vida!"

Los pocos pasajes que en el Evangelio hablan de María, o la dejan hablar, van por ese lado:

- Acoger.
- Estar atenta.

[1] Pablo VI "Meditación ante la muerte", L' Osservatore Romano, 12 de agosto de 1979

- Hacer lugar.

María hace lugar a Dios (“Hágase en mí…” Lc 1,38)

María abre surcos a lo grande, a lo imposible, a lo que no entiende.

Colabora con Dios.

María hace lugar a lo cotidiano (“El vino se acabó y la madre de Jesús le dijo: «No tienen vino»” (Jn 2,3)

Se abre y hace abrir, recipientes para el vino: corazones para la fiesta.

María colabora con los otros.

María hace lugar a la realidad (“Derriba del trono a los poderosos, exalta a los humildes”. Lc 1,52)

Escucha a los que reclaman justicia, comparte sus reclamos.

María colabora con su pueblo.

Por todo esto, Dios pudo ser niño en sus entrañas, pan y vino en la fiesta; Enviado en su tierra. ¡Cuántas Marías hay en nosotras!

También silenciosas

Mujeres que acogen,

Mujeres que callan

No quietas ni pasivas,

Mujeres que acompañan y son uno con el varón

Compañeras, esposas, madres.

Mujeres que cada día siguen creyendo en lo imposible y hacen milagros.

Mujeres que escuchan y hablan, cuando hay que hablar.

Mujeres que son como la tierra –aparentemente oscura– y que en su secreto acunan la semilla y nos la regalan hecha vida.

Mujeres, pobres y sencillas; ¡FUERTES!

Será por esos gestos femeninos,

¿Será por ese secreto, que mucha gente la quiere?

Porque se siente escuchada, acogida, acompañada; porque sin duda en María se da intensamente lo femenino de cada corazón:

Acoger para *dar*

Recibir, para entregar.

Y… ¿qué pasa con nosotras?; nosotras que tantas veces nos sentimos solas, desencantadas, cansadas.

Nosotras que estamos necesitando, saber, sentir, que alguien –Dios, nada menos– nos quiere y Calla.

Y nos permite entender, después. Quizás, mucho después… [1]

María de cada día es nuestro *modelo*; la que aprendió a *celebrar la fiesta de lo cotidiano.*

la que expresó: “He aquí la servidora del Señor, entrando así, a cumplir la voluntad de Dios, sabiendo que esto encerraba: gozo por encima de todo gozo y sufrimiento por encima de todo sufrimiento.

[1] Isabel Milano en la celebración de la Ascensión de María (Montevideo. Uruguay)

la que creyó en LA PALABRA y se lanzó a vivir desinstalada y arraigada en Dios.

la que engendró al HOMBRE RESPONSABLE, como expresa el Evangelio de San Juan: "OS HE DESTINADO A QUE VAYÁIS Y DEIS FRUTO"

Madre del MESÍAS; plenitud de la alegría de María por haber sido *la elegida*

Y asunción de lo que esto implicaba: "Mira que este está puesto para caída y levantamiento de muchos de Israel, y para signo a contradecir, y a ti misma, una espada de atravesará el alma." (Lc 2.34-35)

La que *sabía* lo que significaba ser *la madre de Jesús*: así cuando se perdió y lo encontraron en el Templo, sentado en medio de sus maestros y preguntándoles; todos los que le oían estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron quedaron sorprendidos y su madre le dijo: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo angustiados, te andábamos buscando". Él les dijo: "Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?" (Lc 2.46-49) Y continúa diciendo el Evangelio: "Pero ellos no entendieron la respuesta que les dio."; sin lugar a duda, María muchas veces no entendía, pero *sabía* que era la madre del Salvador. Por Él vivió la angustia y la calumnia. Cuando debieron ir a Nazaret fue muy duro. La gente allí no era nada amistosa. Todavía hay hoy un refrán árabe que dice: "Al que Dios le quiere castigar, le da por mujer, una muchacha de Nazaret."[1]

No pocas veces irrumpió el odio de vecinos: "No es este el hijo de José?" (Lc 4.22)

La presencia de María, *Modelo* para nosotras, las mujeres, radica en este centro: *el amor desinteresado*

En María, BELÉN Y EL GOLGOTA van juntos; seguramente diría para sí misma: "Así entré en la voluntad de Dios y desde entonces no me he pertenecido a mí misma", pero seguramente añadiría: "Entonces quizá cuando empezó mi vida y mi soledad, y ésta solo la pude superar porque El me ayudaba". La soledad de *aquella* que sin embargo, la GRACIA había asumido en la más entrañable proximidad de la salvación. De ella ha dicho Isabel: "¡Feliz la que ha creído!" (Lc 1,45)[2]

Dice Pablo VI: "La Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles, no precisamente por el tipo de vida que ella llevó, y tanto menos, por el ambiente sociocultural en que se desarrolló, hoy día superado casi en todas partes, sino, porque en sus condiciones concretas de vida, ella adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios:

[1] Cfr. Romano Guardini, *Verdad y orden*, Madrid, Cristianismo y Hombre Actual, 1960. p. 31

[2] Cfr. Romano Guardini, Ob. Cit, p. 34

"YO SOY LA SERVIDORA DEL SEÑOR, QUE SE CUMPLA EN MÍ LO QUE HAS DICHO". (Lc 1.38)

María acogió *la Palabra y la puso en práctica*; su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio.

Fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo, lo cual tiene un valor universal y permanente.

Por su *fiat* cambiaron los tiempos de la historia; rompió con todas las seguridades; vivió aferrada a Dios con espíritu de pobreza, como lo expresara el Cardenal Pironio: "El misterio de María, es un misterio de despojo y de anonadamiento, de ocultamiento y pequeñez, de humildad y de servicio".

En ELLA está nuestro ideal femenino; en María, la que vivió con espíritu de pobreza. Este nos permite rescatar los auténticos valores y así poder crecer como persona, respetando la dignidad de esta: la libertad.

Dice Edith Stein: "Amor servicial es ayudar a todas las criaturas a llegar a la perfección. Ahora bien, tal es el oficio del Espíritu Santo. En consecuencia, en el Espíritu de Dios que se derrama en toda criatura, podríamos ver el prototipo del ser femenino. Su imagen más perfecta se encuentra en la Purísima Virgen, que es Esposa de Dios y Madre de todos los hombres".[1]

A su Luz, nuestro ideal: El ideal Virgo Mater

> "La mujer, por una parte, está llamada a la maternidad corporal, pero por otra, está llamada a la virginidad. Así como la maternidad natural no es concebible sin el esplendor de la virginidad, esto es, sin pureza de corazón e íntima entrega a Dios, así también, la virginidad tiene necesidad del desinteresado amor materno. La perfección de ambas vocaciones ya sea en el matrimonio, en la vida profesional o en el estado religioso, consiste en una maternidad espiritual, que para Edith Stein constituye el sentido auténtico de toda vida femenina."[2]

Para esta *gran mujer del siglo XX*, según el juicio de quienes la conocieron personalmente, la mujer no existe tan sólo en orden al varón, sino que ante Dios tiene su propio valor, completamente personal e inalienable.

Por ello, desde *su* ser, necesita una autoafirmación religiosa-espiritual; de allí la formación interior y, una formación profesional, no sólo intelectual, sino también afectiva. De allí que la formación femenina, es una formación personal que abarca no solo el entendimiento, sino a todo el individuo, con su corazón y voluntad.

Toda su actividad, debe llevar el *sello* de lo femenino; por eso la mujer no es sólo jurista, médico o maestra, sino, sobre todo: *amiga maternal* de todos

[1] Edith Stein, *La mujer*, Madrid, Palabra, 1999, p. 299

[2] Theresia a Matre Dei, *Edith Stein En busca de Dios*, Navarra Verbo Divino, 1974, p. 136

cuantos necesitan ayuda y cuidados. Esto mismo afirma Peter Wust: ella no debe devenir hombre, sino permanecer ligada a su modo específico de *ser mujer*, tanto en la cultura como en la historia. La mujer está destinada al principio de su espíritu, aquel del alma (*anima*).

A *la luz* de este Ideal *Virgo-Mater*, surge desde el *misterio* de lo femenino, el: SER PRESENCIA.

La vida humana es, sobre todo, relación con los demás, *encuentro*, coexistencia, aceptación, un mutuo recibir para enriquecerse y poder dar lo que uno es, para realizarse.

El encuentro con el otro es decisivo. El reconocimiento del otro es una salida de sí mismo; con-vivir con los otros es aceptarlos como son, participar en su vida, amar en ellos la condición humana.

Vivir es tomar parte en la desgracia, en el gozo, en la realización plena de los demás, como en la mía. Sólo en el encuentro con el otro, tal cual es, en la aceptación de su ser, yo puedo pasar de la mera coexistencia banal, a la participación.[1]

He aquí nuestra presencia: *ser-con-el-otro*, desde la *Participación y la Presencia*, en los diversos ámbitos de la vida humana, desde nuestro «esencial femenino».

En la amistad. - Para Simone Weil, la pensadora francesa, "la amistad es igualdad hecha armonía, como decían los pitagóricos. Hay una armonía, porque existe una unidad sobrenatural entre dos contrarios, que son la necesidad y la libertad, los dos contrarios que Dios ha hecho coexistir creando el mundo de los hombres. Hay igualdad porque se desea conservar la facultad del libre consentimiento en sí mismo y en los demás. Cuando uno desea o acepta subordinarse a un ser humano ya no queda rastro de la amistad. No hay amistad en la desigualdad. Una cierta reciprocidad es esencial en la amistad."[2]

En la amistad hay una comunicación y una participación en la vida de nuestro prójimo; nosotras mujeres, estamos llamadas a ser *amigas fraternas* a través de lo cual, desde la Participación, Dios se haga presente en nosotras.

Recordemos que la esencia de la participación es descubrir lo divino que hay en el otro, porque toda amistad humana es una imagen lejana de la amistad original y perfecta de las personas divinas.

Simone Weil tuvo una fina intuición para comprender la necesidad de la amistad humana y para verla en todo su proceso como un cierto milagro, armonía de contrarios, unidad que respeta la dualidad.[3]

En el amor. - Viktor Frankl en su libro: *Psicoterapia y Humanismo* agradece a su esposa de esta manera:

> "Agradezco aquí a mi esposa, Eleonora Katharina, todos los sacrificios que ha realizado a través de su vida con el fin de ayudarme a ayudar a los demás. Merece efectivamente las palabras que el profesor Jacob Nicedleman le escribió como dedicatoria de un libro

[1] Cfr. Abelardo Lobato. *La pregunta por la mujer*, Salamanca Sígueme, 1976, p. 140.
[2] Cfr. Abelardo Lobato, Ob.Cit., p. 140.
[3] Cfr. Abelardo Lobato, Ob.Cit., p. 140

suyo, durante uno de los viajes que realicé, en su compañía como siempre, para pronunciar unas conferencias: «Para el calor -escribió- que acompaña a la luz». Que el calor persista durante mucho tiempo, cuando la luz se haya extinguido."[1]

En la profesión, desde *la vocación*-

El Padre Daniel Feuling habla así, sobre Edith Stein:

> "Hablaré ante todo de su manera de ser humana. Lo que me pareció más notable en la hermana Benedicta era la alta y profunda concepción que tenía de todas las cosas, una concepción dominante elevada por encima de las pasiones y de la sensibilidad. Estaba animada por un gran impulso que la llevaba siempre a buscar el sentido más profundo de la existencia y del existente. Su primera y constante preocupación, en sus estudios, su enseñanza y su vida, fue siempre la de encontrar los principios primeros del ser, las relaciones entre la criatura y el mundo creado […] Una visión clara de las cosas y al mismo tiempo, penetrante se aliaba en ella y de forma excepcional, a una muy viva sensibilidad. Su impulso interior la condujo muy pronto a salir de las sombras del Antiguo Testamento para penetrar de la mano del conocimiento y del amor, en la luz del Evangelio de Jesús, y retirarse, en fin, en el corazón mismo de la Iglesia.
>
> Si quisiera tratar de definir su carácter en términos corrientes, yo diría que el rasgo dominante de su personalidad era la atracción hacia la filosofía. Pero ¿Qué es la "filosofía" sino el amor a la sabiduría? Es la busca afanosa de la verdad, el descubrimiento de las relaciones misteriosas entre el ser y la vida, una comprensión más extensa, más luminosa de las cosas, a la que el hombre trata laboriosamente de arribar. Esta sed de verdad, este amor a la sabiduría, eran en ella como una segunda naturaleza.
>
> […] Una vez entrada en el Carmelo, cuando los superiores clarividentemente la autorizaron a proseguir sus trabajos, ella acogió este permiso con reconocimiento, persuadida de hacer así una buena obra. Bajo el hábito del Carmelo vivía la filosofía".[2]

Desde aquí surge *la misión*:

La mujer redentora por amor: tierra sustentadora del habitar creador

Si nos preguntamos por qué la mujer, es tierra sustentadora del habitar creador, la respuesta la encontramos cuando hemos dicho, que lo 'propio' de ella era *lo hogareño*, lo que tiene que ver con *la casa* desde ese entronque fundacional que es la vida interior.

Pues bien, para comprender el verdadero sentido del habitar es preciso comenzar por captar el verdadero sentido de la *casa*, algo que muy

[1] Viktor Frankl, *Psicoterapia y humanismo,* Méjico, FCE, 1984, p. 7

[2] Elizabeth de Miribel, *Edith Stein,* Madrid, Taurus, 1956, p. 196

profundamente explica el Padre Héctor Mandrioni en su libro: *Filosofía y Política*. Dice allí:

> "El sentido de la casa se descubre cuando los lugares y los instantes pierden su anonimato y neutralidad existenciales para convertirse en figuras plenas de humanidad; en otras tantas voces que, en forma de pasado, presente y futuro o en forma de cercanía y lejanía tienen mucho que decirnos.
> […] La casa es el lugar del arraigo pues en ella nos vinculamos al suelo nutricio.
> […] la casa protege contra lo que amenaza.
> […] La casa es el lugar de la intimidad y de la comunicación cordial."[1]

La casa, que vive del *ethos* femenino, pone según hemos visto, las bases físicas del habitar:

> "La casa es aquello que, directa e inmediatamente nos permite habitar en el sentido físico de la palabra. El habitar *materialmente* en un lugar, es la base concreta y real de toda otra dimensión habitante. Que el hombre tenga una casa, o sea, un lugar, que le circunscribe, arraiga, protege y le permite la intimidad y un llegar a sí mismo, es la condición indispensable para poder eludir la condición de nómade psíquico y espiritual".[2]

Y… ¿Qué significa habitar?:

> "Habitar significa la reconciliación del hombre con el Estado por la mediación de los pequeños agrupamientos humanos en forma de sociedades intermedias, pero manteniendo siempre al Estado en la periferia de la morada. Habitar significa la reconciliación con el «tú» de los otros moradores con el «tú» que mora en el misterio de arriba."[3]

Pero todas estas reconciliaciones se realizan mediante la creatividad, permitiendo ser creador y esto supone un *poder propio*, que se debe desenvolver desde el *lugar* al que se pertenece desde el comienzo: la casa; la casa con las *columnas fuertes* que acompañan el crecimiento perfectivo.
Pero nuevamente, la mujer con su misión específica es *tierra sustentadora*: "Si se nos provee, cuando niños, de ese «afecto humano», podremos, luego, desarrollar una personalidad adulta, segura."[4] […] "El ser, el sentimiento de una mismidad asegurada, estable, constituye la base de un quehacer sano, de la espontánea actividad creadora". [5]
Podríamos pensar metafóricamente desde la mujer, aquello que dice Martín Heidegger sobre la tierra:

> "Crecer significa abrirse a la amplitud del cielo –y al mismo tiempo– estar arraigado en la oscuridad de la tierra, que todo lo sólidamente

[1] Héctor Mandrioni, *Filosofía y Política*, Buenos Aires, Guadalupe, 1975, pp. 74-76
[2] Ibidem, p. 78
[3] Ibidem, pp. 80-81
[4] Harry Guntrip. *El self en la teoría y la terapia psicoanalítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971, p. 122.
[5] Ibidem, p.124.

> acabado prospera sólo cuando el hombre es de igual manera ambas cosas, dispuesto a la exigencia del cielo supremo y amparado en la protección de la tierra sustentadora."[1]

Allí en esa *tierra* se consolida *el habitar creador* a partir del surgimiento del hombre de cultura desde la sustancia del amor.

El hombre de cultura es aquel lugar donde se ilumina y justifica el *universal* humano y, donde, a la luz de este último es posible crear obras en el espíritu, plenas de valor.[2]

La sustancia es el amor:

El amor como *presencia*; aquel que da por *buena* la existencia del otro; aquel que expresa: ¡Qué bueno que Dios te haya puesto en la creación! Punto y arranque de toda existencia.

El amor *crítico*: El amor que perdona, pero que no disculpa, aquel que sabe que 'para ser críticamente benévolo, hay que ser benévolamente crítico', según la expresión del filósofo italiano Carlo Mazzantini

El amor realista, como dice Bernardo de Claraval: "Ama del todo castamente, aquel que ama a aquel mismo a quien ama, y no algo distinto de él."[3]

Aquel que expresa en cada gesto: ¡Quiero tu bien! Ti voglio bene!

La tarea de la cultura como el acto de amor tienen en común ser una sustancia realmente edificante: ambos emplean sus energías en cumplir y *permitir ser* a todo aquello sobre lo cual se ejercitan. No llegan a cada cosa para arrebatar y dominar, sino que acceden a cada cosa, para ayudar y servir.

Habita el que cuida y sirve; habita el que es autor y aumenta el ser de las cosas incrementando la riqueza ontológica del mundo.[4]

La *mujer* engendra al *hijo*: EL FRUTO QUE QUIERE CRECER Y DESARROLLAR desde el arraigo de la tierra-madre y el *buen hijo* siempre vuelve su rostro hacia ella…

> "Que esta sea mi rogativa:
> Que la gente sea de la tierra. Como la justicia es de la vida.
> Que la justicia sea de la vida. Como la vida es de la alegría.
> Que la vida sea de la alegría. Como la alegría es de la gente.
> Y que este círculo sea como la tierra y los vientres que esperan hijos.
> Que este círculo sea como la vida. Sin regreso, sin retorno. Siempre avanzando hacia la primavera".
>
> Doña Cayupán. Anciana Mapuche

[1] Martín Heidegger, "El sendero del campo", traducción de Abel Posse y Sabine Lanhenheim para el diario *La prensa*, Bs.As., 12 de agosto de1979. El subrayado es nuestro.
[2] Cfr. Héctor Mandrioni. Ob. Cit, p. 86
[3] Emilio Komar, Emilio, *El silencio en el mundo,* Buenos Aires, Sabiduría Cristiana, 2006, p. 27
[4] Héctor Mandrioni. Ob. Cit. Pág. 87

Bibliografía

de Corte, Marcel *Philosopie des moeurs contemporaines*, Bruxelles, Ed. Universitaires, 1944

de Miribel, Elizabeth, *Edith Stein,* Madrid, Taurus, 1956
Fabro, Cornelio, *Partecipazione e Causalità*, Torino, 1956

Frankl, Viktor, *Psicoterapia y humanismo,* Méjico, FCE, 1984

Guardini, Romano, *Verdad y orden*, Madrid, Cristianismo y Hombre Actual, 1960

Guntrip, Harry, *El Self en la teoría y la terapia psicoanalítica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1971

Lobato, Abelardo *La pregunta por la mujer*, Salamanca Sígueme, 1976
Mandrioni, Héctor *Filosofía y Política*, Buenos Aires, Guadalupe, 1975

Maritain, Jacques, *Arte y escolástica*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1972

Stein Edith, *Ser finito y Ser eterno,* Méjico, FCE, 1996
Welt und Person, Lovaina Nauwelaerts, 1962
La mujer, Madrid, Palabra, 1999

Theresia a Matre Dei, *Edith Stein En busca de Dios*, Navarra Verbo Divino, 1974

Verneux. Roger, *Lecciones sobre existencialismo*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1952

Wust, Peter "El significado metafísico de la mujer",en *Kant, Hegel, Scheler y otros ensayos,* introducción y traducción de Juan Andrés Levermann, Buenos Aires, Sabiduría Cristiana, 2009

***

Pedagogía de la mirada

Por Pablo Marcelo Martínez[1]

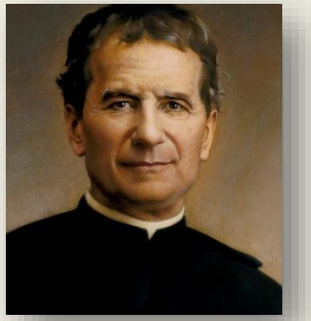
Resumen. La pedagogía no encuentra hoy en su sentido originario, es decir, acompañar al niño y al joven en el desarrollo de su personalidad, en su crecimiento, un lugar dentro de la educación. Se la presenta como ciencia, se la confunde con la didáctica o directamente se la anula. Sostenemos aquí que la pedagogía conjuga a su vez, en sentido aristotélico, la teoría, la praxis y la poiesis: Una visión, un conocimiento práctico y un arte, aunque sin considerar al aprendiz como un material, sino como persona. Por eso, entre muchas otras cosas, nos encontramos frente a la urgencia de reencontrar esa pedagogía personalista, personalizada y personalizante, y para ello es necesario recuperar el verdadero sentido de la formación de la persona y la importancia que, una mirada pedagógica tiene para esta tarea. Sin embargo, la mirada pedagógica pareciera no tener lugar en una cultura saturada de racionalismo y pragmatismo, ciegos para la persona incapacitados para mirar.

Palabras clave: Mirada. Ver. Pedagogía. Alteridad. Ceguera. Proyección

***

[1] Pablo Marcelo Martínez es profesor de historia y licenciado en ciencias de la educación. Se ha desempeñado como docente de nivel medio durante más de treinta años, ocho como directivo y desde hace más de 30 años también como docente universitario (Ucalp y Universidad Nacional del Litoral) y de nivel superior (formación docente) donde continúa en la actualidad.

En estos momentos realiza estudios de posgrado en educación en la Universidad nacional del centro de la Provincia de Buenos Aires.



El educador procure hacerse amar [...] por los alumnos. En este caso la sustracción de la benevolencia ya es un castigo, pero un castigo que excita la emulación, estimula y no desalienta. [...]
Se ha observado que a veces una mirada poco amorosa produce en algunos un efecto más mortificante que un castigo corporal."
Don Bosco. El sistema preventivo

Recuperar la pedagogía

La reflexión pedagógica en nuestro tiempo ha sido alejada de sus orígenes. La encontramos relacionada con ciencias de la educación, estrategias didácticas y otras formas de mentar el fenómeno educativo.

Citamos un ejemplo para ilustrar esta actitud: "Para definir con precisión; los estudios que versan sobre la producción, la distribución y la apropiación de los saberes son estudios pedagógicos."[1]

En este trabajo vamos a considerar a la pedagogía como una praxis que se sustenta en una teoría que se elabora a partir de la experiencia, pero haciendo referencia en particular a su sentido originario, el acompañamiento *a pie* por el camino, que un esclavo doméstico hacía del niño rumbo a sus clases en la casa del maestro. Acompañamiento en el crecimiento ético, un diálogo sapiencial, desde la experiencia y el conocimiento de lo valioso de la vida.[2]

Esta mirada sobre la pedagogía ha sido minimizada en la concepción contemporánea, fundamentalmente por la deshumanización de la tarea educativa, la excesiva relevancia dada a lo metodológico o la necesidad de darle a cualquier análisis de la realidad un sustento científico.

Mirada y unidad

Si reducimos la mirada a lo visual estaríamos descuartizando al ser humano. Cuando percibimos, todo nuestro ser se vuelca sobre aquello que ha convocado nuestra atención. En el sentir se hace presente nuestra inteligencia, provoca a nuestros afectos, nuestra voluntad es movida, invita a pensar y a re-experimentar con los sentidos. Todo el hombre está allí. En el

[1] Gvirtz, Silvina y otras: *La educación ayer, hoy y mañana: el ABC de la pedagogía. Buenos* Aires: Aique, 2011, p. 34

[2] "El Pedagogo era habitualmente el esclavo encargado de acompañar al niño hasta los lugares en que se impartía enseñanza, los cuales en época clásica no estaban unificados en un edificio, sino que se requería ir en busca de los lugares de trabajo de maestros particulares: *didáskalos*, «maestro de lectoescritura», el de gimnasia y el de música. Esto obligaba a un constante acompañamiento de un adulto que protegiera al niño o adolescente de los peligros de la calle. Su cercanía con el niño lo convirtió en un guía moral, ya que se encargaba de enseñarle buenos modales y se ocupaba, en general de vigilar el buen curso de su educación. Los maestros tenían, en realidad poca responsabilidad en el desarrollo espiritual y moral de sus alumnos y eran más bien transmisores de un saber objetivo antes que formadores integrales de la personalidad de los jóvenes. Esa función era mejor desempeñada por el pedagogo." Luis Castello, Claudia Márgico, *Diccionario Etimológico de términos usuales en la praxis docente*, Buenos Aires. Altamira. 2005, § 43, p. 57.

mero sentir está involucrada la razón, la moralidad, la afectividad. Todo, en cada instante.

Pero sin duda es la mirada el lugar donde mejor se refleja esta unidad del ser y el obrar humano. Allí está claramente condensada la sensación, la inteligencia, la afectividad y al mismo tiempo la comunicación, el encuentro, miramos algo, miramos a alguien. A la vez alguien nos mira y nos constituye en la conciencia de nuestro ser desde el inicio mismo de nuestro existir:

> "El niño viene al mundo, no ya en un sentido físico sino espiritual gracias a la mirada materna omnienvolvente. Comienza a sonreír, a hablar, porque la madre le sonríe y le habla. [...] La percepción de si madura a partir de la mirada de la madre, puesto que la madre lo mira, él, a su vez, mira. Es único e irrepetible porque la madre lo ama independientemente de sus cualidades. Lo quiere en cuanto es «él». De este modo madura la concepción de si en cuanto individuo"[1]

Como plantea el texto de Massimo Borghesi, la mirada no sólo constituye un instrumento pedagógico, sino que es una instancia naturalmente constitutiva de la personalidad. Esta experiencia originaria preparará al niño para saber encontrar otras miradas que a lo largo de su existencia (aún adulta) lo confirmen, es decir que permitan el desarrollo personal sano, que es aquel que responde a su propia naturaleza universal humana y a su singularidad, su yo, el que le ha sido dado.

Mirada pedagógica

Si bien la mirada de la madre está cargada de intuición y de afecto natural, no cualquier mirada es pedagógica. Existe en esta una intencionalidad, una disposición consciente:

> "El profesor ve a Diane saltando a la cuerda. Ve mucho más de lo que vería cualquiera que pasara por allí porque él conoce a la niña desde hace más de un año. [...] Estamos comparando cómo ve un transeúnte a una niña que salta a la cuerda y cómo ve el profesor a Diane. Éste tiene un interés pedagógico por la vida de la niña. Le une a ella una relación pedagógica, y no puede evitar verla como un ser humano único y completo en pleno proceso de crecimiento y de formación personal."[2]

Esta mirada implica una multiplicidad de posibilidades y expresiones, allí el maestro puede comunicar a la vez, afecto, comprensión, cercanía, distancia, contención, acogimiento, respaldo... Una presencia que dice mucho. Allí el niño o el adolescente puede encontrar esa seguridad que busca aún sin anunciarlo, o también la indiferencia, el odio, la rutina, el vacío. Hay miradas que constituyen y otras que desestabilizan.

[1] Massimo Borghesi, *El sujeto ausente,* Madrid, Encuentro, 2005, p. 135

[2] Max van Manen, *El tono en la enseñanza,* Barcelona, Paidós, 2004, p. 32-33

Sin embargo, también es verdad que estamos en un tiempo donde la mirada ha suspendido su intencionalidad pedagógica, amistosa y se encierra en los límites de su interés personal. Algunos hacen caer la cortina donde les conviene y cierran los ojos ante la realidad. No querer ver. Proyectar. Dominar. La búsqueda utilitaria. Poco importa la mirada en un mundo impersonal. Tampoco es posible una mirada personalizante cuando el mismo discurso pedagógico es impersonal:

> "Como los otros grandes errores de la metafísica y de la moral también la creencia en el yo se remonta, mediante la creencia en la causalidad, a la voluntad de encontrar un responsable del acontecer (…) la concepción del ser que sobre esta estructura ha construido la metafísica (con los principios, las causas etc.) está totalmente modelada por la necesidad neurótica de encontrar un responsable del devenir."[1]

> "¿Qué es alguien? ¿Cómo define a alguien? ¿Quiere decir que ese alguien se trata de una persona, un yo, un sujeto? ¿Es una intención? ¿Un inconsciente asexuado? […] Yo propondría no determinar a este alguien bajo ninguno de los términos de la tradición metafísica: ni un alma ni un cuerpo ni un yo ni una conciencia ni un inconsciente ni una persona […] Queda alguien que piensa y que, por ejemplo, interroga, se interroga sobre todo lo que, en su lengua, en su cultura, le obliga a pensar todavía alguien en términos de yo […] Lo que usted denomina alguien es, en todo caso, una singularidad, una singularidad que firma esta escritura a través de un idioma singular"[2]

Desde esta perspectiva, y digamos que Derrida está muy presente en algunos enfoques curriculares, es imposible pensar una pedagogía de la mirada, pues no hay *alguien* que pueda mirar ni *alguien* que pueda ser mirado.

Educar la mirada, educar la persona.

Sólo quien ha educado su mirada, quien sabe ver el mundo, a los otros y a sí mismo sapiencialmente, es decir saboreando la existencia, sólo este puede mirar pedagógicamente.

Esto implica que en la formación de un verdadero docente se hace imprescindible preparar la mirada para poder orientar, para poder corregir, para ayudar a buscar en cada uno su propia mirada, reconocerse y hacerse así solidario con las miradas de otros.

Una pedagogía centrada en la persona requiere reconocer ante todo la realidad del ser personal, su carácter creatural y el respeto por esta particularidad misteriosa y trascendente que pide una mirada compartida que lo confirme y lo invite a abrir los ojos, a verse, a ver, a vivir. Esta es una realidad que no

[1] Gianni Vattimo, *Más allá del sujeto*, Barcelona, Paidós, 1989, p.30

[2] Jacques Derrida, citado por Gustavo J. Magdalena en *Levadura en el mundo*, Buenos Aires, Claretiana, 2010, pp. 22-23

sólo puede ser vista desde una perspectiva cristiana, sino también por aquellos que sin miedo se abren a la realidad, no intentan justificar sus miradas vacuas y captan así claramente la diferencia entre un hombre despersonalizado y quien no lo está:

"Los hombres de este mundo futuro actuarán de forma automática; se pararán ante una luz roja y marcharán ante la verde. Obedecerán la señal. […] El tema de nuestro tiempo es la conservación del sujeto"[1]

Pedagogía de la mirada

"Cuando le toca el turno al arpero ciego,
Oreste se inclina
indeciso, y el arpero le impone una mano sobre la cabeza
mientras con la otra sigue repasando las cuerdas, pues
esta vez han transportado el arpa hasta el muelle.
Oreste está seguro de que lo prevé, ya que su mirada
alcanza mucho más lejos y no se embarulla con lo
exterior de las cosas."
Haroldo Conti, Mascaró, el cazador americano.

Qué es mirar: es el acto propio de un ser humano, en el que se manifiesta su substancial unidad, una unidad de múltiples dimensiones, pero unidad. En cada acto del ser humano está presente, como ya hemos mencionado, todo él: su sensibilidad, su inteligencia, su afectividad, su intencionalidad. Y esas dimensiones si bien constitutivas de cada hombre, se dan en cada mirada con la particularidad de un yo, cargado de su identidad, su historia, su geografía, su vocación.

La palabra ver, está asociada con el mirar, se puede mirar sin ver, pero lo propio del hombre es ver. Cuando el hombre ve lo hace como una unidad, por eso toda visión está cargada de inteligencia y de afectividad, nos abre a lo otro y al otro y también a nosotros como *otro*.

Decir ver, significa entonces, ese acto en el cual partiendo de su sensibilidad, aunada al intelecto y cargada de afectividad, penetra en las diversas dimensiones de la realidad, este acto que es natural, requiere sin embargo en nuestro tiempo ser educado y re-educado permanentemente, esto debido al bombardeo de imágenes y situaciones virtuales que la actual cultura ejecuta sobre cada uno de nosotros y a la actitud racionalista que limitando y hasta negando el momento contemplativo del conocer, absolutiza la dimensión constructiva, lógica y proyectiva de la razón

La pedagogía es hoy un ámbito olvidado. El fin de la educación se ha hecho funcional perdiendo de vista la formación del carácter y la ayuda en el crecimiento de la persona. Además, la primacía se ha puesto en lo cognitivo o lo procedimental, soslayando la integralidad de la persona y su crecimiento. Desde su origen pedagogía y didáctica se diferenciaban claramente como dos dimensiones (no partes) formativas, referido la primera a la ayuda en el

[1] Max Horkheimer y otros en A *la búsqueda de sentido*. Salamanca, Sígueme, 1984, p.123

crecimiento y desarrollo integral de la persona, como persona. El *didaskalós*, por su parte se dedicaba a la enseñanza de las disciplinas, a la transmisión de conocimientos y habilidades necesarias para poder integrarse a la vida común, política y laboralmente, esto está claro, es absolutamente necesario, aunque no exclusivo. Hoy prevalece lo didáctico frente a lo pedagógico.

Por eso centramos lo pedagógico en esa actitud del maestro que implica saber mirar al niño o al joven que aparece en su camino para ayudarlo a crecer, además de aprender contenidos.

Falsas Miradas

Mirada manipuladora

Un alto dignatario pregunta a uno de sus *asesores* "xxx me pidió una entrevista, no sé por qué será. ¿Dónde trabaja?" "En tal lugar" contesta su asesor. "ah, bueno, así cuando viene sé por dónde correrlo".

Esta conversación no es inventada, es la reproducción literal sin nombres, de algo sucedido. Cabe agregar que el dignatario era un servidor no un monarca absoluto, pero su actitud denota una clara actitud de dominio, de manipular la situación para evitar problemas. No interesaba ver el problema real, escuchar qué pasaba, por qué se había solicitado la entrevista, sino tener un as en la manga para llevar las cosas para "su" lado.

No es de extrañar que este mismo dignatario manifestara abiertamente un desprecio funcional por la teoría, a la que sólo veía como una abstracción y no como capacidad de visión.

Cuando el *ver* es despreciado, sólo queda manipular y, manipular, es no respetar al otro, ni siquiera interesa el otro ni lo otro. Y a esta actitud, ya Aristóteles, la llamaba violencia.[1]

Proyecciones

Hoy en educación todo pasa por hacer proyectos. Sin embargo, proyecto es algo antitético con la pedagogía. Proyectar es *pro*: hacia adelante y *iacere*: lanzar. Un proyecto es tirar un objeto hacia adelante, de allí viene por ejemplo proyectil. Existen proyectos que son proyectiles.

Cuál es la cuestión: un proyecto es una elaboración racional que de alguna manera está en mi cabeza y cuya intención es modificar la realidad sobre la cual se va a actuar. Si bien un buen proyecto debe fundarse en un buen diagnóstico, no sólo no siempre es así, sino que muchas veces el diagnóstico consiste en *meter* dentro de nuestras categorías mentales la realidad. Existen muchos diagnósticos clasificatorios, normalizadores, estructuradores, que no ven la realidad, por eso muchas veces diagnostican lo que quieren. Y por esto, el proyecto se transforma en proyectil, nueva forma de violencia que pretende un aprendiz que entre en sus esquemas, y el que no: alumno problema.

Daniel Pennac, en un profundo y bello libro: *Mal de escuela*, dedicado a contar su experiencia en la "educación de los zoquetes", cuenta que, cuando tomó la

[1]Cfr. *Magna moralia*, cap. XIV

decisión de estudiar para ser maestro, le preguntaban acerca de su trayectoria educativa y él, un zoquete en esos tiempos, contestaba: mi trayectoria ha sido pasar del reto de la maestra por las malas notas, al reto de la directora, al gabinete psicopedagógico por ser niño-problema, al pase a otra escuela.[1] Encasillamiento en todos los ámbitos educativos posibles. No hay mirada, no hay pedagogía

Cegueras

"Yo llamaría ciego para la persona (*Personblind*) a quien no fuera capaz de captar el fenómeno de la diferencia con un grado de certidumbre esencialmente superior a cualquier otro resultado científico de ayer, de hoy y de mañana. Tampoco podría evitar creer que no hay en este género de ciegos un impulso, incluso una **voluntad de ceguera**. Pues ser persona significa –en tanto que actividad- una exigencia a la que el hombre trata de escapar"[2]

Existen muchas formas de ceguera, o de voluntad de ceguera como dice Landsberg. Una de ellas es no querer ver; negarse a aceptar la realidad que se me presenta, por muchas razones, pero sobre todo porque nos molesta y entonces proyectamos, configuramos y hasta fantaseamos acerca de esa realidad, que en educación siempre es otro, alguien. Esta ceguera implica también una salida hacia la manipulación "…tenemos el sombrero, ahora hay que acomodar la cabeza al sombrero", decía un ilustrado en los primeros tiempos de nuestra vida independiente, desde una mirada tremendamente centralista.

Muchas veces pretendemos que la realidad (y esta es una persona o un grupo de personas), se acomoden a nuestras categorías pre-estructuradas. Sin embargo:

> "La observación es el recursos básico y fundamental del educador. Es ella la que permite distanciarse del sentido común y de la cultura organizacional de su área de actuación. El desarrollo de la habilidad de observar devuelve a los ojos el poder inmediato de la visión que, a lo largo de nuestro «desarrollo», había sido transferido al sentido común, que ve, a través de nuestros ojos y encuadra lo que tenemos enfrente nuestro de acuerdo con constructos preestructurados erguidos en nuestras mentes" [3]

[1] Daniel Pennac, *Mal de escuela,* Buenos Aires, Literatura Randon House, 2014, pp. 24-25

[2] Paul Louis Landsberg, *Problemas del personalismo,* Madrid, Fundación Emmanuel Mounier. 2006, p.15. La negrita es mía.

[3] Antonio Carlos Gomes da Costa, *Pedagogía de la presencia.* Buenos Aires, Losada-Unicef, 2004, p. 123

Otro riesgo, muy propio de nuestro tiempo: la influencia de la tecnología en la configuración de nuestras vidas: "Signo de los tiempos, la técnica configura no sólo la vida sino también la *visión* de la vida."[1]

Y no sólo la visión, si no la *no visión*. Atrapados por *tablets* y celulares *inteligentes* la mirada pierde el contacto con lo real, al punto de confiar más en lo virtual, o como forma de huida, consciente o inconsciente, en maratones de series, diálogos intrascendentes o distracciones de todo tipo.

"No se le pueden ver los ojos a un niño que pasa corriendo por la vida" recita José Larralde. Así es, si no hay ojos y no hay mirada, no hay encuentro, no hay otro, no existe la persona.

Algún directivo se queja de los problemas de comunicación que existen en la escuela que dirige. Y la cuestión es simple: ningún mensaje por grupo de *WhatsApp* reemplaza el encuentro personal, cara a cara, mirada a mirada.

Mirada amorosa

La contracara de lo antedicho se da cuando la capacidad de ver, la mirada es capaz de reconocer la alteridad, sin dejar de ser sí mismo. Pero no sólo eso, una mirada pedagógica es capaz de hacer llegar al otro un mensaje, de presencia, de cercanía, de amor, un amor no deseante sino servicial, amor inteligente y desinteresado que incluso salva.

"Yo tengo algunos dolores en lo material de mi cuerpo que están a la vista y en lo espiritual también, así que tu mirada amorosa es una caricia para mi persona." Así agradecía una alumna a su profesora haber podido ser depositaria de esa mirada. No es teoría, es testimonio.

> "Si una flor tuviera en sí misma su plenitud óntica, no tendría la necesidad de que la contemplaran. Es decir, tiene una carencia, una carencia óntica. La mirada amorosa, ese «conocimiento al que el amor guía», la redime del estado de indigencia, de modo que tal conocimiento viene a ser «análogo a la redención». Conocimiento es redención. El conocimiento entabla una referencia amorosa con su objeto en cuanto distinto. En eso se diferencia de la mera noticia o información, que carece por completo de la dimensión de la alteridad"[2]

La mirada pedagógica tiene un destinatario privilegiado, cuanto más carente es alguien, mayor presencia merece, es una cuestión de justicia. Pero nunca, en ningún caso esa mirada debe ser irrespetuosa de la singularidad y la dignidad de las personas. La mirada pedagógica sabe hasta donde, mantiene la distancia justa, nunca invade, simplemente está ahí.

Una pedagogía de la mirada consiste fundamentalmente en la apertura a la realidad, a su riqueza y profundidad, pero a la vez a la singularidad que es la realidad de cada persona que encontramos en nuestra vida, pero hecha por

[1] Josep M. Esquirol, *El respeto o la mirada atenta,* Barcelona, Gedisa, 2006, p.24

[2] Byung-Chul Han, *La expulsión de lo distinto,* Buenos Aires, Herder, 2017, pp. 14-15

un maestro que es respetuoso de esa realidad de esa particularidad, por eso primero quiere ver.

Por esto la formación docente es, además y, quizás, ante todo, invitar a formar esa mirada pedagógica, es decir, aprender a ver, un ver que quiere ser expresión de todas las dimensiones de nuestro ser. El reduccionismo racionalista que invade nuestro tiempo limita enormemente la posibilidad pedagógica y por eso se refugia en métodos, proyectos, construcciones.

Pero la realidad es testaruda y siempre vuelve a la luz, a veces en forma de conflicto, de una resistencia ante la violencia de quien no me ve.

También la tarea pedagógica implica poder ayudar a cada niño, cada joven, cada aprendiz a ejercer su propia mirada, su capacidad de ver, de asombrarse con la interesante belleza de la creación y de la cultura, única fuente del verdadero conocimiento.

Urge a la escuela, a la familia y a todo ámbito formativo redescubrir la fuerza y el valor de una pedagogía de la mirada.

***

Bibliografía

Aristóteles, *Gran Ética*, Buenos Aires, Aguilar,1975

Bárcena, F y Melich, J-C. *La educación como acontecimiento ético*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2014

Borghesi, Massimo, *El sujeto ausente*, Madrid, Encuentro, 2005

Castello, Luis. Márgico, Claudia, *Diccionario Etimológico de términos usuales en la praxis docente*, Buenos Aires, Altamira, 2005

Esquirol, Josep M. *El respeto o la mirada atenta,* Barcelona, Gedisa, 2006

Gomes da Costa, Antonio Carlos, *Pedagogía de la presencia,* Buenos Aires, Losada-Unicef, 2004

Han, Byung-Chul; *La expulsión de lo distinto*, Buenos Aires, Herder, 2017

Horkheimer, Max y otros, *A la búsqueda de sentido,* Salamanca, Sígueme. 1989

Komar, Emilio, *Curso de Metafísica 1972-1973*, vol. I a VIII, Buenos Aires, Sabiduría Cristiana, 2008-2011

Landsberg Paul Louis, *Problemas del personalismo*, Madrid, Fundación Emmanuel Mounier, 2006.

Mosto, Marisa, *El mal y la libertad. Ensayos*, Buenos Aires, Sabiduría Cristiana, 2009

Pennac, Daniel, *Mal de escuela*, Buenos Aires, Literatura Randon House, 2014

Van Manen, Max; *El tono en la enseñanza*, Barcelona, Paidós, 2004

Vázquez, Stella Maris, *Objetivos educacionales*, Buenos Aires, CIAFIC, 1981

Velasco Suárez, Carlos A, *Psiquiatría y Persona*, Buenos Aires, EDUCA, 2003

Weil, Simone, *Escritos esenciales*, Santander, Sal Terrae, 2000.

***

Reseña bibliográfica

Romano Guardini, Ética

Por Francisco Saguier [1]

Romano Guardini, Capítulo X, "Educación", pp. 687-709 del libro *Ética. Lecciones en la Universidad de Munich*, Madrid, BAC,1999, 948 pp.

Romano Guardini fue un autor, académico, filósofo, sacerdote católico y teólogo de los más reconocidos del siglo XX. Nació en Verona (Italia) en 1885. Su familia se trasladó al año siguiente a Maguncia (Alemania), donde trascurriría su infancia. Tras comenzar estudios de químicas en Tubinga y de economía política en Munich, en 1906 se traslada a Friburgo de Brisgovia y empieza la carrera de Teología. Más tarde volverá a Tubinga, donde conocerá a su maestro Wilhelm Koch. En 1908 ingresa en el Seminario de Maguncia, en cuya catedral se ordenará sacerdote el 28 de mayo de 1910. En 1915 presentará su tesis doctoral en Friburgo. Allí conoce a Joseph Frings, que llegará a ser cardenal de Colonia, y a Martin Heidegger. En 1922 consigue la habilitación para la docencia en Bonn, donde se le ofrece la cátedra de teología práctica y ciencia de la liturgia, que rechaza. En 1923 la Universidad de Berlín crea expresamente para él la cátedra de Filosofía de la Religión y Visión Católica del Mundo, suprimida por los nazis en 1939, momento que aprovechó Guardini para jubilarse. Tras rechazar varias ofertas, a partir de 1945, para ocupar cátedras en Tubinga, Munich, Gotinga y Friburgo, en 1948 aceptó una cátedra *ad personam* en Munich. En 1962 obtuvo el rango de emérito en Munich. Rechazó la dignidad cardenalicia que le ofreció Pablo VI. Murió en Munich el primero de octubre de 1968.

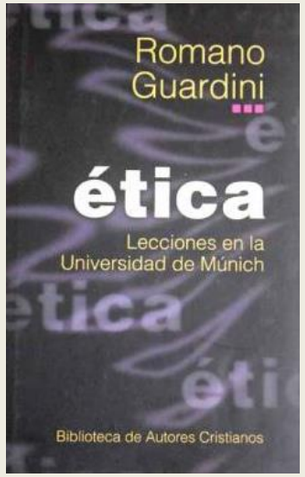
La labor filosófica de Guardini está orientada a una revalorización del cristianismo, como camino en la vida espiritual de la desorientada juventud de la posguerra. Esta labor, realizada desde la universidad, como «maestro» de las generaciones contemporáneas, parte de una concepción del cristianismo en su vigencia actual, en una síntesis de las raíces antiguas y de las concepciones modernas, de la teoría y de la práctica. Para conseguir esta síntesis, se apoya en su filosofía de lo concreto-viviente, que considera al hombre capaz de alcanzar un estado de equilibrio y se opone a lo superficial. De aquí parte la atención de Guardini al hombre integral, abierto a la trascendencia, y su valoración de la sensibilidad humana. El método

[1] Francisco Saguier es Profesor y Licenciado en Filosofía (UCA) Enseña en la UCA, en la Universidad Austral y es Director de Estudios del Colegio del Carmen.

«dialéctico» o comprehensivo de Guardini[1] tiene derivaciones fecundas al ser aplicado al estudio de diversas realidades.

El interés mayúsculo por él y su obra radican esencialmente en "su *ethos de verdad,* su voluntad de ir a la raíz de los problemas del hombre y abrir vías claras de solución. Siempre (…) enseña algo profundo acerca de la vida".[2] Guardini busca la universalidad en la profundidad de lo concreto

***



Los capítulos del presente libro recogen el pensamiento ético de Romano Guardini, que expuso en las lecciones que dictó en la Universidad de Munich a los sesenta y cinco años, en la madurez de su pensamiento. En estas últimas lecciones de su vida intenta descubrir los comportamientos en los que la vida moral se plasma para poder reconocerlos luego en todas las realidades en las que se desenvuelve el hombre.

El libro está dividido en dos partes. La primera estudia la ética natural, es decir, el conjunto de fenómenos que se encuentran inmediatamente en la conciencia moral y, la segunda, estudia la ética cristiana en sentido cabal. El capítulo X que se reseña y que trata sobre la *educación*, pertenece naturalmente a la primera parte del libro debido a que aquella constituye una de las figuras básicas de actuación y creación del hombre, y es abordada desde una perspectiva fenomenológica, pero en constante contacto con las profundidades del ser del hombre.

Su gran inquietud por el hombre y especialmente por la formación de los jóvenes junto a su larga y fecunda experiencia educativa y pedagógica con ellos, le otorga a este capítulo un valor especial. Siendo un libro escrito en los años 60, su vigencia sin embargo permanece intacta. En efecto, la prédica hoy día aceptada socialmente sostiene la extinción de la escuela tradicional y le exigen, por ende -con razones algunas valederas-, su radical cambio e innovación no exento de exageraciones que generan gran desorientación también sobre el sentido y valor esencial de la educación.

Lejos de conceptos abstractos y de pensamiento de "sistema", la manera de abordar el fenómeno educativo atrae por el respeto y obediencia a la realidad de este, adentrando al lector paulatinamente en la riqueza, complejidad y valor decisivo del *ethos* pedagógico, hoy tan proclamado y a la vez tan devaluado.

[1] Cfr. Romano Guardini, *El contraste. Intentos de una filosofía de lo concreto-viviente*, 1925

[2] Alfonso Lopez Quintás, *Cuatro filósofos en búsqueda de Dios*, Madrid, Rialp, 2003, p. 175

El capítulo se encuentra dividido en una serie de apartados. El primero aborda los elementos del fenómeno (educativo). En particular este primer apartado lo plantea de un modo mayormente descriptivo ubicando el fundamento del fenómeno educativo en la menesterosidad o desamparo con que el ser humano llega al mundo, lo que indefectiblemente lo refiere a otro ser humano del que depende radicalmente. La referencia o relación al otro por necesidad no acaba en lo inmediato, sino que perdura a lo largo de las posibilidades ínsitas del ser en desarrollo de “graduaciones imprevisibles” (p.688).

Esto nos conecta con lo que para Guardini constituye el segundo elemento que es el desarrollo o evolución que afecta a todo ser según las posibilidades del sujeto, lo que trae reminiscencias de la filosofía del acto y la potencia de Santo Tomás de Aquino. Todo verdadero desarrollo, advierte, sólo puede darse en los límites de una naturaleza. Por eso todo educador viene en ayuda o auxilio para despertar, encauzar y rectificar las fuerzas y cualidades contenidas en ella, pero sin traspasarla. Pero este desarrollo guiado por el educador “no va sólo de dentro hacia fuera” (p. 690). En efecto, este desarrollo se vuelve a la vez “inserción” (p. 691) o ubicación vital por iniciativa individual en la comunidad y en el mundo, de tal forma de “afirmarse en ellas y alcanzar los propios fines vitales y, por otra parte, para poder cumplir también el servicio por ellas exigido" (p. 691). Finalmente habla del cuarto elemento -tan distintivo de su filosofía cristiana y que por ello algunos la ubican en el personalismo-: el encuentro. Por éste se abre su persona a la totalidad de lo existente que se concreta en el conocimiento de realidades totalmente nuevas y originales para el individuo o de personas que le interpelan e influyen profundamente. Por este encuentro o apertura el hombre se renueva imprevisiblemente.

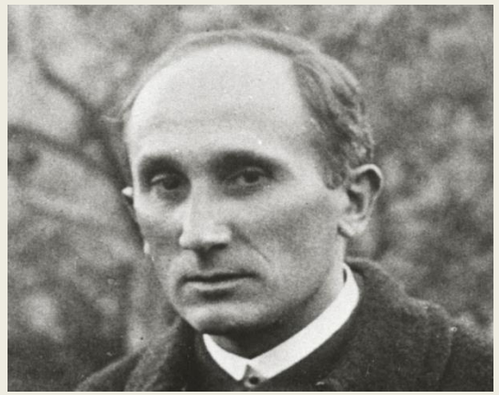
En el siguiente apartado el interés del lector aumenta ya que el autor aborda algunos de los presupuestos que caracterizan la actividad educativa. El primero es el modo de relacionarse con el mundo. El hombre, por su no especialización, está referido al mundo como a un todo. Por eso, debe aprender a instalarse y generar su propio entorno y poder así realizar su existencia. Esta instalación no lo cierra a otros ámbitos. Por eso, todo educador “debe mantener la conciencia de que pone al joven ser humano en relación con el mundo" (p. 695). El segundo presupuesto es que el ser humano, constitutivamente hablando, no está en orden y por ello debe aprender a ser él mismo. “El ser humano es una realidad compleja, de ahí que la educación no sea únicamente el desarrollo de disposiciones, o la ordenación de un entorno, o la capacitación para el encuentro, sino sobre todo que el educador ayude al educando a distinguir por sí mismo el bien del mal, lo beneficioso y lo dañino, a ver las contradicciones internas y a encontrar un camino hacia adelante” (pp. 696-697). Llega así al punto para él central en el cual todo lo otro se apoya y tomo verdadero sentido: tanto el educando como el educador son personas. Esto implica que es “señor de su propia iniciativa, de que es libre. Por eso pertenece a su propia acción, y en su propia acción se pertenece a sí mismo” volviéndose “responsable de su acción y del efecto” (p. 697). Así su actividad podría ser sustituida pero jamás él mismo, ya que existe como único e irrepetible: existe sólo una vez. El educador, para serlo verdadera y eficazmente, no debe perder conciencia del carácter personalísimo de cada

educando: “Un educador debe de tener este sentimiento. A pesar de todas las reglas de experiencia, a pesar de todas las finalidades y órdenes; debe volver siempre en su más íntima actitud a aquella conciencia que no se expresa en la frase «¡ese niño, uno más entre cincuenta!», sino en esta otra: «¡Tú, niño, único en tu relación conmigo!» Quien no hace eso es un criador de individuos estatalmente utilizables, un amaestrador de fuerzas económicas experimentadas, pero no un educador de seres humanos.” (p. 698). Este gran principio personalista se opone rotunda y esencialmente a la filosofía del ser genérico, producto del racionalismo, por el cual la persona se diluye como un momento del todo (la masa) haciéndose víctima del utilitarismo reinante en la cultura postmoderna.

Los dos anteriores apartados constituyen, para Guardini, las bases para descubrir la esencia del acto pedagógico y su finalidad, lo que sin duda constituye el núcleo del capítulo. Para ello comienza aclarando que el acto pedagógico en cuanto tal supone muchos y variados elementos relacionados entre sí dialécticamente. Entre otros: el ambiente, la formación y el ejemplo. El ambiente es la atmósfera o el entorno en el que se genera el hecho educativo que va desde el edificio hasta la actitud o clima (de afecto y por eso mismo de exigencia) que se genera entre los educadores y los educandos.

Puesto que educar es “llevar al joven a su propia existencia” (p. 700) el educador debe darle confianza en sí mismo tanto como hacerle crítico consigo mismo: de lo que es, pero también de lo que aún no es (p. 705), de lo bueno y de lo malo que hay en él, etc.

La inmensa dificultad de educar radica principalmente en que se trata de una



relación -en definitiva, libre- entre personas, donde el educador debe continuamente tener conciencia de lo irrepetible de cada alumno y de allí su mirada atenta para descubrir sus peculiaridades y lo que “necesita […] para crecer como tal” (p. 700). El educador constituye para el alumno, un referente buscado y hasta anhelado, pero, a la vez, un “rival” que se le opone (p. 701) por cuanto en definitiva todo crecimiento auténtico es liberador, pero también doloroso… por eso en todo verdadero acto pedagógico hay una “relación bélica” (p. 701) pero que, sin una confianza básica, es imposible realizar como lamentablemente sucede frecuentemente, destaca el autor. Confianza que va del educador al educando y de éste al educador para finalmente volver sobre el sí mismo del alumno que le permita vivir su propia vida al asumirla en toda su verdad.

Sin embargo, el espacio pedagógico quedaría incompleto, nos dice Guardini, si olvidáramos que educar, antes que enseñar, es formar. En esta parte se dedica a lo que para él es decisivo y constituye una diferencia abismal con aquellas otras concepciones que entienden que la educación o es fundamentalmente impartición de saberes apartados de la vida personal de cada alumno (racionalismo) o es sólo el momento “personal” pero desligado de toda verdad (nihilismo). Formar no es enseñar conocimientos que permitirían

al educando llegar a ser algo (abogado, médico, etc.), sino el que "llegue a ser alguien […] contando con el aprendizaje" (p. 702), lo que es distinto.

La condición de posibilidad para formar, esto es, alcanzar un "orden interior […] configurar una imagen global […] un punto de partida unificador del actuar y condensador de la experiencia, una medida para lo correcto y para lo falso, un sentimiento…" (p. 702), es que en ese ambiente se encuentre "viva una imagen de la formación del verdadero ser humano" (p. 703) que como tales no pueden ser abstractas sino "concretas y tocan la vida, la interna profundidad originaria de la que se deriva la forma" (p. 703). *Forma* que nos remite en Guardini a las tesis -tan caras a Occidente, así como a su persona y magisterio- de la creación divina del hombre y del mundo (cristianismo) y de la participación metafísica, sustentos del realismo filosófico que entiende que la realidad tiene entidad propia; cuyo sentido no puede ser arbitrariamente otorgado por el hombre. La creación también significa que la realidad está dotada de ser y de sentido. Contraria a esta metafísica, se encuentra la fuerza disolvente del inmanentismo contemporáneo… Un inmanentismo negador de las esencias y de su posible conocimiento y valoración lo que lleva a la trágica constatación, según Guardini, de la desaparición de tal imagen de educación. Tal ausencia constituye "la mayor penuria de la actual condición educativa" (p. 703).

Entroncado a esta imagen que es forma, está el momento del ejemplo que es una "imagen de formación: la figura del educador" (p. 703), quien, para serlo, debe, fundamentalmente, "estar convencido de lo que dice, e intentar hacer él mismo lo que él solicita" (p. 704).

Finalmente, en el último apartado titulado "Posibilidades y límites de la educación", busca clarificar "hasta dónde llega la posibilidad de educar" ya que incide profundamente en el problema de la educación. Para ello describe y señala los errores y aciertos de las respuestas recíprocamente opuestas como las del "ilimitado optimismo pedagógico" del tipo americano, por un lado, y el "pesimismo pedagógico" del tipo europeo por el otro. Descriptas sucintamente, pero a la vez con la claridad de su genio, ellas constituyen una síntesis que orienta no sólo conceptualmente sino también vitalmente al lector interesado en salirse de las parcialidades siempre tentadoras para la mente humana que busca la simplificación conceptual y la comodidad existencial y/o moral ubicándose en una u en otra. Es sobre todo aquí donde se pone en evidencia su método "dialéctico", de avanzar sobre realidades viéndolas como una trama de contrastes debido a su convicción de que la verdad es compleja porque las realidades del mundo son "polifónicas": «Las realidades vivientes surgen siempre por la colaboración de fuerzas diversas. Son polifónicas, complejas. Y por eso tienen poder y realidad. En ellas resuena de algún modo el todo». De esta forma evita el reduccionismo, tendencia empobrecedora de la vida humana y de la realidad en su conjunto. Del optimismo resalta la gran vitalidad, la voluntad de progreso y sus ansias de mejora de lo humano hasta límites insospechados. Sin embargo, nos advierte, es ignorante de lo que el pesimismo por el contrario sí percibe, esto es: "lo verdaderamente grande, a saber, el sentido del elemento trágico de la existencia." (p. 707) que lo hace escéptico "del ideal de una perfectibilidad continuamente ampliada." (p. 707): "no se puede hacer todo de todos". Guardini, encarnando una religión sin

exclusivismos sino de grandes síntesis, muestra la necesidad de integrar aspectos aparentemente opuestos de la verdad en una unidad más amplia. Es el principio del et... et..., que tiene una fecundidad universal y que todo educador debe cultivar. Se echa de menos un mayor desarrollo de esta necesaria y fecunda síntesis, aunque deja sin duda pautas sumamente sugerentes para todo educador, quienes, según él, ocupan un puesto de importancia de abismo ya que, sucintamente, "está implicado en la conducción de la existencia humana".

Por lo dicho, creemos que esta lección guardiniana, aún con los límites señalados –en parte por ser una lección dentro de un gran conjunto de lecciones-, constituye un gran aporte especialmente para el educador y pedagogo. Ellos pueden encontrar aquí razones que no sólo enriquecen la concepción de la educación, sino que elevan la calidad en el modo de vivirla y a su vez motivan para el cumplimiento cabal de esta inmensa tarea.

Ω

La revista Bitácora Φilosóφica es un órgano de difusión de la

Fundación Emilio Komar

Comité Académico: Dr. Alberto Berro, Lic. Giselle Flachsland, Lic. Carolina Riva Posse; Dr. Ricardo Delbosco; Dr. Héctor Delbosco; Lic. Guadalupe Caldani; Prof. Martín Susnik y Dra. Marisa Mosto

Comité Editorial: Giselle Flachsland, Marisa Mosto, Guadalupe Caldani

Los interesados encontrarán los requisitos para presentar trabajos en la página web de la Fundación:

https://www.fundacionemiliokomar.com/

Responsable de la Edición: Marisa Mosto